

ATENE A

1934

2

008(83)(05)

冊





Año XI

Tomo XXVI

Núm. 106

008(83) (05)

Atenea

Revista Mensual de
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)

1934
2

SUMARIO

- | | |
|-----------------------|---|
| Enrique Molina | <i>La Universidad de Concepción.</i> |
| Domingo Melfi | <i>En las riberas del Paraná-Guazú (II).</i> |
| Xavier Villaurrutia | <i>Nocturnos.</i> |
| Milton Rossel | <i>El misticismo revolucionario y los nuevos mitos.</i> |
| Lautaro Yankas | <i>Vendimia.</i> |
| Carlos Yáñez Bravo | <i>El centenario de Darwin en Chile.</i> |
| Manuel Pedro González | <i>Tres autores americanos.</i> |
| Francis Jammes | <i>Oración para ir al paraíso con los asnos.</i> |
| Alcides Arguedas | <i>La muerte de José Asunción Silva.</i> |
| Victoriano Lillo | <i>Un nuevo símbolo del pensador.</i> |
| Pablo de Rokha | <i>Arquitectura de la vida dispersa.</i> |
| Magdalena Petit | <i>Del arte en la crítica.</i> |

127

PREMIOS LITERARIOS—LOS LIBROS—LIBROS
RECIBIDOS

Precio: \$ 2.50

- Abril de 1934

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 30.00

Un semestre..... 16.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 -- Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año XI

Abril de 1934

Núm. 106

Enrique Molina

LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

LA UNIVERSIDAD Y LAS INQUIETUDES SOCIALES

EN el presente mes cumple nuestra Universidad quince años de vida. Aunque este número de años significa un tiempo muy corto para el desarrollo de institutos de estudios superiores es un aniversario que a los que hemos asistido al difícil nacimiento de esta obra, a los que hemos participado con amor en todos sus pasos y a los universitarios en general nos llena de regocijo.

No es el caso repetir ahora detalles de conocida elocuencia acerca de los comienzos heroicos y de los primeros años de la Universidad que se han dicho en otras ocasiones. El progreso y el afianzamiento de nuestro Instituto han sido continuos. Pocas fundaciones que no hayan contado con la varilla mágica e improvisadora de algún millonario iluminado y generoso habrán hecho otro tanto en tan corto tiempo.

Después de los edificios inaugurados en 1930 sólo se ha terminado el Instituto de Anatomía e Histología y en pocos meses más será entregado al servi-

cio el Instituto de Biología. Simultáneamente se ha proseguido la urbanización del predio universitario en forma que será ese uno de los sitios más bellos de la ciudad.

Sin embargo salta a la vista que el Directorio de la Universidad ha preferido a la rapidez la seguridad y la solidez de la labor que se le ha encomendado. Se puede decir que el plan de la edificación universitaria empieza solo a desarrollarse. La Universidad carece de casas propias para sus facultades de ciencias jurídicas y de filosofía y educación, que son departamentos que se encuentran en plena actividad. Por el local en que funciona la primera tendrá que pagarle arriendo al Fisco y la segunda ocupa varias casas también caramente arrendadas. Se espera iniciar en septiembre próximo la construcción de la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales y poco después se dará comienzo a la de Educación. Pero no es esto todo. No se puede seguir postergando indefinidamente ni la construcción del estadio, indispensable para el fomento de la educación física de los jóvenes ni la de algunas casas para estudiantes que ofrezcan un ambiente adecuado al bienestar material y espiritual de nuestros alumnos de ambos sexos. No se puede dejar de pensar en la urgencia que existe de levantar pronto un Instituto de Física. ¿Será menester decir que el Directorio no acude a la satisfacción de todas estas necesidades primordiales por falta de suficientes recursos? Aun para llevar a cabo la edificación universitaria en la forma parsimoniosa en que se ha venido haciendo ha habido que contratar empréstitos, los cuales, por la misma razón de la escasez de recursos, han tenido que ser pequeños para poder servirlos con la honradez y puntualidad que el Directorio gasta en la atención de sus compromisos.

El valor de los bienes inmuebles de la Universidad

asciende más o menos a 8.000,000 de pesos. Sus demás existencias (laboratorios, gabinetes, bibliotecas, mobiliario, etc.) se estiman en 3 millones. Completamos este balance añadiendo que nuestro Instituto posee 17,720 pesos en acciones, y, como fondo de reserva 13.676,000 en bonos de la Caja de Crédito Hipotecario. Lo que hace un total de bienes ascendente a 24.693,720. Desde 1931 no se ha podido incrementar el capital de reserva, porque las sumas que ha correspondido percibir por tal capítulo han sido destinadas en virtud de disposiciones legales a la Cruz Roja Chilena.

Agreguemos pronto lo que en orden de las propias actividades universitarias se deja sentir como deficiencias elementales. La Escuela de Medicina no cuenta más que con cuatro años. Mas mutilado se halla aún el Instituto de Física y Matemáticas que tiene sólo dos años de Pedagogía en Matemáticas y uno de Ingeniería Civil. A la Escuela de Ingeniería Química no se la ha podido atender como lo merece y de la manera que sería de desear para que sirviera en forma más eficaz aun al progreso industrial del país. El Directorio habría querido tener fundado ya un Instituto de Agronomía en un fundo que fuera campo experimental para contribuir al adelanto de la agricultura en el centro y el sur de Chile. Todo esto no se ha podido hacer simplemente por falta de dinero. Después de lo dicho pensar en rendir culto a la belleza proyectando la creación de Escuelas de Música, de Pintura, de Arquitectura, indispensables también a una Universidad, parecería casi una divagación, dolorosa divagación. Sin embargo estos planes deben quedar flotando en la fantasía como nebulosas que alguna vez se convertirán en mundos llenos de vida.

Esta enumeración de penurias probará a mucha gente que la Universidad no es tan rica como ordina-

riamente se cree y que no obstante la inagotable buena voluntad y el claro sentimiento de solidaridad social de sus directores éstos no pueden proceder a abrir la bolsa universitaria con el gesto espléndido de un gran señor cada vez que se lo soliciten. Tienen que proceder sí, con un sentido de responsabilidad de quien administra caudales ajenos, los caudales escasos de una institución que también tiene importantísimos fines propios, ninguno de los cuales deja de entrañar un progreso social. Pero con estudio y en armonía con las finalidades que le incumben, la Universidad, aun haciendo sacrificios, no dejará de coadyuvar a la realización de obras que interesen a la ciudad y a la región.

* * *

Las Escuelas e Institutos han proseguido con regularidad la doble labor que les es propia, de enseñanza y de investigación científica, distinguiéndose en esta última los Institutos de Fisiología, de Anatomía Patológica, de Histología y de Biología. En el Instituto de Farmacia se han estado haciendo, entre otras, interesantes experiencias para obtener del toyo un aceite semejante al de hígado de bacalao, lo que puede dar lugar a la implantación de una nueva e importante industria nacional. En la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales han funcionado con éxito seminarios de derecho civil y procesal. En la Escuela de Educación ha habido cursos para postgraduados con resultados excelentes. Los talleres de la Escuela de Ingeniería Química han confeccionado, según diseños del profesor del ramo, algunos aparatos para los laboratorios de Física. A fines del año próximo pasado, el Instituto de Odontología organizó sesiones clínicas muy provechosas que se celebraron durante la Semana Penquista y congre-

garon en esta ciudad selecto número de profesionales y ex-alumnos de Santiago al sur del país. La Escuela Dental de la capital se hizo representar en ellas por una distinguida delegación.

La Biblioteca Central ha continuado enriqueciéndose. Cuenta a la fecha con más de 17,000 volúmenes. Dentro de sus proporciones es, sin duda, una de las mejores de Chile y está planeada sobre la base de una organización ejemplar destinada a hacer muy completos y fáciles sus servicios.

El Departamento de Extensión ha contado con la cooperación de muchos e ilustres conferenciantes que han tratado los más variados temas en la tribuna universitaria.

A la revista ATENEA la sigue acompañando el prestigio de ser uno de los más altos exponentes de la cultura iberoamericana y una de las mejores que se publican en lengua española. Su prestigio culminó el año pasado al salir a luz el número 100, número extraordinario que el público recibió con general aplauso y que se agotó rápidamente. El premio literario anual establecido por la revista ha sido discernido hasta ahora a los señores Manuel Rojas, Joaquín Edwards Bello y Luis Durand. El premio científico se ha otorgado solo una vez, al señor Carlos Keller, por su obra «la Eterna Crisis Chilena».

La Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales ha tenido la feliz idea de publicar una «Revista de Derecho» que ha sabido conquistarse la aprobación de los profesionales y de los cultores de la jurisprudencia.

El Boletín que saca a luz la Sociedad de Biología, formada por profesores universitarios y patrocinada por la Universidad, va a todos los centros científicos del mundo, como un heraldo de algo de lo que se hace en esta materia entre nosotros.

El número total de alumnos fué en 1928 de 435 y en 1933 ascendió a 773.

He aquí un ligero esbozo de lo que es la Universidad de Concepción al cumplir quince años. ¡Cuánto falta todavía para verla realizada de la manera como la soñamos!

*
* * *

Dentro de las estaciones en que se suele dividir la existencia humana los quince años caen en la primavera, período que se llama también de adolescencia, del cual es propio, por la falta de madurez que implica que los que se encuentran en él estén sometidos a patria potestad o tutela. Nuestra Universidad, no obstante sus pocos años y lo incompleta que la consideramos en algunos sentidos, ha alcanzado en lo que ya tiene establecido, por la seriedad de sus cursos, por las investigaciones de sus institutos científicos, por el prestigio de su profesorado y por el ambiente de tranquilidad propicia al estudio que la envuelve, una madurez respetable e indiscutible.

Sin embargo el régimen imperante en nuestro país la mira como un adolescente y la mantiene sujeta a injustificada tutela. Una verdadera universidad debe gozar del derecho de otorgar todos los grados académicos que correspondan a los cursos de estudio que se hacen en sus aulas, dejando al Estado el privilegio de conferir los títulos profesionales dentro de condiciones iguales para todas las universidades de la nación. Una verdadera universidad debe poder establecer las condiciones de matrícula a que han de someterse sus alumnos después de haber obtenido la licencia secundaria y no tener que aceptar sin discusión, estudio ni consulta previa pruebas de admisión establecidas por otra universidad. Reconocemos como un factor de unidad y armonía

imprescindible la tuición del Estado; pero no estimamos de ninguna manera necesario que cada comisión examinadora sea integrada por lo menos por un delegado de la universidad investida del privilegio de la supervigilancia. Tal situación impide más bien el progreso. No permite ninguna variación en los planes de estudio ni en los programas de los cursos, que tienen que ser mera copia de los que se siguen en la universidad privilegiada, sumisión que tampoco se concilia con la libertad propia de un instituto de estudios superiores.

Los lazos orgánicos de centralización y de dirección del Estado deben ir robusteciéndose. Este es un imperativo de nuestra época que tiende a intensificar y mejorar la vida. Pero no así los lazos inútiles, expresión de privilegios que empobrecen el espíritu y ahogan sus manifestaciones.

Lo dicho no empece al reconocimiento de la buena voluntad que siempre nos han manifestado las autoridades de la Universidad del Estado ni de la corrección y equidad con que generalmente han procedido los examinadores mandados por ella. Tampoco puede envolver un cambio en nuestra constante actitud de serena cooperación y cordialidad. Significa solamente el señalamiento de nuevas bases para una más perfecta inteligencia entre los institutos de estudios superiores de Chile, una declaración de principios que mientras no estén incorporados en una futura ley, la Universidad de Concepción no olvidará y los mantendrá como un ideal de razonable autonomía, como la única situación que se aviene con el verdadero concepto de universidad.

* * *

El año de 1933, a manera de precursor feliz del actual aniversario, señala un brillante triunfo de la

Universidad en el respeto de sus derechos a lo que le han dejado de las utilidades de la Lotería. Lo recordamos porque ese episodio trajo el sentido de confirmación de rumbos y de acentuación de responsabilidades universitarias.

La ciudad de Concepción, entera, encabezada por su Municipio, oyendo el clarín de su prensa y unida en todos sus elementos más representativos, las provincias sureñas, sus senadores y diputados, ampararon valientemente a la Universidad en un elevado movimiento, movimiento que culminó en un inolvidable cabildo abierto, digna evocación de los tiempos heroicos de la independencia. S. E. el Presidente de la República supo interpretar los sentimientos de tan importantes sectores de la opinión nacional e hizo la promesa solemne de no proponer ningún proyecto de ley que significara innovación en la situación de la Lotería ni en los derechos de la Universidad a sus utilidades.

Todos los partidos políticos, todas las clases sociales, todas las ideologías, los órganos de la prensa local y regional primeramente y luego los más importantes diarios de Santiago también, y todas las asociaciones obreras hicieron suya la defensa de la causa universitaria. El recuerdo de este momento memorable nos llena aún de regocijo y gratitud. ¿En qué forma explicarse unanimidad tan halagadora en favor de nuestra obra? La interpretamos como reconocimiento del valor de lo que se ha hecho y de la probidad con que se manejan las finanzas de la Lotería y las universitarias, como protesta en contra de injustificadas pretensiones centralistas, como defensa de legítimos intereses regionales, como amparo a una bella esperanza y como muestra de fe en lo que es la universidad en sí.

A una universidad no la constituye el solo conglomerado de escuelas profesionales, por muy completas

que sean en su número y en su calidad, escuelas en que los jóvenes vayan a adquirir ciertas capacidades intelectuales y técnicas que les permitan ganarse la vida. Ni queda constituida tampoco por el hecho de agregar a esas escuelas institutos de investigación científica ni por la preparación de especialistas.

El alma de la universidad tiene que formarla un ambiente filosófico y ético, que, dejándose sentir en cada escuela, encuentre su expresión más definida en una facultad central de filosofía y en el cultivo de las humanidades. En siglos anteriores se ha tenido como la espina dorsal irremplazable de los estudios humanistas al latín, al griego y también al hebreo. Aun hoy día en países como Francia, Bélgica y Alemania, en cierto grado asimismo en Italia, y en las viejas universidades inglesas se considera al latín ingrediente intelectual indispensable para la formación de la *élite* social. Entre nosotros se ha ido demasiado lejos en esta materia y no podríamos hacer descansar, a lo menos, por ahora, las humanidades en las lenguas clásicas, salvo el latín que se sigue en nuestra Escuela de Educación. Descartados estos ramos tenemos que entender por humanidades cursos de filosofía, letras y ciencia sintética en que, por medio de una ilustración sólida, se persigue el robustecimiento del carácter, la elevación del sentido moral y el respeto a la personalidad humana.

Nuestra universidad no tiene bien organizado todavía el departamento de filosofía. A obviar en parte, mientras tanto, esta deficiencia, tendió, un proyecto de Centros de Estudios aprobado por el Consejo. En cada facultad habría un centro formado por los profesores y alumnos que se inscribiesen en cierta proporción. Además habría un Centro de Filosofía y Sociología que sería integrado por profesos-

res y alumnos de todas las facultades. En estos centros, que tendrán algo de seminarios, de academias y de sencillas charlas se estudiarán tópicos de interés general para cada facultad y de interés filosófico en el caso del último centro citado. Han sido concebidos con la idea de estrechar los vínculos espirituales entre profesores y discípulos y de ejercitar el criterio de los jóvenes.

No obstante la carencia de un departamento de filosofía bien organizado y de que los centros de que acabamos de hablar no han empezado a funcionar todavía, no falta en nuestra Universidad la actitud filosófica, la actitud universitaria ante la vida. La universidad es una mansión de serenidad espiritual. La agitación social y política no es propia de ella. A la sociedad no le interesa llevar en su seno el fermento de los agitadores, ejemplares por lo demás muy fácil de obtener, ya que no exigen preparación alguna, o, a lo menos les basta con la capacidad para una hueca declamación sobre tópicos que apasionan a las galerías, lo que no puede estar más reñido con el espíritu universitario. La sociedad, en cambio necesita profesores, pensadores, y, si es posible, investigadores que iluminen con su reflexión tranquila los problemas que la inquietan. Tales personalidades al revés de lo que pasa con los agitadores, son difíciles de conseguir y a los universitarios corresponde desempeñar esa alta función social.

Por esto las banderías, las pasiones, las ambiciones sociales y políticas, que dividen a los hombres, no arrastran a la universidad. A todos, sin distinción de clases ni partidos, brinda la copa del saber en sus cursos, en sus libros y conferencias. Su misión es servir al progreso de la colectividad toda. He aquí el claro secreto de la confianza que inspira.

* * *

Se dice que los jóvenes son las principales víctimas de nuestra época desorbitada y caótica. Estarían totalmente desorientados y se presentarían ante las generaciones precedentes como pidiéndoles cuenta de la desorientación que sufren.

En el orden metafísico no se trataría sin embargo de un caso nuevo. Desde que los hombres han perdido el áncora de dogmas que no se discuten, siempre, siempre, han debido formularse preguntas más o menos inquietantes sobre la naturaleza, el sentido y las finalidades de la vida, sin que lleguen jamás a ponerse de acuerdo sobre respuestas definitivamente satisfactorias.

En el desorden social, económico y político nuestros tiempos pueden en verdad superar a muchos de los anteriores. Por lo mismo exigen mayor lastre de informaciones, serenidad en el juicio y calma en la voluntad para resolverse.

Las instituciones democráticas son objeto de críticas acerbas.

Un pueblo enorme, europeo-asiático, ha llevado a cabo una de las revoluciones más grandes de que hay recuerdo en la historia, que no ha podido dejar de tener honda resonancia en la humanidad. La lucha de clases y la dictadura de los proletarios han sido sus postulados. Para implantarlos ha corrido tanta sangre que las más cruentas tragedias de los pueblos occidentales como las proscripciones de Mario y Sila, la noche de San Bartolomé y el Terror de 1793 son pequeños episodios al lado del drama ruso.

Siempre ha habido rivalidades y emulación entre los hombres y los grupos sociales; pero no han consistido únicamente en el batallar de unas clases con

otras. Tenemos las guerras de las diferentes razas y naciones, las competencias profesionales, los antagonismos de edades y de sexos.

Por otra parte, el concepto de clase no es tan definido como lo pretende el marxismo. Como en toda gama de claro a obscuro puede notarse en las clases sociales definida diferencia en los extremos, pero no en la insensible gradación de los términos medios. Cabe decir que fulano es un aristócrata o un burgués y zutano un obrero, pero hay muchos individuos difíciles de ubicar bien. Entre las clases sociales se opera continuamente el fenómeno que en física se denomina endósmosis. Hombres a cuyo nacimiento asistió el hada de la fortuna descienden por su debilidad, su incompetencia o sus vicios en el curso de su vida a una clase inferior. Otros, merced a su vigor, a su talento o a su esfuerzo, suben a una clase superior. De suerte que no se puede hacer objeto de persecuciones a una clase sin cometer injusticias.

Además han florecido a la vez entre los hombres los lazos de la cooperación y de la ayuda mutua. Por estas razones el postulado bolchevista o marxista no envuelve ni una ley sociológica ni una ley histórica. Es simplemente una afirmación política. Los caudillos del proletariado, conscientes del movimiento ascensional, de este, se dieron cuenta de que por medio de él podían tomar el poder e hicieron de su conveniencia una ley histórica.

El marxismo entraña por su postulado de la lucha de clases un retroceso a la barbarie, un retroceso, respecto de la actitud socrática, del Baghavad-Gita y de Buda, de los Evangelios, del estoicismo, de la Declaración de los Derechos del Hombre, respecto en una palabra, de todas las filosofías de la cultura con que el espíritu humano ha venido ilu-

minando su camino desde los tiempos de las civilizaciones india y griega hasta nuestros días.

Aun reconocida la efectividad de las luchas humanas no puede significar esto que el hecho brutal se haya de transfigurar crudamente en norma. La norma es más que el hecho; significa la superación espiritual del hecho orientada hacia una vida mejor. La ciencia de la cultura y de la filosofía ética no es otra cosa que un afán continuo para suprimir la violencia y suavizar las rivalidades de los hombres. Al lado de estas disciplinas que buscan la verdadera justicia social debe colocarse la acción universitaria.

En Rusia no se ha implantado ni siquiera la dictadura del proletariado. A éste no le ha tocado más que prestar su bandera a la dictadura de la oligarquía comunista.

Y sin embargo el bolchevismo cuenta en nuestro país con admiradores y partidarios que olvidan las múltiples diferencias existentes entre los pueblos rusos y los pueblos occidentales, diferencias que no permiten que se pretenda implantar entre éstos, cosas y procedimientos que por incongruentes y crueles, que sean, no disuenan del todo entre aquéllos. Rusia no ha recibido la fecunda influencia del derecho romano, del Renacimiento, de las revoluciones inglesas y de la Declaración de los Derechos del Hombre que han formado la conciencia jurídica del Occidente y asentado como uno de los valores esenciales de la vida el respeto a la personalidad humana.

Los secuaces del bolchevismo critican la democracia occidental, yendo a la zaga de las reacciones de un pueblo que no la ha practicado nunca y que a lo más la ha conocido de nombre.

También se ataca a la democracia del lado de los que sostienen la necesidad de establecer en el Estado dictaduras francamente unipersonales. El fascismo

y el nazismo integran este grupo. Estos regímenes muy idóneos tal vez para llevar a cabo movimientos de regeneración y reconstrucción nacional merecen un juicio adverso, porque en ellos se ha sacrificado también la libertad, no hay más opinión que la del gobierno y no se puede publicar nada contrario a la ideología de los que detentan el poder.

Estas tendencias cuentan asimismo entre nosotros con admiradores y prosélitos.

He hecho este somero análisis de las corrientes extremas de las agitaciones contemporáneas pensando en las sollicitaciones que pueden inquietar el espíritu de los jóvenes. Por supuesto que no me refiero únicamente a la juventud de nuestra Universidad. Las dos corrientes son revolucionarias. Veo en la adhesión a una o a otra falta de solidez intelectual, facilidad para recibir el contagio de tendencias extranjeras, carencia de reposo y de espíritu crítico en estos problemas de carácter sociológico, embotamiento de la capacidad de reflexionar y entusiasmo inquieto, no libre tal vez de pequeñas pasiones políticas. Por estos motivos no se considera cuán distintas de las de nuestro país son las circunstancias que han obrado en Rusia, Italia y Alemania. «Los soñadores de la revolución, ilusos o ambiciosos, decía no ha mucho en este mismo teatro, ignoran o pretenden ignorar que la revolución no vendría más que a aumentar el caos y el mal; no ven que la regeneración social se alcanzará principalmente, gracias a una intensa reconstrucción educadora que se debe poner en marcha sin necesidad de derribar el edificio institucional de la República».

Cualesquiera que sean los defectos de la democracia, es el único sistema compatible con la dignidad de la persona humana y el que ofrece más ricas posibilidades al cabal desenvolvimiento de la individualidad. No se halla reñida tampoco con la existencia

de un poder central fuerte. He aquí, un amplio campo para vuestro patriotismo, oh jóvenes. No hablo en nombre de ningún partido ni busco prosélitos para ninguno. Podéis luchar por el perfeccionamiento del régimen y porque en él imperen la honradez, la corrección y el civismo. Podéis luchar por el triunfo de la justicia, por el bienestar de los pobres y porque nunca el talento se encuentre con las alas quebradas por falta de oportunidades. Podéis hacer que Chile recobre su gloriosa tradición de solidez institucional y que vuelva a servir de modelo, como otrora, al continente, a las naciones hermanas.

Pero vosotros, jóvenes universitarios, sois intelectuales y algunos senos de vuestras almas siguen formulando preguntas inquietantes. Cuando la angustia os muerde encuentran acogida en vosotros las voces de los que os dicen que la generación pasada no os dejó un legado moral e ideológico consistente; que debéis divorciaros de ella para crear un mundo enteramente nuevo y mejor. Desde luego no habría en esta misma actitud ninguna novedad. Hace siglo y medio el pretencioso bachiller del Fausto le decía a Mefistófeles que a los jóvenes les bastaba con su sangre ardiente y moza para hacer una flamante creación y que lo más acertado para los hombres que hubieran pasado de treinta años sería morir. Desearía que los jóvenes de hoy no siguieran el ejemplo del bachiller mefistofélico. No por temor, por cierto, sino para que se pongan a construir de la única manera que es honrada y sólida el mundo mejor con que sueñan. Criticar y condenar las generaciones pasadas sin conocerlas y sin estudiar sus obras es dar prueba de suficiencia, de ignorancia y de pereza. La verdadera crítica tiene que hacerse sobre una amplia información y proseguirse con espíritu comprensivo, colocando a cada hombre en su ambiente y en el momento histórico en que

le tocará actuar. Sin trabajo no se puede llevar a cabo ninguna construcción duradera. Saturno, el tiempo, es celoso y se complace en destruir, lo que se hace sin su colaboración. Ningún individuo puede desarrollarse ni avanzar en su perfeccionamiento sino por el trabajo propio. Tal vez en la actividad tanto deportiva como creadora, se esconde el más genuino sentido de la vida. Probablemente tal es la razón de que los hombres de una edad se muestren en pugna con los de la edad anterior; necesitan motivos aparentes o reales para su actividad.

Sólo los pueblos en decadencia y las almas gastadas se preguntan ¿Y la acción para qué? Las almas jóvenes tienen savia suficiente para florecer y entregarse, savia de ideas nuevas, de sentimientos nobles, de acciones generosas. No esperemos tener delante de nosotros para obrar un panorama completo de la existencia. La acción misma, por un proceso íntimo de mecánica espiritual, se va convirtiendo en luz interior que alumbra el camino. Una bella vida podría representarse por la trayectoria de una parábola que se iniciara en una actividad más o menos romántica, más o menos heroica, inspirada en el afán de darse, de darse a algo, para ir declinando en una actividad disciplinada que siempre se da a algo, pero a algo más razonablemente apreciado.

He aquí un campo en que desaparecen las divergencias de las generaciones y no caben discrepancias en la apreciación del valor insustituible para el hombre de la actividad disciplinada. Esta actividad tiene que conocer los límites de lo que no se puede efectuar, de lo que no se puede conocer... por el momento. ¿Qué hacer ante lo que no se puede hacer, qué ante lo que no se puede conocer? ¿Qué hacer ante el dolor para el cual no se divisa remedio? ¿Qué hacer ante el enigma para el cual no se contempla solución? He aquí de nuevo a las generaciones unidas

sin discrepancias cuando han llegado a la suficiente cultura, unidas en la comprensión de que, alcanzando el límite de lo que se puede y de lo que se sabe, la más alta filosofía consiste en actitudes: actitud de valor y serenidad, actitud de nobleza, actitud de modestia y perseverancia para estudiar lo que es dado conocer, actitud de esperanza. Así como la universidad busca la armonía de las clases sociales en una simbiosis fecunda, es cual ninguna otra institución el alero tibio en que las generaciones se confunden solidariamente: *Alma mater*, madre cariñosa, no sólo para los estudiantes, sino también para los maestros y los ex-alumnos, unidos por los vínculos de un amor común y por el de los altos valores del espíritu. No se protesta en ella contra la antorcha tradicional que se ha recibido porque no sea capaz de disipar todas las obscuridades del horizonte, sino que se la cuida como sagrado depósito a fin de entregarla enriquecida y aumentada con los nuevos jugos del espíritu para que alumbre mejor el porvenir, sirva mejor a los que vengan después.

Domingo Melfi

EN LAS RIBERAS DEL PARANÁ- GUAZÚ

(PEQUEÑAS NOTAS DE VIAJE).

II

LA noche se había condensado ya sobre el vasto estuario del Paraná-Guazú. El barco enfilaba en silencio hacia la ribera izquierda y su leve trepidación semejaba el palpitar de un corazón cargado de esperanza. Las riberas todavía aprisionaban la marcha lenta del barco. Eran riberas llenas de luminarias. La gigantesca ciudad que acabábamos de abandonar aún estrechaba la ría magnífica. Dominaba la noche con el resplandor de sus estrías de luces. Los anuncios giraban alejándose en lo profundo de la tiniebla. Goteaban sus grumos amarillos, rojos y azules sobre las calles de las cuales habíamos desprendido nuestros pies aventureros y curiosos.

Nos deslizábamos en silencio sobre el agua espesa y sorda, con una extraña sensación de profundidad. Dejábamos atrás barcos iluminados o barcos oscuros que cabeceaban levemente en la soledad. Algunos daban la sensación de los barcos abandonados después de colosales naufragios. Nada vital, nada humano vibraba o se movía sobre la cubierta ceñida

de horizonte. En otros cantaba la vida plena de alta mar. Resonaban voces rápidas, interjecciones para nosotros incomprensibles. Detrás de los vidrios de los camarotes se veían moverse algunas sombras escurridizas. Nosotros íbamos dejando todo atrás como si huyéramos de la afanosa inquietud del puerto. Todas las luces, las de la ciudad como las que volcaba el cielo, oscilaban como estremecidas por la ráfaga de un viento glacial.

A medida que el barco avanzaba, la noche se hacía más espesa y profunda. Delante del barco se estrechaba el horizonte plumizo. Hacia popa el resplandor de la ciudad elevaba contra el cielo renegrado, su vibración cárdena y sangrienta. Se hubiera dicho que un incendio colosal reducía a cenizas las dársenas que hacía poco habíamos abandonado y los barrios inmediatos al puerto en los cuales una multitud rugiente se movía en un torbellino de sombras, de luces, de cantos y de resoplidos.

El Paraná-Guazú impresionaba como un mar. Pero más que un mar parecía como si América o una parte de América hubiera convertido su grandeza en una corriente densa e impetuosa. El Paraná-Guazú venía del corazón de América virgen. Su agua bronceada parecía llevar en su seno la disolución de todos los gérmenes prodigiosos de la selva, la trasudación de los metales ricos y codiciados desde antiguo, la pujanza de las razas sombrías y errantes que se habían estrellado en los cañaverales de la orilla asechando las primeras expediciones de los conquistadores. De allí partieron las flechas vivas y vertiginosas que fueron a sepultar su punta mortal en el cuello de los aventureros.

Ahora el gran estuario estaba ya dominado, esclavizado, vencido por la civilización. Del antiguo pirata que exploró sus orillas y buscó en sus ensenadas el abrigo para defenderse de las tormentas o

para huir de los más fieros y audaces o para preparar las nuevas expediciones por la costa de la América atlántica, no quedaba sino este pirata moderno, con patente y matrícula de todas las naciones del orbe. El antiguo palo de trinquete, como la vela desgarrada por los vientos agrios y salobres del océano, se había mudado en la larga y fina antena que erguía en medio de la cubierta, la punta alta de la seguridad y de la esperanza. El puente de madera sobre el cual el fanal ardía como una pupila sanguinolenta y afiebrada en las noches salvajes de la piratería, por la complicada maquinaria que alineaba sus tuercas de níquel y sus ruedecillas de metal, en el fondo de la caseta del capitán. Sobre ambas orillas se extendía la poblada y el caserío. La civilización ensanchaba su fuerza y su dominación. Ciudades amplias y rumorosas habían sucedido a la chata capital del virreinato del Plata y al cuadrilátero de piedra y hierro de la ciudad militar, punto de avanzada en el ancho río tumultuario, de los conquistadores, y hacia la que nos llevaba esa noche el pequeño barco lujoso de la carrera.

La ribera derecha de la cual nos alejábamos cada vez más, vivía por la luz intermitente de los faros y de las boyas. Sus gotas de luz vacilaban sobre las olas, parpadeaban en la sombra y parecían en cada minuto sumergirse en el agua para reaparecer chorreando como algas luminosas. Una mano invisible parecía ir entregando, cada cierto tiempo a otra mano no menos invisible, la movible estrella de luz con la cual se fijaba la ruta de los barcos, en la noche ya cerrada.



La soledad en que nos habíamos sumergido, apoyados en la borda sobre el agua movible, con la vista tendida hacia un mundo desconocido, hacía pro-

picio todo goce de la evocación. No podíamos desentendernos de la tierra que habíamos dejado detrás de las altas y lejanas montañas nevadas, muy en lo hondo del valle, lejos de los sinuosos caminos y las ásperas risquerías que dejaban escapar del corazón endurecido, blancos torrentes de espuma. Al cruzar sus cajones imponentes, precipitaban desde los altos de los murallones, sobre el estrecho cajón, sus hilos de nieve líquida. Entre las hoscas serranías cubiertas de nieve, abrían su esmeralda los pequeños lagos dormidos en su fría concha de piedra. Los senderos grises iban rastreando la falda de las escarpas. Agujereaban el macizo o bien se estrellaban como deshechos por el choque en los bastiones altos y abruptos. Luego reaparecían en otros valles estrechados entre dos altas cumbres ciclópeas igual que las serpientes del valle central que arrastran a lo largo de las pircas de piedra, sus brillantes escamas.

Los ríos rezongaban en los filos dentados de la sierra. Ríos turbulentos, de enrojecida superficie o bien ríos que aullaban al desgarrarse entre los estrechos desfiladeros. Llenaban el oprimido cajón con la violencia de sus ásperas voces quejumbrosas. Se cubrían de espumarajos blancos y forcejeaban como animales heridos en el fondo de sus alveos de piedra. A veces se encalmaban en la serena actitud de un ensueño, de una espera anhelante, embriagándose con la luminosa azulosidad del cielo, como si quisieran reflejar un momento los albos conos de nieve, enrojecidos por el sol, y luego emprendían otra vez con airado clamor, su rápido descenso. Así evocábamos los ríos de la tierra distante. Otros ríos finos y azules serpenteaban por los valles. En sus orillas crecían los sauces o se inmovilizaban las chozas campesinas a la sombra de las higueras y de los álamos. Encima de las colinas rodeadas por paños de viña verde, en el amparo de los arbolados, solían verse

los muros de adobe de la casa campera. Desde allí dominaban los hombres todo el ancho de la heredad humilde. Trigales de oro amarillaban entre los cerros. Caminos blancos y polvorientos trazaban su línea sinuosa a la orilla de los esteros. La tierra tenía algo de la sombra apacible y hosca de la montaña.

Entre tanto, en medio de nuestra evocación, el cósmico Paraná-Guazú se deshacía contra los flancos del barco. Del fondo del agua espumosa e hirviente parecían brotar peces luminosos que huían a perderse arrastrados por la corriente hacia la popa del barco. Todavía divisábamos en la sombra, lejos de nosotros, las luces de los faros que perforaban la tiniebla. Hacían señales misteriosas, untaban de fulgencias la lisa masa de agua y arrojaban sobre la curva apenas diseñada del horizonte, un temblor imperceptible como un estremecimiento de la noche. Ya no era ese río grande como mar, el *infierno de los marinos*. Venía este océano rodante del hervidero pasional de América. Atravesaba zonas y climas diversos. Se interponía entre las ciudades rivales del virreinato. Arrastraba todo el germen de la vida heroica y brutal de las orillas, pobladas en otro tiempo por «querandíes y charrúas». En sus oleajes y marejadas flotaban los perfumes agrios y letárgicos de las landas que oprimía la selva. Discos y lentejuelas de oro, espejeaban sobre las pesadas masas de agua. El fondo del corazón de América se vaciaba en este caudal de bronce, en esta inmensa arteria cordial que recibía desde el océano la sugestión y el latido del pulso de Europa, para internarlo en las regiones inmóviles de la selva y del llano.



Nuestros ríos bramaban en turbias y fecundas torrenteras. Pasaban rozando las tierras de labor y

daban al paisaje un encanto pastoril de viñeta labrada por hirsutos artistas primitivos. Sus riberas estaban pobladas de pájaros cantores, amigos del hombre, o de pequeños animalillos roedores que carcomían los troncos nuevos. Atravesaban el valle fértil ondulaban entre los cerros, se remansaban en anchas y transparentes ensenadas, dormidas en la tarde y se volcaban luego en amplias y deleitosas embocaduras, en lo íntimo de un mar hirviente de espumas. No infundían temor sino en los estíos con el deshielo o en el tiempo de los inviernos crudos y lluviosos. Su caudal pasaba como en una fiesta. Sobre el movable espejo del agua, flotaban ramas floridas o viejos maderos de troncos desplomados desde el borde de los barrancos. El río tenía algo del alma encajonada del país. Algo de su diafanidad simple y de su turbulencia airada, pero fugaz. Sólo algunos grandes ríos se llenaban de niebla y rugían en la noche, en el árido silencio de la hondonada.

En cambio, este poderoso caudal de agua impresionaba tanto como la vegetación insidiosa de sus orillas que poblaban el curso superior. Nada se sabía de su lecho misterioso. Debajo del sólido retorcimiento del agua, vivía la vigilante sospecha del peligro. Las riberas desaparecían en el infinito como la pampa negadas a todo sentido de limitación. Era un rodar lento, taciturno, sombrío. La selva había impreso en su agua fangosa la expectante madurez de un mundo afiebrado e impresionante. Su superficie podía resistir los barcos de gran calado, y así la grandeza del océano penetraba sin dominarla la grandeza del río monstruoso. Al mirarlo se creía estar sobre el mar. Todo en él era vasto y excitante. El continente sin cordilleras de ese lado, había permitido las grandes grietas especie de ventiladeros por los cuales la vida interna del bosque y de la llanada salían a recoger el aire violento del mar libre.

Nuestros ríos se torturaban en las montañas. Se afinaban para deslizarse por los pasos, silvaban como nervios impacientes, se henchían de torbellinos en lo más alto de los hontanares, se embriagaban de perfumes de canelos, de boldos y de peumos. Eran verdes como la montaña, sutiles como las culebras, diáfanos y limpios del maleficio de las selvas. Sobre su agua ondulante navegaban pequeños barcos o livianas lanchas. Las piedras de su lecho podían mirarse lisas y cubiertas de líquenes de color de esmeralda. No atemorizaban. Se dejaban cruzar por los vados y sólo en las crecidas voraces, el hombre temblaba con el furioso caudal de sus aguas enfosquecidas. Las regiones de los ríos sucios se extendían muy al extremo sur de la landa estrecha. El valle central estaba dominado por la nervadura azul sobre un eterno verdor de pastos y de bosques.

El hombre había vivido al amparo del alma generosa del río, desangrada en infinitos caños, con los cuales zonas áridas habían sido fecundadas. Tan milagrosa parecía su agua movible, que por ella se peleaban a muerte, en los tranques, los hombres de una misma región. Partidas de inquilinos con el amo a la cabeza, solían cruzar los caminos y potreros para ir, como en una guerra, a deshacer los terraplenes con los cuales el enemigo hurtaba para sus predios la fecunda vida del río. Estos ríos hirvientes tenían la historia plantada en sus orillas. A veces de los ríos más hondos, cruzaba apenas el valle, camino de la desembocadura, un hilillo escuálido y vergonzante que modulaba bajo los puentes de hierro, palabrejas bulliciosas. Su ancho lecho de piedras aparecía vacío del torrente. Ondulando entre los pedruzcos, como una sierpe, pasaba el derretido cristal azul, retrasándose en los remansos en los cuales por el estío, sumergían sus cuerpecillos de greda los muchachos de la vecindad. Ríos vencidos, ríos de familiaridad y de jolgorio. Ríos

de amigable recompensa, dignos de esa alma paciente y resignada que poblaba sus orillas boscosas.

Y ahora navegábamos sobre el río de la otra banda, sobre el río de las anchas llanadas, sobre el agua alucinante del mar que venía del granítico y soberbio corazón de la América aun no dominado ni domesticado por la civilización.



Habíamos penetrado en Montevideo en un amanecer luminoso. El sol comenzaba a untar de oro las altas torres y perfilaba sobre un cielo azul el cono del cerro que Díaz de Solís había visto en 1516 con algunas hojas de árboles en su cúspide, mecidas por el viento. El «virazón» del estuario comenzaba a soplar. Más tarde deberíamos oírlo gemir en los patios de luz de los edificios de la ciudad y correr desahogado por las calles agitando como plumeros verdes sobre la acera, los árboles que llenan sus vías. El antiguo fuerte se había convertido en una ciudad de alto esplendor, sin la impetuosa vivacidad de Buenos Aires. Todo en ella fulgía, como si la lumbre del sol extendiera su oro por todos los rincones. Encima de la bahía ancha y acogedora; circuída por las dársenas y estrechada por los laberintos de calles de sus barrios comerciales y de marineros, el sol derramaba el oro vivo de sus rayos y el estuario semejaba una cuenca azul, cubierta de barcos y de lanchones.

La ciudad extendía su grandeza material en largas barriadas. Era la ciudad de aluvión, nacida a la sombra de la caserna y del fuerte. Menos amplia que la capital de la pampa, dominada aquella por la llanura y cerrada esta como antaño, al dominio arrollador de la extensión desértica. En Buenos Aires sentíamos la corriente fulgurante de la pampa, vaciándose por sus calles y avenidas. Se hubiera dicho

que la pampa tenía ahí su reposo y su término. Creció aquella sede del virreinato sin oposición al desierto. Esta ciudad de la ribera izquierda, se había cerrado desde su nacimiento al contacto con la llanura. Había estado en perpetua disputa con el charrúa primero y luego con el gaucho, que iba a estrellar su fogoso alazán en la base misma de las fortificaciones de hierro y piedra.

Tenía ya la ciudad en el siglo pasado la estirpe de la ciudad europea. Estaba en pugna con la campaña que representaba la barbarie. De allí iba a derivar todo el agrio conflicto que sacudió a la Banda Oriental durante casi medio siglo. No podía ser la llanura para la ciudad, el término natural de la nación, a pesar de que la nación era la pampa y el gaucho era la suprema expresión de la nacionalidad. Cuando Artigas levantaba la masa rural, y arrastraba como en un pampero las rancherías y tolderías del interior y a su conjuro imperioso brotaban de la desierta soledad, los grandes grupos de gauchos con sus perros, caballos y útiles de labranza para correr detrás del gaucho típico, señor y conductor de hombres, no hacía más que levantar el señorío indisputable de la campaña contra el señor urbano que doctorizaba y pronunciaba bellos discursos.

La vida gaucha, la existencia aventurera y peligrosa del matrero, del contrabandista, del cimarrón habían dado a ese pueblo un sentido brutal del coraje y del denuedo. El gauchaje creó la violencia y el desdén de la vida, puesto que la vida estaba a merced de la pampa en el peligro de sus soledades, en el taciturno silencio de sus cuchillas y de sus bosques del norte a donde iba a recluirse el gaucho perseguido por los soldados españoles. En un país en que las yeguas y vacadas salvajes dominaban el territorio, convirtiendo la tierra en un clamor de pezuñas, el gaucho había aprendido las artes de hacer

de su existencia una aventura continua. Allí había aprendido a dominar no sólo la extensión esteparia con la veloz flecha de su caballo sino a dominar al hombre en la única ley del coraje y del valor personal y a la bestia selvática con la doma, el lazo y la boleadora. Nada de la campaña era ajeno al señorío del gaucho. Todo lo que en ella crecía y fructificaba era de su pertenencia. La vida libre abría horizontes inesperados a su esperanza y si alguna limitación se oponía a su enérgica voluntad no era otra que la del caudillo, nacido de su propio seno, árbitro de vidas y haciendas, señor poderoso al cual se le rendía la masa entera. El caudillo personificaba en la pampa el valor, la audacia, la inteligencia, la rapidez, la decisión y el triunfo. Seguirlo era rumbar por el verdadero sendero. Serranías, montes, selvas, cuchillas, ríos y pulperías, arrojaban de lo profundo de su entraña, hombres corajudos, al solo acento ronco de la voz que ordenaba ir hasta la muerte. La pulpería había sido el centro de la vida campera, la asociación para los hombres, el refugio y la parada entre una y otra hazaña. Allí concentraba la soledad pampera el esfuerzo y la pujanza. Allí aprendía el gauchaje la lección de fortaleza, porque la pulpería era recuento y comienzo de la leyenda, romanticismo y coraje, valor y peligro. El desierto pastoril estrechaba por todas partes el núcleo hospitalario en el cual se tejía la urdimbre hazañosa de de esta raza errante y romántica. Cuando la policía o el soldado que representaba la ley de la ciudad, la para el hombre de la campaña, abominable ley urbana, se aproximaba hasta el lugar del reposo, el gaucho si estaba en condiciones de enfrentarse saltaba sobre el representante de la ley española para hundirle su facón en la entraña. Si no podía dominarlo huía a través de la alucinante soledad, traspasaba las cuchillas, se internaba en el laberinto inextric-

cable de la selva que sólo él conocía y desaparecía como tragado por la ramazón. En el fondo de la selva, tapiaba luego las picadas y deslizándose como un jaguareté iba a reunirse con los otros gauchos matreros en torno a la lumbre del fogón que ardía bajo los ramajes, en un hoyo profundo. Cuando el hambre apretaba salía de su escondite como un tigre, y laceaba en el primer piño de animales el novillo más gordo. Y allí mismo lo cuereaba con la ágil y rápida maestría de un baqueano y abandonando los huesos al viento de la llanada se iba con su presa hacia la selva.

No había en este gauchaje otra concepción de la ley que la de la vida libre. El caudillo pequeño obedecía al más fuerte y todos al caudillo más alto. Pero era siempre la soledad de la pampa la que imponía su ley, porque en esa soledad salvaje, sin alambradas, sin límites, sin rigores extraños a la ley impuesta por el valor, sólo la del más altivo y dominador y capaz, dominaba. La estancia que al fin fija los términos de la limitación es asimismo una emanación de la pampa. Sólo que en ella domina el caudillo. En cambio la ciudad no logra dominar la campaña, con los elementos de la fuerza. Sólo cuando el caudillo penetra en la ciudad o es absorbido por ella, por su política, por su emanación cortesana, comienza la derrota del caudillaje. Para este fenómeno se precisan siglos de luchas, siglos de crueles batallas entre la ciudad y la campaña.



Una noche estuvimos contemplando envueltos en la soledad, mientras de las calles vecinas desembocaba en el rectángulo de la vieja plaza de la Independencia, el rumor de la vida nocturna encerrada en los cabarets y las «boittes» que se han multipli-

cado como emanaciones de la civilización, la colosal prestancia ecuestre del gaucho Artigas. Unos portales arcaicos cerraban el amplio espacio por casi todos sus costados y en algunos puntos, callejas oscuras se abrían hacia los lugares de donde llegaba hasta nuestros oídos el excitante misterio de la música sensual de las orquestas. En una de las esquinas, se levantaba la alta y churrigueresca torre de un rascacielo, como una personificación de la ciudad moderna.

Artigas había luchado contra la ciudad y ahora erguía su figura arrogante sobre el ancho pedestal de mármol, oprimido por la edificación moderna e iluminado su potro por los reflectores cuya luz indirecta daban a su figura ecuestre una luminosidad como de leyenda. Artigas vestía su poncho de estirpe chilena y su perfil aquilino, su cabeza descubierta, su mano que sostenía la brida del caballo, su bota de cuero de potro, imprimían a su figura dominante la expresión voluntariosa del carácter aventurero y taciturno que singularizó sus campañas célebres de otro tiempo. La ciudad dominaba ahora la vasta estepa pastoril. La estancia había subdividido la llanura y el bronce no era más que un recuerdo recorriéndose sobre el cielo estrellado de la ciudad. Al atardecer desfilaban a los lados de la estatua los grupos de mujeres bellísimas que iban de la Avenida 18 de Julio a las calles comerciales del Rincón y Sarandí. Artigas miraba hacia la ciudad como para galvanizarla. Su caballo tenía la actitud de la bestia nerviosa con una mano levantada y el hocico bajo, en la postura del que espera sólo un estremecimiento de la rienda para echar a galopar. A cara descubierta, Artigas parecía esperar que detrás de su arrogancia de domador y laceador en los antiguos pagos de Casupá, la masa febril se apretujara de nuevo en un rumor de marea y de esperanza, para llevarla otra vez, en

la voluntad de tormenta pampera del «éxodo» hacia las tierras tradicionales del interior en donde debía germinar el espíritu de la nacionalidad. Sólo que la ciudad estaba destinada a vencer y a imponer su señorío a la campaña. Así crecieron estos países, así fueron entregados al caudillaje político de la ciudad sin que éstas comprendieran jamás el espíritu de la tierra que se extendía detrás de sus fortalezas y bastiones.

Y mientras evocábamos el «éxodo», cuyas escenas están grabadas en los costados del monumento, pensábamos en nuestra tierra de rinconadas, tan difícil para la explosión del elemento rural o para la violencia arrolladora de la masa campesina que nunca tuvo el coraje de los conjuntos. Esta masa pobló las hondonadas y los valles, pero jamás influyó con alguna determinación en la política bizantina de la capital. No luchó contra la capital sino en la voluntad individualista de los caciques y terratenientes a cuyo destino entregó la suerte de su existencia. No tuvo un pasado heroico, sino en la guerra. No lo tuvo en las jornadas de la paz, porque la encomienda y el coloniaje, desde antiguo, la sometieron a la servidumbre. Sólo el aborígen, acorralado más allá de las riberas de un río, movió guerra sin cuartel al español para ser dominado casi en totalidad. El mestizo fué argollado por las leyes severas e implacables de Indias. Se confabularon, además, el paisaje, la resquebrajadura de la tierra, la escoriación y la arruga de la montaña. Debajo de su poncho misérrimo y defendido del pedruzco de los caminos por la ojota de cuero, vagó a lo largo de sus sendas cruzando los desfiladeros de la cordillera, sin saber qué había en su oscuro destino de abandonado. De una hacienda salía para otra, de una posada se encaminaba a otra. Fatalista y corajudo, dejaba perderse su virilidad sin que nada de ella fuera salva-

da. Tan pronto se le veía en las secas regiones del norte agujereando la tierra salitrosa, como en las regiones del sur, inclinado sobre trigales amarillos. Era peón de labranza, caminero, soldado en el ejército regular, obrero en las ciudades, marino y pescador. Pero no tenía la voluntad envolvente de la disciplina que permite seguir la fiera voluntad de un caudillo. No temía la voracidad de la ciudad cuyo doctor no le inquietaba. El jurista de la ciudad era el amo, o sea el patrón de la hacienda o del fundo. A veces se encariñaba con la heredad de los viejos amos y allí vivía, procreaba y formaba los descendientes que a su vez servían a los descendientes del antiguo señor de los antepasados. La cadena continuaba robusteciendo la antigua familiaridad. No se sentía por esto, la servidumbre. No imponía el campo la sensación continua de la aventura. No había llanadas que atrajeran como un espejismo su indómita voluntad, sin romanticismo.

La tierra había formado un hombre de repechadas. Pero no había formado un hombre de horizonte. No podía crearlo, porque para ello se interponía la quebrada, el valle estrecho, la montaña fértil, el camino de curvas, el cerro montuoso. No había combatido contra la bestia salvaje porque los bosques no asilaban sino escasas alimañas. No había aprendido el arte de la lazada sino en los rodeos, o en la «aparta» en el semicírculo restringido, no en la vastedad de la llanura. Se había formado así un tipo retraído, soñador sin espejismos, cachazudo, serio, taciturno, de sigilo y de voluntad tensa. Recorría largas distancias, sólo, con la compañía del perrillo que trotaba detrás o corría delante, volviendo su hocico cargado de ladridos, a cualquier ruido misterioso. Cuando la esperanza se le moría dentro del pecho, abandonaba el sitio en que vivía y se iba a recorrer otros parajes, para regresar un día, al mismo

sitio, vencido y tirillento o bien con el saco a la espalda hinchado de recado. Y como si nada hubiera ocurrido reanudaba la antigua existencia. El hombre vivía en dispersión en las regiones apartadas. Se hacía agricultor, minero, soldado, pescador, marino, según soplara el viento voltijeante de la fortuna. En la posada del recodo de un camino a donde como en la pulpería, acudía la peonada de la región, solían contarse hazañas de bandidos o de ladrones o bien, escalofriantes fantasías de ultra tumba. La tradición no había dado cuerpo a las aventuras de gran calibre. No existía el arquetipo que resumiera el valor, la temeridad, el duro coraje de un forjador de fulgurantes hazañas. Había, en cambio, en los tipos menores de la leyenda, el hombre astuto, cazurro, ducho en artimañas, andariego, mordaz, tortuoso para la aventura, valiente, frío y también derrochador, humanitario. El se ponía risueño frente a la muerte en las sangrientas jornadas de la guerra. Con su adusta burlería, hacía guiños al destino. Su puñal corvo, el corvo filudo y curvo, era el arma para la pelea astuta, para el cuerpo a cuerpo, para el golpe rápido, para liquidación instantánea, sin gestos amplios, sin la elocuencia casi retórica del facón. En cierto modo esa arma pequeña, tenía algo de la tierra. Como en ella había la quebrada, la ondulación del camino de montaña; la punta de la escarpa agresiva, el mango laboreado como un valle de rica fertilidad. Podía esconderse en cualquier parte del cuerpo. Era pérfido y traicionero. Pero en la lucha abierta salía noblemente como una voluntad llena de nervio y de decisión.



La noche del lado del Atlántico nos entregaba toda la sugestión de Europa. Sobre la vieja plaza en la cual se erguía Artigas, gaucho y conductor de

masas rurales, caudillo de la pampa, guerrero y domador evocábamos por una especie de contragolpe de la imaginación, lo que había sido y lo que éramos.

La extensión ilimitada de la libertad, la seguridad de una tierra fértil de ricos pastos que todo lo entregaba al que quisiera aprovecharla, la innumerable ternera que crecía lozana en sus llanos magníficos, la concepción de una vida en que la ley no ejercía imperio alguno, puesto que la pampa pertenecía al habitante o sea al gaucho; la voluntad sin obstáculos que la domeñaran, el dominio sobre leguas y leguas de tierras que eran de todos, como sus animales y sus frutos, la evidencia de que el señor de la ciudad sólo iba a la campaña para arrebatarse la tierra de todos, formaban los elementos profundos de la composición moral del gauchaje. Por eso la existencia cobró siempre la forma de una aventura. Y por eso pudo crecer allí el caudillo como expresión de la voluntad y de la fuerza de la tierra. De ella se levantó Artigas y detrás de Artigas, un día, en defensa de los fueros de la campaña, contra la ciudad europea llena de doctores que aspiraba a dominar la llanura, se concentró la masa de gauchos, de mestizos, de estancieros criollos, todos los cuales con sus caciques y peonadas, con sus bestias y sus aperos de labranza, galoparon día y noche como un viento arrastrando en pos de sí, a un grito de victoria, las rancherías y las tolderías, los caballos, las vacas, los perros cimarrones y las payadas, para ir a formar el campamento inmenso en la región del Ayuí, germen y concreción de la nacionalidad uruguaya, contra la dominación española. Ese movimiento admirable que llamaron el «éxodo», es decir la emigración en masa. en el cual rueda todo un pueblo rural detrás del caudillo, como una devastación fecunda, que arranca de su tierra y la abandona sin pena, a una oleada en que alternan ancianos,

mujeres, niños, perros, vacas, caballos, carretas, forma uno de los movimientos sociales más curiosos de la historia de América.

Se ve, pues, que la tierra dió el empuje a esa voluntad colectiva, y la llevó como un torbellino al campamento elegido para fundar la nacionalidad independiente. Esta acción de la masa, no se encuentra en el país de los cerros, porque la configuración del terreno, la historia y la tradición, llevaron al hombre por otro rumbo. Por instinto el hombre de la llanura temía al jurista de la ciudad. No podía entenderlo. Le producía la impresión de un jagareté sigiloso, su intríngulis político. La artimaña era páfida. En cambio este lado del Pacífico, formó conjuntamente con la complicidad de la tierra, un hombre de antemano dominado por la escritura y la ciencia del enredo. El oidor intrigaba en la ciudad, porque nada podía temer de una población indefensa, que la sierra acorralaba y la ley habían deshuesado y que carecía del instinto de la rebelión. La defensa debía surgir allá de una tierra libre. De una tierra en que la fertilidad no reconociera amos ni señores. La región de las sierras era dura para el trabajo. Nada se ofrecía sin esfuerzo, nada estaba al alcance de la mano: ni el fruto ni el animal que los otros cuereaban en cualquier anfractuosidad del terreno.

La ciudad en este lado dominaba simplemente porque la población rural no ofrecía resistencia. El soldado imponía rápidamente decisiones brutales. El castigo caía también implacable. Se formó así el hombre taciturno, el hombre que busca el subterfugio y la astucia para burlar la ley y aun el castigo. Las leyes de Indias dividieron y subdividieron la tierra del indio. La entregaron a los elegidos. La dieron en prenda de servicios. La obsequiaron como tributos de adhesión. Del clan araucano a la encomienda nada hay

que determine una protesta. Nada que signifique una rebeldía del despojado. Nada que haga pensar en que el pueblo aspira a exigir la reconsideración de injusticias. En adelante la taciturnidad, el rencor receloso, la protesta íntima, secreta, alimentada por siglos de pasividad irá hinchando la raíz oculta en la cual el odio satura e impregna con un zumo ácido, estas luchas sociales que el hombre moderno explota a su manera y el antiguo heredero de viejas tradiciones, apenas comprende.

NOCTURNOS

NOCTURNO DE LA ESTATUA

*Soñar, soñar la noche, la calle, la escalera
y el grito de la estatua desdoblado la esquina.*

*Correr hacia la estatua y encontrar sólo el grito
querer tocar el grito y sólo hallar el eco,
querer asir el eco y encontrar sólo el muro
y correr hacia el muro y tocar un espejo.*

*Hallar en el espejo la estatua asesinada,
sacarla de la sangre de su sombra,
vestirla en un cerrar de ojos,
acariciarla como a una hermana imprevista
y jugar con las fichas de sus dedos
y contar a su oreja cien veces cien cien veces
hasta oírla decir: «estoy muerta de sueño».*

NOCTURNO

*Todo lo que la noche
dibuja con su mano
de sombra:
el placer que revela,
el vicio que desnuda.*

Todo lo que la sombra
hace oír con el duro
golpe de su silencio:
las voces imprevistas
que a intervalos enciende,
el grito de la sangre,
el rumor de unos pasos
perdidos.

Todo lo que el silencio
hace huir de las cosas:
el vaho del deseo,
el sudor de la tierra,
la fragancia sin nombre
de la piel.

Todo lo que el deseo
unta en mis labios:
la dulzura soñada
de un contacto,
el sabido sabor
de la saliva.

Y todo lo que el sueño
hace palpable:
la boca de una herida,
la forma de una entraña,
la fiebre de una mano
que se atreve.

¡Todo!
circula en cada rama
del árbol de mis venas,
acaricia mis muslos,
inunda mis oídos,
vive en mis ojos muertos,
muere en mis labios duros.

NOCTURNO MUERTO

*Primero un aire tibio y lento que me ciña
como la venda al brazo enfermo de un enfermo
y que me invada luego como el silencio frío
al cuerpo desvalido y muerto de algún muerto.*

*Después un ruido sordo, azul y numeroso,
preso en el caracol de mi oreja dormida,
y mi voz que se ahogue en ese mar de miedo
cada vez más delgada y más enardecida.*

*¿Quién medirá el espacio, quién me dirá el mo-
[mento
en que se funda el hielo de mi cuerpo y consume
el corazón inmóvil como la llama fría?*

*La tierra hecha impalpable silencioso silencio,
la soledad opaca y la sombra ceniza
caerán sobre mis ojos y afrentarán mi frente.*

NOCTURNO GRITO

*Tengo miedo de mi voz
y busco mi sombra en vano.*

*¿Será mía aquella sombra
sin cuerpo que va pasando?
Y mía la voz perdida
que va la calle incendiando?*

*¿Qué voz, qué sombra, qué sueño
despierto que no he soñado
serán la voz y la sombra
y el sueño que me han robado?*

*Para oír brotar la sangre
de mi corazón cerrado
pondré la oreja en mi pecho
como en el pulso la mano?*

*Mi pecho estará vacío
y yo descorazonado
y serán mis manos duros
pulsos de mármol helado.*

EL MISTICISMO REVOLUCIONARIO Y LOS NUEVOS MITOS

LOS movimientos revolucionarios ruso, italiano y alemán nos prueban que bastan dos o tres ideas simples para inflamar de mesianismo el espíritu elemental de las masas. Prematuramente caduco el mito democrático y aun viviente el mito monárquico en una prolongada agonía, ha sido indispensable crear nuevos mitos, porque ni el mito democrático ni menos el monárquico responden a necesidades de las masas, que ya no comulgan en sus altares ni se emocionan con sus símbolos; y porque la humanidad en su marcha incesante de superación ha ido substituyendo periódicamente los mitos, desde las religiones politeístas de la antigüedad hasta el mito anarquista que aun no ha sido plasmado en forma tangible de Gobierno, viviendo nebulosamente en ciertas conciencias de avanzada. Lenin, Mussolini e Hitler, en sus respectivos países, crearon los mitos que hicieran vibrar los sentimientos vitales de las masas, llevándolas a la acción revolucionaria movidas unánimemente por una misma fe esperanzada. Se encendió en las masas el misticismo revolucionario como una manifestación de fe de que el nuevo mito habría prendido abrasador; y los caudillos atizan el fuego revolucionario para que no se extinga en los altares el

fervor por el nuevo culto. Las muchedumbres encendidas por la pasión y la fe, han actuado con un heroísmo inaudito y con un desprecio de los más elementales sentimientos de respeto a la personalidad, lo cual las ha conducido, en muchos casos, a acciones despiadadas lindantes con la barbarie.

Y al mito ha sido necesario crearle el símbolo que sintetice esquemáticamente el espíritu de la nueva doctrina y la institución que vele por la integridad de su culto, como el cristianismo creando la Cruz y la Iglesia que se llamó Inquisición o las Cruzadas cuando la fe fué más quemante. Así, la Revolución francesa simbolizó su mito de la Libertad, Igualdad y Fraternidad en el gorro frigio e instauró el Terror en defensa de los nuevos principios; la Revolución rusa saca su símbolo del martillo y la hoz entrecruzados y entrega a la Cheka el afianzamiento del régimen soviético; Mussolini extrae de la vieja Roma el haz de los lictores para simbolizar su cesarismo y organiza férreamente las milicias fascistas para que respondan de la seguridad del nuevo régimen en el presente y en lo futuro; Hitler impone la cruz swástica y en las tropas de asalto descansa confiadamente.

No fueron los fríos dogmas del marxismo lo que Lenin logró incrustar en las mentes proletarias; nada de materialismo histórico ni aun de socialización de los medios de producción; son ellos principios que requieren una mínima cultura y un pequeño esfuerzo de inteligencia para que pudieran haber sido comprendidos por los rusos analfabetos y supersticiosos. La paz inmediata a cualquier precio, la tierra a los campesinos y todo el poder a los Soviets fueron los mitos que crearon los caudillos bolcheviques con un maravilloso sentido psicológico de la realidad, y que bastaron para animar a las masas en incontenibles empujes revolucionarios, derribando fácilmente la República democrática, falta de apoyo en el pueblo, por-

que su mito no respondía a las necesidades primordiales de las masas, que, hambreadas y escuálidas por unas guerras malamente llevadas por un gobierno descompuesto hasta sus entrañas, no podían bastarse con las hermosas palabras de Kerensky, quien parecía revivir la acción demagógica de Danton, en el ambiente tumultuario de la Convención. Agitado el pueblo ruso y disciplinado bajo la égida de Lenin y Trotsky, se inició implacable la cruzada comunista a través de sus inmensas estepas. Kerensky y sus compañeros de su efímero gobierno fueron academizantes de la Revolución, sin raigambres en las entrañas de su país, como lo han sido numerosos caudillos indoamericanos que una vez en el poder no han sido capaces de encararse con la realidad hosca y huraña y voltear los obstáculos en una actitud decidida. Lenin, con su espíritu maquiavélico, supo aprovecharse de las circunstancias y ajustar su política dentro de un margen de posibilidades que lo llevó hasta retroceder y pactar con el odiado capitalismo, manteniendo siempre vivo el culto por los nuevos mitos y encendida la mística revolucionaria, labor que los actuales dirigentes soviéticos han realizado también con innegable éxito, especialmente Stalin, quien ha heredado de Lenin la energía indomeñable, la actitud ladina y escurridiza y un singular sentido de la realidad, Bajo la forma de ideas grandiosas y prácticas al pueblo ruso se le sigue dando mitos, a fin de que su culto por el comunismo se incremente sin cesar. El socialismo en un solo país, el Plan Quinquenal y la colectivización de los campesinos son los nuevos mitos que mantienen encendida en el pueblo ruso la fe revolucionaria; seguramente ellos irán amoldándose a la acción cambiante de la realidad, hasta llegar a hacer de la U.R.S.S. una especie de Estados Unidos de Norte América. Y como el mito tiene que responder a necesidades primarias de las masas y ellas tie-

nen sinuosidades imprevistas, la política soviética, tratando de interpretar el sentir colectivo—que no es nada más que el del partido comunista—ha oscilado en alternativas, a veces contradictorias dentro de las líneas fundamentales del marxismo. Así, por ejemplo, cuando Trotsky, con su orientalismo fervoroso, quiso hacer la Revolución social en todo el mundo, dando acaso con ello realización a la profecía dostoienskiana de que Rusia estaba llamada a desempeñar un trascendental papel en los destinos de la humanidad, Stalin, fanático de la objetividad, rechazó la idea por considerarla peligrosa para la estabilidad del régimen, y porque no era propicio el momento para darle al pueblo un mito que, por sus enormes proporciones, era muy difícil, que tuviese adeptos incondicionales, y junto con desechar la idea, eliminó de su gobierno a su defensor.

Intelectualizado el mito comunista, entrega a Bujarin la confección del catecismo que los prosélitos del partido deben aprenderse y acatar sin discusión so pena de ser considerados como traidores a la causa y como heterodoxos de la Tercera Internacional. Cuando el escepticismo, la serenidad y el análisis se interponen el mito no se adentra en los espíritus.

Mussolini, al instaurar el fascismo en Italia, se nos presenta como uno de los más grandes creadores de mitos que ha tenido la humanidad, llegando a darle a su pueblo una mística revolucionaria tan encendida, como la de los comunistas en Rusia, como que la ideología de su juventud fué bebida en las más puras fuentes del marxismo. Mussolini se encara con los acontecimientos que habían hecho de Italia, después de la guerra europea, un conglomerado bulle y amorfo que amenazaba destruir hasta los basamentos en que descansaba la organización social, como en Rusia; comprende Mussolini que no es el mito democrático ni el comunista el que el pueblo

italiano necesita en ese momento de desintegración del Estado; sabe él que no es de la voluntad humana rectificar las leyes ineluctables del destino; por eso se adapta a la realidad, interpretando el carácter del pueblo italiano. Su política está condicionada por los acontecimientos cotidianos. Crea el nuevo mito, ya que la atmósfera propicia a su culto había sido determinada por los hechos. Y es negativa su primera actitud: odio al comunismo, al parlamentarismo y a la política internacional de las grandes potencias. Es decir a todo aquello que había provocado la inquietud desesperada y sin sentido en un sector apreciable del pueblo italiano. Supo Mussolini, como Lenin, aprovechar ese momento psicológico y, valiéndose de sus condiciones, de demagogo y de organizador, formó una fuerza disciplinada poderosa a través de todo el país; sus adeptos sentían el nuevo mito y estaban poseídos de la mística revolucionaria para acometer contra los obstáculos; y sólo actuó de frente cuando los partidos políticos tradicionales habían llegado a su mayor descomposición. Republicano, Mussolini halaga al Rey; anticlerical, coquetea con la Iglesia; enemigo del parlamentarismo, es respetuoso con el Senado, manchesteriano en economía, se entienda con el Soviet. En una política aparentemente contradictoria deja a los hechos que la encaucen en un sentido determinado, prescindiendo de toda norma dogmática. Por eso, puede decirse que el fascismo es Mussolini, y que antes de ser un cuerpo rígido de doctrinas políticas es una actitud un modo espiritual, frente a lo cotidiano y a lo trascendental, porque el fascismo es también «una concepción religiosa, para usar las propias palabras de Mussolini, en la que el hombre es visto en sus relaciones inmanentes con una ley superior, con una voluntad objetiva que trascienda al individuo particular y lo eleva a miembro consciente de una socie-

dad espiritual». Nutre sus raíces en la tradición secular, y elevándose sobre lo efímero, aspira a una realización espiritual de los destinos de Italia. Mussolini, como un artista, ha ido plasmando la fisonomía política de su país, extrayendo de los elementos vitales del pueblo italiano los ingredientes primarios, para amoldarlo a su imagen y semejanza. Creó el mito fascista y el misticismo revolucionario adecuado e inculcó en el espíritu de la juventud una fe tan ciega como la que debieron haber sentido los primeros cristianos cuando salieron a propagar al mundo decadente la nueva verdad que les había sido revelada.

Hitler, imitando a Mussolini, ha agitado al pueblo alemán en un movimiento revolucionario que si tiene su mística, carece del mito que lo aúne en una finalidad categórica, puesto que el nacionismo es un mosaico ideológico que va desde el socialismo integral de Strasser hasta el nacionalismo rabioso de Goering. Hitler ha tomado de Mussolini la actitud meridional, exagerándola históricamente; ha copiado el gesto, lo externo, ya que la fuerte personalidad del Duce y sus grandiosas concepciones son intrasferibles. Hitler se nos presenta como un iluminado que ofrece al pueblo elegido por su destino sacarlo de la postración en que yace; su mesianismo tiene las proporciones de los ungidos por la historia. El nacionismo nace en Alemania en condiciones similares a las del fascismo en Italia, agravadas por una guerra infausta y con un tratado de paz humillante a su condición de país soberano. El fracaso del régimen democrático instaurado por la social-democracia, cuyos jefes firmaron el Tratado de Versalles; la actitud de los judíos en presencia del descalabro económico; las amenazas revolucionarias de los comunistas que engrosaban y disciplinaban sus filas formando un poderoso frente rojo; y la miseria general como consecuencia de la crisis; sirvieron a

Hitler para crear su misticismo revolucionario. Odio a todo lo extranjero, especialmente a los judíos y al marxismo, fué el grito de guerra de Hitler, a cuyo eco respondió la juventud generosamente. Se diría que el nazismo ha sido el gesto desesperado y trágico que ha adoptado un pueblo que sentía desplomarse su organización, no obstante su tradición y sus reservas de energía. El llamado de Hitler prendió en el espíritu de la juventud con un poder magnético irresistible, dándose casos de heroísmos dignos de mención, como el de Hort Wessel, que lucha denodadamente con los comunistas en la calle en desigualdad de condiciones y que muere acribillado a balazos; o actitudes espectaculares como la de cierto joven que se presenta a la tribuna vestido con su camisa parda y al ser advertido por un policía de que estaba prohibido usarla, se desvistió inmediatamente mostrando al público nazi desnudo su pecho en que tenía tatuada la cruz swástica. Casos como éstos han sido frecuentes en la juventud alemana; de ahí que creamos que el movimiento revolucionario alemán está insuflado de romanticismo. «El amor a la aventura y la fe en las estrellas—ha escrito André Germain—levanta a los jefes, obscuramente, como arrastran a los humildes milicianos. El magnético poder de unos sobre otros no es grande sino porque ellos se parecen mucho entre sí, y son todos creyentes; cruzados, posesos de ilusiones».

Hitler no ha creado un mito; pero sí una mística que ha prendido en la juventud heroica e ilusionadamente. El nazismo más que un sistema de doctrinas político-económicas, es, como el fascismo, su hermano mayor, una actitud bélica para hacer de Alemania una Nación.

El mundo, se ha dicho, padece crisis de sistemas y de valores; estas palabras agoreras han repercutido en todos los rincones del mundo; y hasta Indo-Amé-

rica llegan las voces angustiadas de los que se creen llamados a salvar la civilización cuyo andamiaje parece crujir hasta esta Indo-América convulsionada por rencillas domésticas carentes de sentido y de grandeza. Porque nuestros movimientos revolucionarios no han sido más que gestos esporádicos sin proyecciones en la historia del Continente. El mito creado por Bolívar no prendió revolucionariamente; acaso una prolongación de él se advierte en la actitud de Haya de la Torre, cuyo aprismo ha despertado en la juventud de su patria y aún en la de algunos países de Indo-América un misticismo revolucionario de sólida consistencia.

En nuestro país las masas se han agitado esporádicamente por efímera circunstancias electorales. Tal es el caso del año 20, que pareció agitar a las masas en actitudes trascendentales, pero ello no pasó de ser un motivo para ganar unas elecciones. Apenas si se convulsionó la superficie del pueblo, que pronto recobró su quietud fatalista y resignada.

VENDIMIA

—**B**UENAS noches, patrón. Me han dicho que le falta gente pa la vendimia, y vengo a ofrecerme.

—Falta gente. ¿De ónde vienes?

—Del alto.

—Hoy me hablaron de Pantaleón Encina. ¿Es tu nombre?

—El mismo.

—Bueno, te doy trabajo siempre que dejes en paz a la Pilar, que está vendimiando aquí. No quiero enredos.

—No hay cuidao, patrón. Yo quiero trabajo, no busco mujeres. Aquello se acabó. Las mujeres no lo pescan a uno dos veces.

—Quédate entonces.

Encina, a modo de saludo, se tocó el ala del sombrero y fué a reunirse con la gente bajo el cobertizo de tablas que se levantaba a un lado de la pajera. El patrón ese día no volvió a ocuparse del nuevo vendimiador.

La faena había sido ruda, y la gente, sentada o tendida, relajaba sus miembros fatigados, dejando oír a intervalos un rezongo, una risotada. La noche iba haciéndose remanso de sombra, desgarrado a veces por el guijarro flojo de la conversación.

La llegada de Encina a la vendimia estaba previs-

ta, pues acabando en el alto la gente bajaba a la corta en «El Pajal». Encina, sabiéndolo, no quería excitar la suspicacia de sus compañeros. No fueran a creer que era un cobarde. Apareció en el galpón sin que su llegada excitase la curiosidad de nadie. Por lo demás, como había obscurecido, su cuerpo asarmentado, no destacaba ni energía extraordinaria ni insignificancia. Todos sabían, sí, que Encina había hecho vida marital con la Pilar hasta el día en que la mujer encontró algo mejor en un muchachón de ojos claros que trabajaba como un buey, pacífico y dulce, y sabía sonreír a las mozas sin alardear de su buena suerte. Encina, que por mala costumbre tenía una hembra en cada rancho, no recibió con enojo el desvío de la Pilar, ya que habiéndola tenido a su lado con mayor frecuencia que a las otras, hastiábase de veras desde que el escaso cariño había muerto; si es que lo hubo; pues la pareja amaneció un día junta, después de una fiesta de Corpus, sin que Encina supiera el por qué.

Desde la cocina gritaron hacia el cobertizo y dos hombres se encaminaron en busca del ollón de comida. Se encendió una vela y los hombres, quince en total, llegáronse a la pitanza, que olía a color. Encina comió en silencio, con apetito, estimulado por el picante sabor de las pancutras. Sentíase contento; en el alma no llevaba ningún peso difícil. Tenía lo que necesitaba, un jornal seguro, buena comida y mujeres; no podía quejarse. Las caras que veía, semejantes a la suya, alrededor del ollón, enrojecidas por la llama vacilante, se arrugaban al influjo de acaso, torvos pensamientos. Encina no se preocupó mucho de sus compañeros, y una vez terminada la comida, se tendió en un rincón, sobre un haz de paja. Sólo entonces se le ocurrió hacer una pregunta.

—¿Cuántas melgas hicieron hoy?

—Cinco. Hay trabajo pa quince días.

—¿Cuánta gente?

—La que ve y cinco mujeres... «El Pajal» siempre junta más gente.

Encina miraba la vela puesta sobre un palo y sus pensamientos se deshacían antes de formularse.

—Mañana habrá una menos—dijo alguien.—Esta noche está celebrando su casorio.

—Esa, mañana, sale a trabajar—se oyó a otro.—No es la primera vez que se casa...

Encina vió que alguien soplabla la vela. Escuchó: el silencio del campo. Los pensamientos arañaban la sombra y se traducían en algún rezongo, una blasfemia. Alguien fumaba. Rato después, Encina oyó en el extremo opuesto de la pieza una historia ardiente aderezada con mujeres conocidas, con nombres que Encina más de una vez había pronunciado con violencia de insulto, en la brutalidad del abrazo. Escuchando aquello, se dió a pensar la interminable historia de su vida aventurera que daba marchitez viciosa a sus cuarenta años. De eslabón en eslabón, su atención complacida vino a dar en la mujer que acababa de abandonarlo, la Pilar, cuyo cuerpo pálido y blando, lo atrajo antaño con violencia. Pero esta noche, su pensamiento excitado deleitóse en otros nombres, que representaban cuerpos todavía tiernos y provistos de una gracia poco frecuente entre las hembras del inquilinaje.

Una hora después, el sueño, entre ronquidos. Los sapos melódicos en la vega próxima.

*
* *

La gente desayunada, se fué a la viña chica, próxima a las casas. Las primeras neblinas de Abril cubrían el campo altibajo y sobre las hojas matizadas dejaban enjambres de gotitas frías. Los apretados racimos de ámbar, se abrigaban entre las guías mo-

jadas, a la espera del sol tardío. La faena comenzaba con el ritmo acostumbrado; el tac, tac de las tijeras poblaba el silencio; los canastos se llenaban con rapidez y eran llevados en los extremos de las varas por los canasteros jadeantes. El rocío helado iba impregnando las ropas de los vendimiadores y bajo sus ojotas se formaba una gruesa suela de tierra apelmazada que entorpecía sus movimientos. La primera carreta con las pipas cargadas de uva se alejó loma abajo. En ese momento Encina vió llegar a las mujeres, que venían con retraso. Miró con cautela hacia el grupo y reconoció a la Pilar que se acercaba delante de las demás con su falda añil y su blusa azafranada, prendas que él no le había visto antes, así como el pañuelo morado que guardaba su pelo. Encina sin abandonar la corta, a veces penosa por la excesiva humedad que impregnaba su ropa y sus huesos, observaba el trabajo activo y silencioso de las mujeres. El frío era intenso; a pesar del trabajo la gente no lograba entibiar sus miembros. Las mujeres tenían puestos sus rebozos, los hombres las delgadas chaquetas de mezclilla o de saco. La viña trepaba el faldeo hasta perderse en la cumbre, y su vasta mancha amarilla se pintaba de oro viejo, de carmín, de siena. La madurez del otoño. Los racimos apretados y duros, a veces tentaban a la gente y las bocas desmochábanlos con avidez. Los granos redondos y cristalinos entregaban su jugo fragante y melado que excitaba la garganta y pringaba bocas y manos. La gente bendecía y envidiaba, todo junto, aquella inesperada abundancia. La viña doblaba su rendimiento. Opimas como un cesto colmado se ofrecían las cepas. No había que buscar entre las guías, como sucedía en otras viñas de la región. La gente trabajaba con brío y a medida que avanzaba la mañana, el hálito de la viña los excitaba hasta infundirles una suerte de embriaguez. Las mujeres rendían más

y, poco a poco, una tras otra, dejaban atrás a los hombres, que a veces se entretenían en comerse el racimo más hermoso.

Encina cortaba en una cepa baja de guías abiertas y largas. Pensó que era una mala cepa y que en la próxima poda habría que tratarla con cuidado para que rindiese lo debido. Los racimos magros no habían madurado bien. Acababa de pensar en ello cuando sus ojos se encontraron con los de la Pilar que cortaba en la melga de enfrente. En ese instante Encina oyó decir a su compañero inmediato:

—La Pilar no ha perdido sueño, parece, con el casamiento. La veo tan afanosa como ayer.

—¿Por qué no va a estar afanosa si siempre lo ha sido?—contestó una mujer que estaba cerca.

—¿Y qué es del hombre?—preguntó otro.

—Buen mozo, el guaina—declaró un tercero a unos pasos, perdido en una cepa cargada.

—A la Pilar no le gusta lo feo, ni lo viejo y gastao.

—Lo viejo y gastao se echa a un lao—sentenció una vieja de ojos guiñadores.

El silencio, al ritmo de las tijeras. La neblina se abría, huía con desgano, enredándose en las cepas distantes, y la luz se doraba poco a poco, animaba la acuarela de la viña. Encina sentía malestar escuchando las palabras intencionadas de la gente, que quería lastimarlo, empujarlo contra esa mujer. El no la odiaba ni la quería; pero le costaba resistir el picor de la mala intención, el veneno de la chanza. Hubiera deseado no ver a esa mujer en ese momento, estar lejos. No respondió a las intencionadas frases que zumbaban a su lado, y se limitó a mirar a la hembra, en tanto sus dientes de lobo mordían un racimo haciendo estallar los duros granos. Sus ojos, empero, no pudieron desmentir la fresca robustez de la Pilar. Los hombros redondos delataban su mansa suavidad

bajo la blusa ajustada; sus senos llenaban ampliamente su pecho de hembra fecunda, que nunca quiso tener hijos, malográndolos con fiereza; y sus caderas, generosas, ponían en el alma ardientes imágenes. Había en la mujer algo nuevo, que no era precisamente aquella blusa vistosa, ni aquel amplio ritmo de caderas, ni la sonrisa recatada con que respondía a las bromas. Encina advirtió obscuramente la distancia carnal que lo empujaba de súbito hacia ella, esa distancia magnética del presente malgrado por un pasado irremediable. La conciencia, prendida ya en ese hombre, de que la Pilar pertenecía por entero a otro, comenzaba a turbarlo. Sus sentidos alterados comenzaban a percibir la presencia de una Pilar diferente, carnal y bizarra, como muchas hembras de las lomas, pero adornada de una fragancia nueva impregnada de ese sutil misterio de la aventura. Por otra parte, no recordaba él esa mirada escurridiza y suave que enviaba ella a los hombres cercanos y que proclamaba su felicidad amorosa. En ese instante Encina la vió coger un canasto colmado de dorados racimos, ponérselo sobre la cadera y salir con él hacia la carreta, detrás de los canasteros presurosos. Su cuerpo ágil y expresivo recibía el sol esfumado por la niebla distante. Encina sintió el primer impulso de rabia ante aquella fuga disimulada. ¿Por qué huía de él si ya no lo quería? El no le hacía daño con mirarla de vez en cuando, mientras los otros se la comían con los ojos y las palabras, hambrientos de su cuerpo, que conocían sólo de oídas. ¿Por qué se iba? El oyó cómo los canasteros al cruzarla y los carreteros la sofocaban con frases groseras, recordándole la reciente noche de bodas. Ella, avergonzada y palabrera, se acercó de nuevo a la melga, la cara roja de coraje y de malicia.

—Si no tenía pa qué ir a toriar a esos guainas,

doña Pilar; ya oyó toíto lo que le soltaron. Es gente muy mala, ésta.

—Na tienen que decirme. Dueña soy de hacer lo que me dé en gana.

—Como que es grandecita, pues. Culpa suya es ser como es, uva moscatel. ¡A quién no le gusta lo bueno!

—A muchos hay que ya no les gusta—gritó una moza morena y hombruna, enderándose con las manos en los riñones. —Le perdieron el gusto.—Y guiñó el ojo en dirección de Encina que, agachado, parecía no ocuparse de la conversación.

—No, lo que hay es que lo bueno se acaba pronto si no se cuida.

La Pilar atacaba una nueva cepa y su brazo desnudo hasta el codo se movía por entre las hojas con extraña energía. Las mujeres, sin abandonar el trabajo, la observaban con ahinco, envidiosas de su cuerpo y de sus vestidos nuevos. Encina se incorporó para descansar un instante. Tendió su vista por la viña, deteniéndola en las demás mujeres, inclinadas y afanosas. Las dos más jóvenes habían sido suyas y de todos más de una vez. Eran bestias obedientes al trabajo y al placer sorpresivo y brutal. La Pilar era distinta; bastaba mirarla. Encina advertía con rabia en aquella cara enrojecida y sensible, la existencia de un sentimiento profundo, que luchaba todavía con lo desconocido. Él la había conocido simplemente bestia. Este cambio, humillante para él, hacía crecer su irritación.

El patrón corpulento y barbudo, el pelo rojo desbordando bajo el sombrero pardo de anchas alas, asomábase de vez en cuando a la faena, animando a la gente, guiñando el ojo a las mujeres, regañando a los hombres lerdos. Venía de la máquina moledora, situada junto a la bodega. Sus manos y su ropa llenas de pringue del estruje, reforzaban sus palabras

broncas y malhumoradas. Al pasar junto a Encina se acordó de la Pilar y por decir algo le regañó amistosamente, en voz baja.

—Eso se acabó, ¿eh?, Cada uno por su lado.

—Usté lo dice patrón. No hay que soplar el rescoldo, hasta que se apague.

Los racimos caían, uno tras otro, a cada golpe de tijera, mientras el pensamiento fermentaba con la fuerza temible de un caldo nuevo en la cuba madre. Encina deslizaba su vista por entre las hojas matizadas persiguiendo la figura, imborrable de la mujer que el destino ponía de nuevo ante él. La imagen del hombre que se la quitara movíase ufana en su instinto, sin acordarse que él la había abandonado antes. El sabor virgen que esto prestaba a la carne que ayer lo hartó, crecía en él como roce de la montaña.

Llamaban para el almuerzo. Encina se adelantó a los demás y trepó a la carreta que en ese momento se alejaba con las pipas colmadas de uva. Los cinco hombres de la máquina, bien remangados, la camisa abierta, llenos de pringue, se empeñaban en dar fin a la última pipa de uva. Caían por baldadas los racimos en la campana y los cilindros de lingue no tardaban en cogerlos, convirtiéndolos en claro y grueso chorro de jugo y orujo, mientras el escobajo saltaba a un lado y allí se amontonaba. Baldadas de orujo iban constantemente a alimentar la prensa situada en el segundo piso de la bodega, desde donde caía el jugo a la cuba del piso inferior. Encina esperó a sus compañeros contemplando el afanoso trajín. Los montones de orujo prensado y de escobajos impregnaban el aire con el agrio color de la fermentación. Por todas partes se encontraba ese olor, fuerte y turbador, cálido y penetrante de la uva en su milagrosa y embriagadora transformación. Las cubas que se habían llenado el día anterior, despedían ya su alien-

to capitoso. Encina gustaba de sentir ese olor agrio y contumaz de los caldos, donde bullía una vida nueva, que haría desvariar a los hombres. Gozaba al sentirse envuelto en la emanación caliente del orujo amontonado al sol, a donde iba a comer los chanchos y los bueyes, que luego la embriaguez hacía caminar vacilantes y caer redondos. Le gustaba, más que morder el racimo duro de moscatel o de pinot, beber la chicha nueva, de empalagoso dulzor, a grandes tragos que dilataban su estómago sufrido, para hartarse en los días siguientes con la chicha fuerte y curadora. La vendimia constituía para él la mejor fiesta del año, su mayor hartura, el desquite mejor logrado de su bovina existencia.

*
* *

Comenzado el trabajo de la tarde, Encina tuvo ocasión de acercarse a la Pilar, quien, presintiendo un peligro, había evitado su presencia durante el almuerzo. La mujer había notado la alteración creciente, encubierta del ceño en aquel hombre. Temía, pues, una sorpresa, y esperaba, con ansia el fin de la jornada para volverse a su rancho y no aparecer más por la viña. La mirada escondida y torva de Encina, que los demás no lograban comprender, ponía en su alma fatalizada, de mujer obediente, pasiva, una angustia irremediable. Acaso sabía ella que la mujer en la vida libre y animal de los campos, es el primer acicate de la fatalidad. Cuando en forma sorpresiva lo vió a su lado y sintió en su brazo la presión de garra de aquellos dedos, se acordó, al mirarlo, ahora francamente, de las veces que ese hombre la había golpeado, las mismas veces que ella casualmente lo quiso, con más pasión que ternura, pues la ternura no la conoció hasta ayer, en brazos del

otro. Sin embargo, tuvo un primer movimiento esquivo, sin resultado; la garra de Encina no soltaba.

—¡Qué es lo que querís! Suéltame de una vez— gimió ella en voz baja, íntima.

—Espérame esta tarde; tengo que hablarte.

La mujer lo miró y la fiera amenaza fija en las pupilas del hombre la hizo callar. La garra aflojó, y cuando ella se iba, oyó todavía:

—¡Qué no te vayay sin verme!

Luminosa, sonriente, inagotable, se ofrecía la viña, con sus cepas henchidas como ubres. La gente no cejaba, vencido el cansancio por aquella abundancia bendita y tentadora. La Pilar, con su canasto bajo la cepa, daba rienda a su turbación. El sol ya rasaba la loma, arrancando chispas a las hojas pintadas y al ámbar de los racimos. Había que tomar una resolución antes que acabara el día. A su lado cortaba una vieja de ropas grises y pañuelo blanco en la cabeza; su perfil aguileño se suavizaba en la mirada amparadora y risueña, poco frecuente entre las caras desbastadas y torvas del inquilinaje. La Pilar al advertir su cercanía escondió cuanto pudo su malestar, para no dar incentivo al parloteo de la vieja. Pero fué en vano.

—No te escondas conmigo, niña, que yo sé lo que te pasa. Encina tiene malos pensamientos y te va a dar mucha pena. Pero la culpa no es del pobre, que es más bruto que lesa. A ver, ¿pa qué viniste a la viña? Anoche estuviste con el otro, eso se te ve en los ojos, y por eso Encina está encandilao. Cosas de la vida, mujer.

—Mal hecho que él venga a acordarse de una ahora que es tarde.

—¡Hem! Nunca es tarde, mujer, pa sufrir. Dios te dió ese cuerpo y esa cara y, dentro, un corazón blando. Todos te miran como cosa suya. Dios quiera que na te pase. Te acompañaré a tu casa luego.

—Dios se lo pague, doña Rosalba, pero na pasará porque sé defenderme.

—Ay, mujer, te compadezco.

La Pilar cogió el canasto lleno, se lo puso a la cabeza y se alejó en demanda de la carreta. Volviendo con el cesto vacío, encontró su resolución: no esperaría a Encina. Para no escuchar a la vieja, cortó en una cepa distante. El sol se iba, la viña desteñía en el crepúsculo. Se cortaba con holgura entre risas y chismes, con la fácil voluntad con que se repite una tonada.

Llamaban para la comida. La gente bajó a las casas y luego los ollones humearon apetitosos. La Pilar comió sin saber lo que hacía: Encina no estaba allí. Pensó en pedir a doña Rosalba que la acompañara, pero luego el destino fué más fuerte que ella y rechazó esta idea. Terminada la comida, se despidió de la gente y, seguida por los ojos encendidos de los hombres, salió del patio hacia las lomas. El cielo brotado de estrellas, La Pilar miró a lo alto, se arrebujó en su pañuelo de lana y emprendió la marcha con nerviosa premura. ¿Por qué Encina no estaba con los otros? Habíala dicho que lo esperase; ¿a dónde se había ido entonces? Su corazón le decía que él no la esperaba en ese instante. Encina no sabía esperar. ¿A dónde había ido? Bajo la percusión de pensamientos funestos su corazón se contraía. Sus pies tropezaban en los matojos y en los terrones y más de una vez estuvo a punto de caer. Ella, que era más cerril que las cabras, no se asombraba ahora de la torpeza de sus pasos. El temor a lo desconocido repetía en su alma la misma pregunta agorera. ¿A dónde había ido? De golpe cayeron sobre ella las palabras de doña Rosalba: «Ese hombre tiene malos pensamientos». Seguidamente, la percusión de la angustia trajo el recuerdo vivo y punzante del marido. El miedo la asió a esta imagen sencilla y ruda y

empujó sus pasos loma arriba, en busca de su rancho. La falda se tendía ampliamente, y en la distancia confundida con la sombra próxima, no apuntaba una luz humana. Había que caminar mucho aun. Tras esa loma, otras, llenas de repliegues, de encrucijadas, de sorpresas. La Pilar seguía su marcha, las manos pegadas al pecho agitado, los ojos fijos en el negro horizonte, el alma puesta en un ruego supremo, la voluntad fundida en la angustia. No esperaría, ¿para qué?

Traspuesta la segunda loma, divisó una luz. Era el rancho. Su corazón latió con brío, asido a la esperanza. Pero sus ojos se apartaron al punto de aquella luz para fijarse en un bulto que se movía al borde de la cerca próxima. Era un hombre. La Pilar debió oírlo para poder reconocerlo.

—¿Onde vay?

La mujer se detuvo, medio muerta, sin fuerzas para hablar. El hombre se acercó, le rodeó el cuello con su brazo y le echó el aliento vinoso.

—En la quebrá de arriba me topé con tu marío, que venía a encontrarte. Acababa de salir del trabajo y venía de mal humor. Me palabrió...

—No es cierto, —logró decir ella.

—Cállate, porque...

—¿Onde está?

—En la quebrá de arriba, debajo e las quilas...

La mujer abrió la boca, pero el grito se heló al ver el brazo del hombre en lo alto, dispuesto a aplastarla.

—Ni los jotes van a saber que lo maté. ¡Y a la hora que vos hablís!

La Pilar sintió en su pecho un borbotón de llanto, grande como su desgracia, y un gemido suave desgarró la sombra.

—¡Pa qué lo mataste!... ¡Si era bueno! ¡Pa qué lo mataste!

—No sé. Déjalo. Eso se acabó.

La mujer convulsa, desprendióse del hombre y cayó al suelo entre sollozos.

—¡Si era bueno!

—¡Cállate, por la ¿Oís? Nadie sabrá. Diremos que se fué, que pelió con vos y que se fué pal norte. ¡No vís que era afuerino y a naide deja en las lomas!

Sollozaba sin ruido la mujer. Se entregaba al rudo destino, a la voluntad brutal de aquel hombre, que la víspera acaso no se acordaba de ella. Encina la levantó de un envión, y luego, abrazándola, bajó con ella el faldeo.

Carlos Yáñez Bravo

EL CENTENARIO DE DARWIN EN CHILE

EL 27 de diciembre de 1831 zarpó de Devonport el «bric» de la marina inglesa «Beagle», que iniciaba un viaje de estudio alrededor del mundo con el objeto de completar las observaciones geográficas que comenzó el capitán King de 1826 a 1830, en la Patagonia, Tierra del Fuego y Cabo de Hornos; para levantar los planos de las costas de Chile, del Perú y de algunas islas del Pacífico; y para hacer una serie de observaciones cronométricas de todo el mundo.

Gracias a la iniciativa del capitán Fitz-Roy, que deseaba llevar un naturalista en su expedición, el joven investigador Carlos Roberto Darwin, de 22 años de edad, se agregó al grupo de expedicionarios que durante cinco años estuvieron en todas las latitudes de la tierra, tratando de arrancarle sus secretos a la naturaleza.

La primera mitad del siglo XIX fué pródiga en expediciones científicas de gran trascendencia, siendo tal vez las más importantes las realizadas por el «Adventure», bajo la dirección del capitán King, que recorrió diversas partes del mundo durante cuatro años, y la del «Beagle» al mando del capitán Fitz-Roy, que duró desde 1831 hasta 1836.

La repercusión científica del viaje de Darwin ha

marcado una época en la evolución del pensamiento humano, ya que sólo desde ese tiempo se puede hablar de una doctrina completa que trata de explicar la evolución de las especies.

Sólo veintitrés años después de su vuelta a Inglaterra, en 1859, dió a conocer Darwin sus célebres doctrinas, en su conocida obra «El origen del hombre».

Todas sus observaciones sobre geología, botánica, zoología, etc., que hizo en su viaje alrededor del mundo han quedado, consignadas, aunque brevemente en su primera obra de carácter científico intitulada «Mi viaje alrededor del mundo».

En tal forma entusiasmó a Darwin este viaje, dadas sus condiciones únicas de observador sagaz y perseverante, que refiriéndose al provecho que se puede sacar de estas excursiones dice en su obra: «Me ha proporcionado tan grandes alegrías este viaje, que no dudo en recomendar a todos los naturalistas que viajen a todo trance y emprendan excursiones por tierra, si es posible, o si no, largas travesías».

Y debemos advertir que las «alegrías» de un naturalista están muy lejos de esas alegrías que supone la generalidad de los mortales, pues para un hombre de ciencia es una «alegría» incomparable el estudio de una nueva especie, una observación oportuna de un fenómeno geológico, o el encuentro de un fósil desconocido.

Después de pasar más o menos dos años en Argentina, donde conoció a Rosas, con quien se entrevistó en repetidas ocasiones y obtuvo de él toda clase de facilidades para sus excursiones, siguió viaje a Chile por el Estrecho de Magallanes y llegó al océano Pacífico el 10 de julio de 1834.

Es curioso observar que Darwin se formó un alto concepto de Rosas, llegando a asignarle un papel de verdadero redentor y civilizador del pueblo argentino.

El itinerario de Darwin por tierras chilenas fué el siguiente: termina la travesía del Estrecho el 10 de junio de 1834; de aquí se dirige directamente al Norte y llega a Valparaíso el 23 de julio del mismo año. El 10 de noviembre vuelve al sur y recorre detenidamente Chiloé, las islas Chonos y toda la región austral de nuestro país. El 20 de febrero de 1835 lo sorprende el terremoto de Concepción, del cual tiene en su libro páginas bastante pintorescas. El 11 de marzo vuelve nuevamente a Valparaíso e inicia una excursión por tierra, que dura 25 días, de la región de Aconcagua. El 8 de abril va a Santiago a lomo de mula, volviendo nuevamente a Valparaíso donde se encuentra su cuartel general. De aquí se dirige al norte, también por tierra, mientras el «Beagle» va a esperarlo a Caldera. El 14 de marzo de 1835 llega a Coquimbo, y el 22 de junio a Copiapó. El 3 de julio sale de este «villorrio» y va a Caldera para tomar el «Beagle» que lo lleva al Perú, encontrando a esta nación en plena revolución. El 12 de julio llega a Iquique y el 19 del mismo mes al Callao.

Las páginas de su libro que se refieren a nuestro país tienen un alto valor científico, el cual ya ha sido comentado en más de una ocasión por innumerables hombres de ciencia que se dedican a estos interesantes estudios.

Por nuestra parte vamos a seguir a Darwin, a través de sus excursiones por nuestro territorio, pero fijándonos más en la parte humana de sus anotaciones y en los aspectos pintorescos que se refieren a las modalidades de vida de nuestros antepasados y a la admiración que le produjo el clima maravilloso del país, su belleza, su naturaleza ubérrima y mil detalles que nos revelan el espíritu observador profundo del naturalista y del psicólogo.

En la Patagonia y Tierra del Fuego

Antes de entrar en materia vamos a extractar la opinión que le mereció a Darwin su visita a la Patagonia, «esa tierra maldita condenada a vivir sin futuro» como él dice.

«Todo aquí es llano—agrega—árido y desolado. La fauna de la Patagonia es tan limitada como su flora. En todo el paisaje no hay más que soledad y desolación; no se ve un solo árbol.»

Cuando recorre el sur nos dice: «Las llanuras guijarrosas, áridas, tienen siempre las mismas plantas desmedradas, y en todos los valles crecen los mismos matorrales espinosos. Por doquiera vemos los mismos pájaros, iguales insectos».

Refiriéndose a sus habitantes, los gigantes patagones, dice Darwin que acogen a los extranjeros con gran cordialidad, usan grandes abrigo de piel de guanaco y largos cabellos flotantes que los hacen verse más altos de lo que son en realidad. Se pintan la cara con rojo y negro. Tres de ellos que fueron a bordo «se conducen como grandes caballeros, pues saben servirse de los cuchillos, los tenedores y las cucharas».

Y he aquí una observación altamente interesante: «Mas que por armas de fuego les gustaba cambiar sus abrigo por hachas y herramientas de labranza».

¿No es verdad que este detalle es interesante en esos hombres rudos, y sin vestigios de civilización, ya que según el decir de mucha gente, deben llevar con más violencia en la sangre la ferocidad guerrera?

Pero también debemos advertir que los actuales habitantes de la Patagonia protestan airados contra la «leyenda» de Darwin, pues dicen que «ni la tierra es tan estéril, e inhospitalaria como la pintó el ilustre naturalista, ni sus habitantes de hace cien años eran

tan poco civilizados como para confundirlos con tribus salvajes».

En Tierra del Fuego, dice Darwin encontró algunas tribus de indígenas bastante curiosas. «Eran muy hospitalarios. Y es así como los jefes de cada tribu, para probarnos su amistad, nos acariciaban el pecho haciendo oír una especie de cloqueo como el que suele hacerse para llamar las gallinas».

Y agrega más adelante: «Di algunos pasos al lado del más viejo y repitió conmigo estas demostraciones amistosas a las que puso fin dándome al mismo tiempo en el pecho y en la espalda tres palmadas bastantes fuertes. Después se descubrió el pecho para que yo le devolviera el «cumplimiento» lo cual verifiqué con todas mis fuerzas, y pareció agradarle en extremo».

¿No serán estas también otras «leyendas» como aseguran los habitantes de la Patagonia moderna?

En Chile

En la mañana del 10 de junio entró el «Beagle» al océano Pacífico y los expedicionarios pudieron observar la costa occidental del continente que, en esa latitud en nada desmerecía por su desolación a la costa oriental.

Durante su travesía hacia el norte estudió detenidamente todos los fenómenos relativos al clima, a la acción de los hielos y a las producciones orgánicas de las islas antárticas.

Por último, después de 43 días de navegación ininterumpida, llegó durante la noche del 23 de julio de 1834 a la bahía de Valparaíso.

A la mañana siguiente, al rayar el alba, Darwin salía a cubierta y, según lo consigna en su libro, no pudo dejar de exclamar: «¡Qué cambio! ¡Qué delicioso nos parece aquí todo! ¡Es tan transparente la

atmósfera! ¡Es el cielo tan azul! ¡Brilla el sol tanto! ¡Rebosa tanta vida la naturaleza!»

Al hacer la descripción de Valparaíso dice lo siguiente: «La ciudad está edificada al pie de una colina, bastante escarpada y de más de 1,600 pies (480 metros) de elevación; por consecuencia Valparaíso no es más que una calle larga paralela a la costa, pero por cada cortadura que se abre en los costados de la colina trepan las casas a uno y otro lado».

En esta ciudad encontró el naturalista un antiguo compañero de colegio, Mr. Richard Corfield, y gracias a su cariñosa ayuda, Darwin pudo organizar interesantes excursiones al interior.

Acercá de los alrededores de Valparaíso dice Darwin entre signos de admiración: «¡Qué admirable país para la marcha! ¡Qué esplendidez de flores! Si hasta las mismas breñas son aromáticas; sólo de pasar entre ellas se perfuman las ropas».

El 14 de agosto salió a caballo en dirección a Quillota, pasando por Quintero, «propiedad—dice—que perteneció a Lord Cochrane».

Si su admiración por el clima de Valparaíso y sus bellezas naturales fué inmensa, al llegar al valle de Quillota, levantó sus manos en alto para repetir a sus compañeros de viaje: «Este es el sitio más hermoso del mundo. ¡El que le dió al puerto el nombre de «Valle del Paraíso» (Valparaíso), debió pensar en Quillota».

Aquí tuvo ocasión de presenciar algunos rodeos, por los que se mostró bastante interesado.

Asciende el cerro de la Campana, recorre Petorca, San Felipe y Los Andes, observando con marcada predilección la vida de los campesinos.

Sus observaciones acerca del carácter del «huaso» chileno nos parecen bastante infundadas y muy lejos de la realidad, especialmente en lo que se refieren a su lealtad y bonhomía. Pero, en cambio, no nos llama

la atención aquello que dice acerca de las diferencias de clases sociales y separación de castas. He aquí sus palabras:

«Las gradaciones de rango son en Chile muy marcadas; el huaso no considera a todos los hombres como iguales suyos; y me ha sorprendido ver que a mis guías no les gustaba comer al mismo tiempo que yo. Este sentimiento de desigualdad es consecuencia necesaria de la existencia de una aristocracia del dinero, pues se dice que aquí hay grandes propietarios que tienen de 125 a 200,000 francos de renta anual.»

Tal vez en este sentido las observaciones de Darwin son más atinadas y precisas, pues nuestro «huaso» sigue siendo sumiso, apocado e insignificante ante el patrón.

También son dignas de anotarse las observaciones de Darwin acerca de la vida de los mineros de Chile.

«Me sorprende tanto la palidez de la mayor parte de los mineros que interrogo sobre esto a Mr. Nixon, dueño de la mina, quien no sabe explicarme la causa.»

En realidad los estudios sobre «la anemia de los mineros» o «anchilostomiasis» son bastante recientes.

Agrega más adelante: «La mina tiene 450 pies (135 metros) de profundidad y cada hombre sube a la superficie 200 libras (90 kilos) de piedras. Con esta carga al hombro tiene el minero que trepar por cordaduras hechas en troncos de árboles, dispuestos en zigzag en los pozos. Jóvenes de 18 a 20 años, desnudos de medio cuerpo arriba, suben así con esta enorme carga. A pesar de este rudo trabajo, se alimentan sólo de habas cocidas (frejoles) y pan. Ganan de 30 a 35 francos mensuales y no salen de la mina más que una vez cada tres semanas, y muy bien vigilados para que no vayan a llevar oro».

En realidad ese sueldo reducido para los pobres mineros de hace cien años no ha variado mucho en

relación con los ochenta centavos diarios que aun hoy día ganan muchos inquilinos de algunos grandes fundos del sur del país.

Y refiriéndose precisamente a la vida de los obreros agrícolas dice Darwin que su pobreza es extrema.

«Esta pobreza—explica—proviene en primer término del sistema feudal que preside el cultivo de las tierras: el propietario da al campesino un pedazo de tierra en el cual puede construir su casa y cultivarle; pero éste le da en cambio su trabajo personal o el de uno que lo reemplace durante toda su vida, y esto día por día *y sin jornal*.»

Este sistema de trabajo agrícola en el país no ha experimentado tampoco substanciales cambios, pues el inquilinaje actual, salvo muy raras excepciones, es tan pobre y miserable como el encontrado por Darwin hace cien años.

Chiloé y el sur de Chile

El 27 de septiembre vuelve nuevamente a Valparaíso, pero tiene que guardar cama durante un mes, hasta los últimos días de octubre, pues el cansancio producido por tan frecuentes como agotadores viajes a caballo o a lomo de mula, lo han agotado completamente.

El 10 de noviembre inicia su viaje al sur del país, en el «Beagle» que se hace a la mar al atardecer, mientras el horizonte se tiñe con la sangre del día que muere y los cerros se cubren con el velo violeta del crepúsculo dolorido...

El día 21 del mismo mes llega a la bahía de San Carlos, en ese tiempo capital de la isla de Chiloé, para iniciar inmediatamente el estudio de la isla «grande» y de las islas Chonos, las cuales recorren con todo detenimiento haciendo importantes observaciones del

modo de vivir de sus habitantes y de la fauna y flora de la región.

Es curioso observar en las memorias de Darwin que jamás tuvo que sufrir un asalto de merodeadores o bandidos que, según algunos historiadores, abundaban en la región sur del país. A este respecto dice Darwin en una de sus páginas: «Este país es el único de Sud América en que se puede viajar sin necesidad de llevar armas, pues pronto se hacen amistades».

¡Cómo se admiraría ahora Darwin de saber que a los chilenos se les hace aparecer en muchas partes del mundo como los sudamericanos más amigos de tomar lo ajeno!

Por las descripciones que hace el autor de «Mi viaje alrededor del mundo», de los indios de Chiloé y del sur de Chile, se infiere que no supo diferenciar completamente los «criollos» de los indígenas propiamente tales.

El terremoto de 1835

El 20 de febrero de 1835 le sorprende en Valdivia, el gran terremoto que en esa fecha asoló la región austral del país, llenándolo de admiración, pues nunca había tenido ocasión de observar de cerca un fenómeno de esta naturaleza.

Darwin hace de él la siguiente descripción:

«Hallábame yo en la costa y me había echado a la sombra en el monte para descansar un rato. El terremoto comenzó de repente y duró dos minutos, pero nos pareció mucho más largo, pues era tal la violencia, de las oscilaciones que era muy difícil sostenerse en pie. A mi casi me produjo mareo el movimiento que se parece mucho al de un buque entre olas cortas, o mejor dicho, como si se patinase en hielo muy blando que cediese al peso del cuerpo.»

En su visita a Concepción, que entonces estaba ubicado donde hoy está Penco, se encontró con que la ciudad había casi desaparecido, por los efectos del terremoto y del maremoto que a continuación sepultó las ruinas de la ciudad.

Igual aspecto de desolación dice que presentaba Talcahuano.

«Después de haber visto Concepción—dice en sus memorias—confieso que no puedo comprender cómo escapó a la catástrofe la mayor parte del vecindario, pues desde que salimos de Inglaterra no habíamos presenciado un aspecto tan profundamente conmovedor como éste.»

Pero una de las observaciones más singulares que estampa el sabio inglés en su libro y que se refiere a las costumbres de los «pillos» de esas ciudades en los momentos más terribles del siniestro, es la siguiente: «Los que habían podido salvar algo, tenían que vigilarlo sin cesar, porque los ladrones se reconocían entre ellos golpeándose el pecho con una mano y gritando «misericordia» a cada nuevo sacudimiento, y apoderándose con la otra de todo lo que veían».

El estudio científico que hace Darwin de este fenómeno es bien completo, pues hace referencias a la dirección de las oscilaciones, a los fenómenos volcánicos que lo precedieron, a sus consecuencias y a sus posibles causales.

Sus últimas excursiones

El 11 de marzo está nuevamente en Valparaíso y organiza una notable excursión a la cordillera, de la cual saca uno de los provechos más densos de su estadía en Chile. En esta oportunidad llega hasta Mendoza, pasando de ida por el Portillo y regresando por el paso de Uspallata. Este trayecto lo hace a lomo de mula, lo cual le da ocasión para admirar la

resistencia e inteligencia de estos animalitos, de las que deja constancia especial en las siguientes palabras:

«No se diría que un animal de aspecto tan delicado pudiese llevar cargas tan pesadas. La mula me ha parecido siempre un animal muy sorprendente. Un híbrido, que tiene más razón, más memoria, más alientos, más afecciones sociales, más potencia muscular, que vive más tiempo que sus padres; todo esto parece indicar que en este caso se ha sobrepuesto el arte a la naturaleza.»

Estas frecuentes exclamaciones de Darwin no nos producen ninguna admiración, pues en repetidas ocasiones, lo vemos, a través de sus relatos, apartar la mirada de la descripción de un antediluviano o de un bicho cualquiera para extasiarse con una puesta de sol o admirar con arrobamiento el colorido maravilloso de las montañas o la vistosidad majestuosa del paisaje.

El 27 de abril de 1835 sale para Coquimbo, ciudad donde se encuentra con Mr. José Edwards, cuya hospitalidad recuerda con gran cariño. Este caballero lo llevó a visitar sus minas de plata de Arqueros, que en aquellos tiempos producían todos los años más de dos mil libras de plata, y ya estaban en decadencia.

En Coquimbo y La Serena estudió detenidamente las gradas que forma la costa, las cuales, según Lyell y B. Hall, han sido formadas por el mar durante la elevación sucesiva del suelo, explicación que también admite Darwin después de una serie de consideraciones.

Aquí también lo sorprendió una noche, mientras comía en casa de Mr. Edwards, un gran temblor de tierra que le sirvió para hacer curiosas observaciones psicológicas de los habitantes e importantes consideraciones sobre la formación geológica de la costa del Pacífico.

De Coquimbo salió el 2 de junio para Huasco, «celebre por sus sabrosas frutas secas», dice el naturalista. Visitó Carrizal, Sauce, Freirina y Vallenar (Ballenar, como él la escribe, pues asegura que ese nombre viene de «Ballenagh» villa de Irlanda, patria de los O'Higgins que bajo el dominio español «dió presidentes y gobernadores a Chile»).

El 22 de junio llega a Copiapó, ciudad cuyos habitantes le dan la impresión de ser individuos preocupados tan sólo de ganar dinero para marcharse lo más pronto posible, pues todos se ocupan principalmente de sus establecimientos mineros.

Esta misma impresión la han recibido todas las personas que aun hasta últimamente, visitan por primera vez las ciudades del norte de Chile, desde La Serena hasta Arica. Son muy pocas las familias arraigadas en esas tierras desde la época de la colonia.

En una excursión que realiza a la cordillera le llama poderosamente la atención el hecho de encontrar ruinas indias en pleno desierto y en los puntos más escarpados de la cordillera, lo cual hace pensar a Darwin que en esas regiones se ha efectuado un gran cambio de clima, o bien, que los incas tenían maravillosos canales de regadío que les permitían el cultivo de esas tierras, pues cavando en las ruinas se encontraban pedazos de telas, instrumentos de metales preciosos y espigas de trigo y de maíz.

El 29 de junio regresa a Copiapó después de visitar el Bramador o Colina Rugiente, que lo preocupó sobre manera; y por último se encamina al puerto en que lo espera el «Beagle» para hacerse a la mar tres días después con rumbo hacia Iquique, abandonando, pues el país el 12 de julio de 1835 al amanecer.

Tal ha sido, en breves palabras, el paso por Chile de uno de los más grandes naturalistas del mundo, cuyas doctrinas ahora desplazadas en el campo cien-

tífico, revolucionaron en ese tiempo las ideas e hicieron cambiar el rumbo de las ciencias y de las investigaciones del laboratorio.

Darwin tal vez no fué un genio, pero su talento creador tuvo como base incommovible la observación minuciosa de los hechos y de los fenómenos de la naturaleza; y sólo después de madurar bien por mucho tiempo y en silencio el significado de sus experimentaciones repetidas con incansable perseverancia, se atrevía a remontarse a la región de los grandes principios y de las leyes generales.

Siempre fué temeroso de una conclusión prematura, de ahí que las observaciones consignadas en su libro de viajes no vayan acompañadas de juicios definitivos acerca de los fenómenos que le cupo en suerte presenciar. Y tan sólo 23 años más tarde nos dió a conocer el resultado grandioso de su viaje, por medio de sus doctrinas evolucionistas que trataron de buscarle una explicación satisfactoria a la razón de existencia de la vida misma.

Su libro de memorias es ameno en grado sumo y está escrito con agilidad y entusiasmo, y por sobre sus observaciones de carácter científico sobresalen sus agudas críticas al estado social de los pueblos que visitó y sus interesantes consideraciones sobre la psicología de sus habitantes.

Por eso creemos que el libro de Darwin «Mi viaje alrededor del mundo» no perderá jamás su actualidad científica ni su alto valor narrativo.

Manuel Pedro González

TRES AUTORES AMERICANOS

JOSE María de Hostos, como tantos otros de nuestros grandes, espera todavía el día de su justicia en América. Exceptuado Martí, apenas si existe en la América hispana otra personalidad que más total y devotamente se haya dado a la causa de nuestro continente. Las tres grandes Antillas, Colombia, Venezuela, Perú, Chile, Argentina, ¿qué país de América no visitó y a cuál no le sirvió con amor de hijo? ¿Con cuál no se sintió identificado y le rindió el esfuerzo generoso de su talento de excepción y el caudal inagotable de su saber y de su virtud? En cada uno de ellos supo el gran portorriqueño dejar huella imborrable y crear deuda de gratitud que aun permanece impagada. A excepción del suyo propio, Cuba, Santo Domingo y Chile son los que más obligados le están por ser los tres países a los que con más perseverancia y acendrado cariño entregó sus hondas preocupaciones de educador y sociólogo.

Hacia fines del siglo, muertos o mudos ya los que hasta entonces habían sido como voz y norte de nuestros pueblos, el alma de América, sus ansias de renovación y de superación, encuentran en dos antillanos sin par, su expresión más alta y noble. José Martí y José María de Hostos encarnan durante los

últimos lustros del decimonono los anhelos de redención del mundo hispanoamericano. No fué el suyo patriotismo de campanario, ni su alma grande hubo de limitar el vuelo a los confines de sus respectivas patrias irredentas aun. En ellos encontró el sentimiento de unidad americana y el alma colectiva de nuestros países su máximo exponente y una magnífica disposición apostólica para manifestarse.

Nunca tuvo América voz más pura ni acento más transido y elocuente que por ella abogase que la de estos dos antillanos cimeros. Ambos se sintieron americanos ante todo y con la causa de América se identificaron y a ella consagraron su vida de virtud y de esfuerzo titánico. Martí, mediante su prédica de apóstol inmaculado y heroico, coronada por el cruento sacrificio de su propia vida; Hostos, con su tenaz labor educadora, con su mente poderosa de sociólogo, con el ejemplo de toda su vida laboriosa y austera. Ambos sintieron entrañablemente el dolor gestador de nuestros pueblos y se pusieron a la tarea ingente de redimirlos. Después de Bolívar, América no tuvo nunca voceros más eminentes y abnegados. Honrar honra, decía Martí. Y a estos dos abandonados del ideal americano aun no les hemos rendido el tributo a que son acreedores. Deuda es ésta insalvable—como todas las del corazón—pero sí es hora ya de que América empiece a reconocerla.

Ningún libro mejor para el cabal conocimiento de Hostos que el que su coterráneo, Antonio S. Pedreira, nos ha dado: *Hostos, Ciudadano de América*. (Espasa-Calpe, Madrid, 1932). Y a propósito: ¿por qué no figura esta excelente biografía en la serie que la misma editorial está haciendo de españoles e hispanoamericanos ilustres? No comprendo el sentido de la preterición, ya se trate del biógrafo o del biografiado, porque ni éste puede quedar fuera de

la serie ni creo que nadie alcance a superar la extrema bondad de la labor realizada por Pedreira.

Antonio S. Pedreira, con José Padín y la señorita Concha Meléndez, sostiene en la Universidad de Puerto Rico la tradición y el espíritu hispanos, y los tres son como los celadores máximos de nuestra cultura en la isla infortunada. La labor intelectual de Pedreira, alcanza ya varios volúmenes, entre ellos, una valiosísima *Bibliografía Portorriqueña*, y un libro de excelentes ensayos: *Aristas*, (Editorial Campos, San Juan, P. R., 1930).

En *Hostos*, la votiva admiración del autor por su biografiado se suma a una profunda erudición y a un fino espíritu crítico, y de la concurrencia de estas tres virtudes cardinales de todo biógrafo, resulta un producto armónico, feliz y deleitoso. Con honda simpatía y filial ternura, nos lleva Pedreira por los áridos senderos que aquella vida de iluminación recorriera, y—admirable *cicerone*—nos va revelando su esfuerzo perseverante en pro de la cultura y de la unidad de América. En cada una de las múltiples estaciones de su luminosa trayectoria, Hostos plantó un ideal o propulsó una aspiración fecunda. Su paso por América—como el de Martí—deja una estela de luz y de nobles iniciativas que aun perdura.

En este libro escrito con purísimo *intelletto d'amore*, Pedreira nos va desvelando el alma toda pureza y anhelo de perfección de Hostos. Por sus amorosas páginas van pasando sus ardorosas campañas de juventud en pro de la libertad antillana, en Madrid; sus angustias de americano y de patriota frente a las discordias de los cubanos en armas y en el ostracismo a los que ofreciera reiteradamente su esfuerzo y su vida en holocausto de la libertad cubana; sus dolorosas peregrinaciones por toda la América austral; sus campañas americanistas; sus grandes iniciativas; sus heroicos renunciamentos; su tesonera

labor cultural y educativa; sus profundas especulaciones filosóficas, jurídicas y sociales; y, por último, sus angustias mortales frente a la frustración de sus anhelos libertarios para el rincón nativo. Por estas páginas devotas pasa heroica y sangrante aquella vida ejemplar, vida de pensamiento y de acción, vida plena y fecunda, como pocas. Cada una de sus múltiples facetas ha sido captada en este libro bueno que Pedreira nos ha dado con precisión histórica y justeza crítica insuperables.

* * *

En *Las Lanzas Coloradas* (Editorial Zeus, Madrid, 1931), Arturo Uslar Pietri nos presenta un cuadro sobrio y enérgico de Venezuela hacia 1815, es decir, durante la guerra de independencia. No se crea por ello que el autor se haya propuesto darnos en esta novela *la epopeya emancipadora*. Esa sería tarea para un Balzac, un Galdós o un Dostoiewsky, y Uslar Pietri—aunque excelente narrador—no pretende hombrearse con tales gigantes. De ahí que con discreto criterio estético, prescinda de los caracteres centrales de aquella magnífica gesta. Ni Miranda, ni Bolívar, ni Páez, ni Sucre, ni Piar ni ninguno de los demás jefes extraordinarios —excepción hecha de Boves y del general José Félix Rivas—aparecen en la obra. Y aun estas dos fuertes personalidades figuran episódicamente. Por un momento surgen poderosas, dominadoras, para esfumarse en seguida. A ambos los vemos por un instante en acción, pero a ninguno se le retrata. La sombra de Bolívar, en cambio, se proyecta majestuosa a lo largo de toda la narración, y si bien nunca llega a destacarse en primer plano, el lector la presiente en toda su magnitud, condicionando la acción y trazándole la ruta al destino de América.

La intención del autor ha sido darnos una visión interna, parcial y episódica de la Venezuela de la época. ¡Y a qué tristes meditaciones nos invita esta admirable pintura psicológica, tan fuerte y hábilmente realizada! El autor nos traslada a una hacienda o estancia venezolana, y allí asistimos a la agonía de los esclavos, a quienes su absoluta inconsciencia lleva a pelear en favor de los realistas que los explotan y del mayoral que los maltrata. El cuadro que Uslar Pietri nos da de la vida de estos infelices y de su total ausencia de sentido cívico y moral es realmente extraordinario.

El señor Uslar Pietri se ha aventurado en un terreno virgen y fecundísimo en posibilidades estéticas para la novela. Esperemos que tanto él como Mariano Picón Salas, que también lo ha frecuentado, continúen llevando al campo de la novela aquel pasado glorioso que espera aún por el narrador que lo aprisione en toda su trágica grandeza.

* * *

El doctor Mariano Azuela es uno de los más reacios temperamentos de novelista de la América hispana en la hora actual y, sin duda, el primero entre los noveladores mexicanos posteriores a la revolución. Esta narración—*Las Moscas*, (Ediciones de «La Razón», México, 1931)—la constituyen una serie de aguafuertes enérgicamente perfiladas, en que aparecen como en caricatura, algunos personajes de la impedimenta que arrastraba el ejército de Villa, tras la derrota de Celaya. Como frente a una cinta cinematográfica, asistimos aquí a algunas escenas de la retirada de la famosa guarnición del norte, y por ella vemos desfilar una serie de tipos, grotescos unos, falsos y egoístas otros, y todos humanos, profundamente humanos en su egoísmo, en su miedo y en su

maldad. Son éstos especie de caprichos goyescos, dibujados con un verismo y un vigor extraordinarios. Hay aquí humor y sátira, amarga ironía y una extraordinaria aptitud para aprisionar en unos cuantos trazos, esa humanidad bárbara y miserable, sin sentido moral y sin conciencia cívica que vemos desfilar por la obra toda de este gran novelista. Más atrás la caricatura quevedesca y de la escena grotesca, se siente palpar, adolorida, el alma contristada del autor frente a tanta miseria moral y material y a desventura tanta. Pero esto lo infiere el lector porque don Mariano Azuela siente el pudor de sus propios anhelos y jamás los exterioriza de manera directa ni menos se entrega a esa forma de prédica moralizadora tan característica de la novela mexicana, desde Fernández de Lizardi hasta López Portillo y Federico Gamboa.

En *Los Caciques*, la otra narración que con *Las Moscas* comparte casi por igual las 177 páginas de este interesantísimo volumen, el cuadro se amplía, adquiriendo una tercera dimensión—profundidad. El cuadro supera al anterior en fuerza satírica y en combatividad, a la vez que adquiere una mayor vertebración novelesca. En *Las Moscas* predomina el impresionismo narrativo, por así decir, sin argumento ni intriga propiamente. En *Los Caciques*, en cambio, hay un enredo novelesco y hasta su conato de episodio amoroso, si bien todo ello supeditado a la intención satírica del autor. Aquí más que en la otra novelita, surge el rebelde justiciero que hay en Azuela frente a la injusticia social vigente.

University of California at Los Angeles.

Francis Jammes

Oración para ir al paraíso con los asnos

Cuando tenga que ir hacia ti has que sea Dios mío, una mañana en que el campo en fiesta espolvoree oro. Quiero, como en el mundo, elegir mi camino para irme a mi gusto al Paraíso donde arden estrellas diurnas. Cogeré mi bastón y sobre la ancha ruta me iré y diré a los asnos, mis amigos: Yo soy Francis Jammes y voy al Paraíso Porque en el país del buen Dios no existe infierno. Y añadiré: Venid oh amigos del cielo, dulces bestias que con un meneo de orejas espantáis los mosquitos, los golpes, las abejas...

Que ante ti me presente en medio de estas bestias que quiero tanto porque inclinan la cabeza dulcemente y se paran entiesando sus patas de un modo tan gentil que hasta a ti os encanta. Yo llegaré seguido de sus miles de orejas; seguido de los asnos que cargaron dos cestas de aquellos que arrastraron coches de saltibamquis o carruajes de plumas y dorada hojalata, de los que deslomaron con tarros abollados, de las burras preñadas como odres, de andar grávido, de los asnos que visten con pequeños calzones a causa de sus llagas viscosas que les hacen las moscas testarudas en enjambres zumbones.

*Dejad, Señor, que llegue a ti con estos asnos
Permite que tus ángeles nos conduzcan cantando
hacia espesos regatos donde tiemblen cerezas
tersas como la piel que ríe en las doncellas,
y has que en esta mansión de justos, inclinado
sobre tus aguas límpidas, sea igual a los asnos
que contemplan su humilde y su dulce pobreza
en la diafanidad de la ventura eterna.*

(Traducido para «Atenea» por S. Atria).

Alcides Arguedas

LA MUERTE DE JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

(Fragmentos del libro inédito, «La Danza de las Sombras», apuntes sobre cosas, gentes y gentezuelas de la América Española).

HASTA ayer reposaba José Asunción Silva en el cementerio maldito de los suicidas. Y ayer, silenciosa y discretamente, fueron trasladados sus despojos al panteón de la familia en el cementerio general de los católicos, y allí los han juntado con los de su hermana Elvira para que, unidos, se conviertan en polvo y sustenten acaso mañana las raíces de un árbol.

Un afamado escritor sudamericano, nervioso, impresionable, y de pluma ágil y combativa, Rufino Blanco Fombona, escribió que José Asunción estuvo enamorado de su hermana Elvira con amor de pecado, y muchos creen que se mató el poeta por la desesperación que le produjo la muerte de Elvira.

Murió ella el 6 de enero de 1892 y los detalles de su muerte los tuve un día de labios del doctor Abadía Méndez, el primer magistrado de esta república letrada, en el Palacio de la Carrera.

Era el mes de diciembre de 1891 y Bogotá ardía

de ansiedad porque en su cielo manchado había aparecido un cometa intensamente luminoso, de cauda larga y bella. Se presentaba en todo su esplendor pasada media noche y la gente había de levantarse del lecho para contemplar el magnífico espectáculo celeste en el que muchos creían ver el augurio de sucesos memorables.

Elvira pernoctó una noche y cogió frío, pues era algo frágil. Se le declaró la pulmonía y hubo de guardar cama. Era una mujer supremamente bella y estaba enamorada de un primo suyo, varón arrogante, rico y de alta posición social.

Inútiles resultaron la asistencia de los médicos y los afanes de la familia. Cuando su madre vió que todo estaba perdido para la pobre doncella, quiso darle la última satisfacción y le preguntó con ese estilo bogotano, tan lleno de modismos curiosos y originales:

—¿Qué quieres? ¿Te «provoca» ver a Julio?...

La enferma dijo que sí, y el rostro de su galán fué acaso la última bella y consoladora visión que tuvo.

Murió Elvira el 6 de enero de 1892, a los 22 años de edad. Y la gente supersticiosa y agorera dijo que el cometa se la había llevado, celoso de su belleza...

«Silva cayó después de esa muerte, en la más negra melancolía; escribió algunos poemas apasionados e imprudentes... Poco después se suicidó...» escribe Fombona dando corta extensión de tiempo a su frase «poco después», siendo así que transcurrieron cuatro años largos entre la muerte de Elvira y el suicidio del poeta, tiempo suficiente para la cicatrización de toda herida.

Daniel Arias Argáez, uno de los íntimos del poeta, confesó hace poco a otro buen poeta, Roberto Liévano, que «en el amor de José Asunción para su hermana había un poco, y quizás un mucho, de delec-

tación estética, de admiración de poeta y de artista». Y agrega este detalle significativo:

«Cuando ella iba al teatro, a un palco, el solía pasarse a la platea, para arrobarse en su hermosura, contemplándola desde lejos, como se contempla una estrella». «El Espectador», 15 de agosto de 1929).

Sin duda la muerte de esta bella mujer fué una catástrofe para Silva. Galante, enamorado, soñador y mujeriego, se tornó de pronto, y por breve tiempo, huraño e insociable.

No vino sola esta desgracia. Había heredado el negocio del padre, un comercio de artículos de moda masculina, y no tuvo la suficiente habilidad para hacerlo prosperar. Necesariamente el negocio se vino abajo y el comerciante poeta perdió gran parte de la fortuna familiar y hubo de preocuparse de buscar otros medios de vida más en armonía con sus gustos mundanos y sus afanes de estudioso.

Ingresó a la carrera diplomática y fué enviado a Caracas como secretario de la legación de su país, un año después de haber muerto Elvira.

En Caracas y por esta época le conoció el exquisito Pedro Emilio Coll y nos lo presenta elegante, atildado y rigurosamente vestido de negro, con flores en el ojal de la solapa.

Volvió a ser hombre mundano, ahora acaso por exigencias de su cargo y a llevar vida noctámbula, de placeres y correrías galantes con sus amigos. Se mostraba gustador de buenos vinos y de complicados manjares. Y los excesos de su vida regalona y no bien ordenada provocaron en su organismo los amagos de un precoz artritisismo.

Ni los deberes de la carrera ni los placeres le impedían pensar en los negocios y su obsedante preocupación era hallar la manera de hacer fortuna, lo más rápidamente posible, acaso para poderse librar de la esclavitud del puesto.

De esta época hay algunas cartas de Silva, recientemente publicadas, y ellas explican en parte el drama de su vida, algo distante de lo imaginado por mi viejo y buen amigo Blanco Fombona.

En efecto, el 2 de noviembre de 1894, escribe a un confidente suyo quejándose de la «maldita pobreza» y le anuncia que vive apenas con su sueldo y con la diaria preocupación de reducir sus gastos. Le dice, además, que se vió obligado a salir del país porque sus negocios andaban mal, y que no tenía ni la más remota idea de volver a él. Se iría más bien a Buenos Aires donde la vida era tres veces menos cara que en Bogotá. Y luego le exponía el plan algo embrollado de un negocio de compra de monedas en la frontera venezolana y de giros sobre París, y en el cual, según él, podía ganarse sumas fabulosas. Y agrega una frase que muestra su obsesión por los negocios lucrativos: «Primero dejaré de respirar que de pensar cómo se le hace la cacería al dollar».

En estas preocupaciones de hombre moderno y ayanquizado y donde se creería ver atavismos antioqueños, la gran región negociante y emprendedora de Colombia, no aparece, ni por asomo, el aspecto enfermizo y nostálgico del sentimental que vive con el corazón convertido en ánfora de un solo recuerdo, el enamorado ideal y soñador a lo Efraín, huérfano de una gran pasión y que la pluma insuperable de Jorge Isaacs, supo describir con cariño tan grande, con estilo tan delicado que el mismo José Asunción dijo que sólo el autor de *María* sería capaz de pintar un ser tan delicado y tan bello, física y moralmente, como su hermana Elvira.

Claro que tampoco sería prudente sostener que el recuerdo de Elvira se le había borrado de la memoria; no. El retrato de la hermana era lo primero que sorprendían los visitantes en la alcoba de José Asunción. El recuerdo de la Confidenta, de la Bien Amada, en el

sentido que le da Liévano a la linda frase, vivía siempre en él; pero discreto, apacible silencioso. Ese recuerdo, en los primeros momentos de la desgracia, le ha inspirado sus mejores estrofas; con él ha compuesto su por siempre famoso «Nocturno» lleno de misterio y cuya génesis supo explicar y describir la pluma sabia, impecable y vigorosa del bueno de Sanín Cano, otro amigo y confidente del poeta.

La vida en Caracas le place y vive a sus anchas, en pleno ruido mundano; pero, razones de familia o acaso el mal estado de sus negocios y asuntos, le obligan a viajar a Colombia, haciendo uso de una licencia.

Se embarca en el «Amérique», mas entonces no llega a su destino porque el barco se hunde cerca de las costas de su patria y en el naufragio pierde los manuscritos de la obra que había logrado componer en Caracas.

Iba como pasajero de ese barco otro escritor, el travieso Gómez Carrillo, y los dos hombres no pudieron avenirse. Había entre ellos diferencias fundamentales de temperamento, carácter y acaso manera de concebir la vida y el destino humano.

«Sin pisar la costa bienamada—cuenta Pedro Emilio Coll—, en un velero retornó Silva a Caracas. Pero ya sus ojos no parecían contemplar los mismos horizontes luminosos y hasta en su traje mismo se notaba un como desaire de las apariencias mundanas. Sus barbas descuidadas y su enflaquecido rostro, eran los de un asceta».

A poco vuelve a Bogotá, con licencia. Y es en este punto que se enlazan los elementos del drama en una trabazón lógica que se descubre en otra frase de su carta a su confidente Durán Umaña, pues luego de contarle algo de su vida en Caracas y decirle que vive embargado en labores que le distraen y le evitan el tener que buscar distracciones y placeres baratos que

le dan asco, agrega esta frase: que explica todo el drama:

«No pudiendo vivir en «gran seigneur» vivo sin placeres, con ocupaciones para cuatro y «muy contento» a pesar de la falta de mis viejos, porque «no estoy en Colombia...»

Esta última frase, decisiva, está puesta por José Asunción, con caracteres grandes, firmemente subrayados, como para concentrar en ella toda la atención de su amigo. Y es ella la que explica el resto y abre ancha puerta para esclarecer definitivamente el misterio y la penumbra de esa vida, no tan agitada ni tan romántica como piensan muchos, y ver que lo que ha empujado a la muerte al poeta es el mal estado de sus negocios y sobre todo, la estrechez del ambiente, el cansancio de la vida de ciudad pequeña donde ningún hombre es de veras libre...

Todo se combina y se encadena después de esta frase escrita en Caracas el 2 de noviembre de 1894, fecha que es preciso retener. Y la cadena se eslabona así:

Silva ha nacido en casa rica, y, de joven, viaja por Europa, donde adquiere gustos refinados, siente el amor por las letras y las gimnasias del espíritu, conoce las aventuras sensuales y sentimentales, todo lo que resalta en su novela autobiográfica, «De Sobremesa», de factura bastante convencional y artificiosa... El padre muere en 1887 y José Asunción se hace cargo de los negocios. Es el tiempo de la vida brillante y movida, de los versos trabajados con paciencia, constancia y cariño. Mientras tanto, los negocios se ponen mal. ...El 6 de enero de 1892 muere Elvira y la catástrofe sentimental, completada por la material, le hace concebir el vehemente anhelo de marcharse y buscar una situación diplomática no tanto, acaso, para vivir exclusivamente de ella, como para zafar del ambiente bogotano, huir de él.

Cae bien en Caracas, y de esta vida sabrosa, algo indolente y algo laboriosa ha de arrancarse a poco para acudir a Bogotá a poner en orden sus asuntos embrollados y con la intención de volver cuanto antes a Caracas.

Muchas y graves decepciones le esperaban en Bogotá. Por lo pronto, adquirió la certeza de que ya no le sería posible reasumir su cargo diplomático, porque esos cargos en los más de nuestros países son de circunstancias y sirven para pagar servicios electorales, complacer a los parientes y amigos y sólo se dan a los que saben merecerlos o solicitarlos. No pudiendo, entonces, volver a Caracas, estaba condenado a vivir en la ciudad siempre gris de la sabana, donde...

«La luz vaga... opaco el día,
La llovizna cae y moja
Con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría.
Por el aire tenebroso ignorada mano arroja
Un obscuro velo opaco de letal melancolía,
Y no hay nadie que, en lo íntimo, no se aquiete y se
[recoja
Al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría...

El clima indudablemente es un enemigo mortal para ciertos temperamentos. José Asunción no debió sentirse nunca satisfecho con este de Bogotá, porque la lluvia fina y lenta, la niebla rala, el brillo del empedrado bajo la capa de sutil lodo, todo parece conjurarse para cerrar en las almas la perspectiva risueña de una esperanza o de un consuelo.

«No se puede imaginar cuánto seis u ocho grados de latitud en menos evitan miserias al cuerpo y tristezas al alma—decía Taine al comparar las diferencias de civilización entre Francia e Inglaterra.»

Esta predisposición a la tristeza y a la misantropía por influjo del clima, se exaspera más todavía cuando

se lleva el recuerdo de otros cielos más claros, de otro ambiente moral más propicio al vuelo de la fantasía y de otras costumbres más abiertas a los desbordes del entusiasmo artístico, de la pasión o del sentimiento.

Nada de esto encontraba José Asunción en Santa Fe de Bogotá, que es una ciudad triste, no tanto como ciudad misma, como por su cielo cambiante, muy a menudo, entoldado, y su aire húmedo y malsano.

Triste es en estos tiempos en que calles, plazas y avenidas están bañadas de noche por la alegre luz de la electricidad; pero hace 35 años la iluminación de las ciudades interiores se hacía con bujías y esa luz amarillenta y mortecina daba a las ciudades vacías y silenciosas un aspecto desolado y terrible.

Faltaban entonces, además, tres elementos, tres fuerzas, mejor, que hoy prestan alguna animación, alguna variedad, algún movimiento a la vida de nuestras pequeñas ciudades andinas situadas en la cumbre de mesetas áridas o en el fondo de valles calientes y extensos. Faltaba, en primer lugar, la pasión del deporte colectivo, fenómeno actual en nuestros pueblos. El deporte ocupa las horas muertas, infunde entusiasmo en las gentes de poca imaginación, y hasta les hace concebir ilusiones de grandeza desde las proezas del equipo oriental en Europa, hace años, y hoy no hay villorrio de los Andes, que no tenga sus héroes de la pelota, de la raqueta, del boxeo, héroes elevados a altas categorías y que viven soñando con encuentro famosos y con lluvia de oro... y se mueren o envejecen los más, por no decir, todos, acariciando esta ilusión.

Luego, el radio, cosa grande entre las invenciones del genio humano y que no nace de las arenas de los circos sino de las universidades y de los laboratorios. El radio pone a nuestros montañeses y a nuestros rústicos en contacto íntimo y diario con los sucesos del

mundo, a medida que se van sucediendo y realizando en el vasto escenario de la tierra y aun del cielo.

Y, por fin, y lo más importante y trascendental después del radio, el cinema, la religión moderna que abre nuevos horizontes a la imaginación, la transporta lejos de la realidad del propio medio, le hace vivir algunas horas en un mundo convencional y arbitrario de situaciones humanas reñidas con la realidad cotidiana, prosaica y hasta la vulgaridad, muchas veces ordinaria, y, por lo común, triste, espantosamente triste.

Estas tres cosas, estos tres elementos, animan hoy la vida sedentaria de nuestros pueblos con vértigo inusitado, les dan movimiento, color y relieve. Y todo esto va ayudado poderosamente por la prensa que registra día a día y hasta hora por hora la marcha de los negocios públicos, de los conflictos sociales y de la ascensión misma de la vida, si se quiere, y les da, con la divulgación de sus proezas, a los héroes deportivos y a las estrellas de la pantalla la convicción algo ingenua de que constituyen el eje del mundo y han de vivir siempre en la posteridad por un gesto, una patada o un puñetazo...

Nada de esto había entonces. Y la vida era implacablemente vacía, monótona con ferocidad, terriblemente estancada.

¡Aburrirse!

Aquí está la clave de muchos enigmas; de esta palabra desolada proviene el sarro que a veces inunda las almas.

No sentir interés por nada, porque los medios para emprender faltan; ver que el tiempo pasa y que el tono del ambiente no concuerda con nuestro temperamento. ¡Aburrirse en fin!

Y si al menos el aburrimiento pudiera matar la inteligencia, la voluntad, la sensibilidad y sobre todo, el recuerdo. ¡Pero no! Todo esto se aviva más bien.

Y las cosas pasadas se presentan a los ojos nimbadas con resplandores de oro, infinitamente bella. Y los seres que quisimos y ya no volveremos a encontrar, los amores desvanecidos, las ilusiones abortadas, todo revive en la memoria, idealizado, embellecido, agrandado, purificado...

José Asunción tiene treinta años y ninguna fe en la vida ni la esperanza de ningún éxito, porque sabía que estaba condenado a vivir en la ciudad de las nieblas frías y de los paramitos tediosos, siempre, siempre, siempre... ¡Oh, Dios mío! ¡Y cómo parece largo el tiempo, y las horas se hacen interminables! ... ¡Y no poder irse, cambiar de cielo ver otras cosas...!

Querer y no poder; sentir la necesidad y también la impotencia de realizar un deseo, es cosa corriente en la mayoría de las gentes ordinarias, fáciles al consuelo y a la resignación; pero resulta trágica para el sentimental y el artista de imaginación tumultuosa, de aspiraciones nuevas y elevadas...

Y es entonces que en José Asunción se avivan los recuerdos de su muerte y ve cerrado por todos lados el horizonte de su vida; entonces que siente el miedo indominable, el santo espanto, el aburrimiento sin nombre de la pequeña capital donde las gentes curiosas, impertinentes, afanosas en el mal y torcido pensar, vivían pendientes unas de otras, desnudándose moralmente y comentando las deformidades del espíritu...

El monólogo shakesperiano: «dormir, soñar, tal vez, morir... dormir y luego... nada»... se lo repite, ahora para sí, como una obsesión y delectablemente y piensa en el suicidio, que ve como una verdadera liberación y lo único que le preocupa y le hace temer es el miedo de errar, de no acertar y acaso, de mutilarse inútilmente...

Y un día de gala en otoño, un domingo de luz indecisa, quizás, el 23 de mayo de 1896, al despertar

adolorido y desabrido por la noche de agitación que había pasado, recibiendo a sus amigos en casa, probó acaso fortalecerse consultando, una vez más todavía, a ese gran señor del espíritu, maestro insuperable de sabiduría, templanza y desprendimiento de cosas terrenas: don Miguel de Montaigne, y, al querer releer ese capítulo XIII del Libro Segundo en que se habla de la «muerte ajena», sus ojos hastiados tropezaron con estas líneas:

«El emperador Adriano ordenó a su médico que le marcara en una tetilla el lugar preciso en que había de herirse para que la persona que le matara supiera donde había de señalar» . . .

Fué un rayo de luz y no vaciló ya más. Se vistió y acicaló, y, con paso indolente, pero decidido se fué a donde un médico amigo, el doctor Manrique, y despojándose de sus prendas se puso a hablarle de unos dolores fingidos que decía sentir en el pecho y que él no podía localizar y se le imaginaba fuesen en el mismo corazón. Le pidió le dibujase sobre la epidermis el sitio exacto que ocupaba la víscera, como el otro, el emperador de Roma. Hízolo así Manrique asegurándole que no tenía nada y Silva pareció hallarse tranquilizado.

—Muy bien. Acaba usted de hacerme un inmenso favor.—dijo simplemente.

Lo era, en efecto. Porque eso de adoptar una resolución de este calibre y verla frustrarse o malograrse por un detalle, era un perfecto absurdo.

Volvió a su casa, tarde, se vistió de frac, cogió su viejo revólver y envolviéndolo en la sábana para amortiguar el ruido, se tendió en la cama, apuntó en el sitio marcado y disparó. . .

Victoriano Lillo

UN NUEVO SIMBOLO DEL PENSADOR

MANUEL Morente, sabio profesor de la Universidad de Madrid, ha propuesto hace poco, en notable ensayo, algunas curiosas sugerencias acerca de «Los Símbolos del Pensador». Según el autor de aquel trabajo,—que aunque breve agota casi todas las posibilidades interpretativas del tema que se propuso—no serían ni el Pensador de Rodin ni el Penseroso de Miguel Angel las más adecuadas representaciones estéticas de la actividad mental del hombre.

Refiriéndose al primero, cree Morente que la estatua del genial escultor «exhibe demasiados músculos y tendones para estar ocupado en desentrañar la esencia del alma o las propiedades del triángulo. Las cejas contraídas, los nervios tirantes del cuello y de los hombros, la expresión ceñuda del rostro, el acurrucamiento por decirlo así del cuerpo entero, canalizan todos los efluvios de aquel ser hacia la frente y el ángulo que la faz hace con el puño en un esfuerzo mental de toda evidencia». Pero ¿es que aquel paquete de nervios y de músculos piensa en realidad? Morente lo duda y prefiere suponer que ese hombre recogido y como dispuesto a erguirse de pronto con la solución luminosa de la solución hallada encuén-

trase en el instante que precede inmediatamente a la acción. De querer apurar el vocabulario podría decirse que el Pensador de Rodin no piensa, sino que excogita, inquiere, persigue coyunturas de acción. No es el pensador. Puede ser un inventor, puede tener ya casi logrado el hallazgo de una nueva palanca o de un motor inédito. Pero no está en el trance de rematar una hipótesis cósmica o un nuevo método de cálculo. En suma, el hombre de Rodin sería a la postre un hombre de acción.

¿Y el Penseroso de Miguel Angel? A la inversa que en el caso anterior, encontramos en la hermosa estatua de Lorenzo de Médicis una inmensa paz del cuerpo y del alma, un reposo profundo del organismo entero. El Magnífico está sentado cómodamente descansando, con el codo apoyado en un brazo del asiento y la mano en la barbilla con la mirada vaga, perdida en una melancolía mesurada, sin exceso ni afectación. ¿En qué piensa el Penseroso? Es indudable que su espíritu no se halla esforzadamente concentrado en la inquisición de un problema inminente, como el hombre de Rodin. Por este lado no hay peligro que el Penseroso nos extravíe en las regiones de la inteligencia activa. Pero en realidad tampoco puede decirse que Lorenzo de Médicis esté pensando. Esa mirada vaga no se posa en ningún objeto, ni externo, ni interno. Esa mirada vaga, laxa y como desasida, contempla en íntimo arrobamiento los cambiantes del mundo interior, abandonado sin freno a sus propias leyes de asociación espontánea. Lorenzo de Médicis no es el Pensador, sino el pensativo. Ha abierto, de par en par, las esclusas de su conciencia y por ella van sucediéndose en encantador tropel los recuerdos, las ilusiones, los deseos, los amores, las penas, toda la fauna brillante de la selva del alma. Si pudiéramos requerirle para que hablara y nos dijera en qué está pensando, contestaría con la veracidad ingenua

del soñador. «que no está pensando en nada». Y es lo cierto, que el que ensueña no piensa en nada y que tan pronto como, sorprendido y despierto por el requerimiento ajeno, se apresta a describir el espectáculo inegable de sus íntimas visiones, halla que esas visiones han desaparecido, volatilizadas por cualquier esfuerzo mínimo de precisión y sustituidas al punto por algún objeto concreto, material o mental.

El Penseroso o, mejor dicho el Pensativo de Miguel Angel tampoco puede servirnos como símbolo o representación plástica del pensamiento. El pensamiento no debe confundirse ni con la inteligencia, prelude de la acción ni con el ensimismamiento del ensueño. El pensamiento es incomparablemente más concreto que ese indeciso vagar del alma por los ámbitos de sí misma.

En el Pensador de Rodin y en el Penseroso de Miguel Angel echamos justamente de menos ese elemento esencial del diálogo, inherente al pensamiento. No sólo las figuras están aisladas y solitarias, sino que no hay en ellas nada que ni de cerca ni de lejos, aluda al diálogo. Son magníficas representaciones de dos aspectos capitales de la vida: la acción latente en su prelude de inteligencia previsoras y la acción declinante en su estadio de aquietada rememoración. El Pensador de Rodin es el hombre que va a hacer algo—o el animal que acecha una presa. El Penseroso de Miguel Angel es el hombre que, después de haber hecho, deja estancarse la vida en la suave quietud del confortador ensueño—o el animal que ahito, yace en una semimuerte de ojos entornados. Ni una ni otra estatua simbolizan el pensamiento, que no es ni esfuerzo, ni descanso, precisamente, porque no es vida, sino pura, pacífica, espontánea contemplación del ser» Hasta aquí Morente.

Su teoría, iconoclasta en lo que respecta a la representación de aquellos famosos símbolos del pensa-

miento, queda, sin embargo, incompleta. Para que su estudio fuera un todo armónico, sería necesario que nos propusiera un tercer símbolo, es decir aquel que, a su juicio, representara con exactitud al hombre en el trance mismo del pensar. No basta que, con sutil penetración y en estilo admirable por su claridad nos diga en qué no piensa el hombre de Rodin, y por qué el Penseroso más que un pensador es un pensativo. Hay en suma, un problema de estética por resolver. Busquemos, pues, por nuestra parte, el signo positivo de aquella ecuación incompleta. A tal empeño hemos revisado la iconografía bastante numerosa de «sujetos» que nos presentan las escuelas de todos los países y de todos los tiempos: pero debimos rechazarlos sin excepción para no dar en lo que Morente reprocha el título de la escuela de Miguel Angel. Estar pensativo no es, en efecto, estar pensando, es más bien—y ya lo ha dicho aquel catedrático—estar divagando, estar dejando correr el pensamiento por sobre temas de cambiante diversidad. La ausencia de verdaderos «Pensadores» en la estatuaria y en la pintura magnifica el tema. Sólo genios como los citados pueden acercarse, por la fuerza de una que llamaríamos misteriosa sugestión expresionista, a la cabal erección, en la piedra o en el lienzo, del hombre que ejercita su atributo máximo.

En el símbolo que vamos a proponer, tal sugestión se efectúa—no podemos negarlo—sólo por medios accesorios y circunstanciales; pero, en todo caso, *el conjunto* corresponde mejor que cualquier otro, a la idea del pensador en sí.

Todos vosotros recordáis la Melancolía de Dürero. Borrardle, con mano ligera si queréis—ya que él lo inscribió en el cuadro mismo—el nombre que le diera y veréis como, quitada la centenaria idea adjunta, se nos transforma, con la limitación indicada, en la vera efigie del pensador buscado. En el camino de todos

los atrevimientos, que nos señalara Morente, aplicad todavía su regla de inquisición negativa. ¿Por qué la Melancolía de Durero no es tal Melancolía? Volvamos sobre el dibujo famoso. He aquí el ángel que trata de simbolizar la vaga tristeza del melancólico. Un ángel alemán por cierto, dicho sin ninguna irreverencia—un ángel alemán y, si queréis, precisar más, un ángel de la Alemania del Sur, la tierra querida de donde sacara Durero todas sus representaciones vivas. Nada de insexuado en él. Bajo su amplia veste se adivina el reposo de los músculos fuertes. En verdad que este es un ángel; pero un ángel de poderosa envergadura. Ya en esta sola característica hay un principio contrario a la cualidad que quiso adscribirle el autor. No, no está melancólico el ángel potente. Melancolía implica—tal es por lo menos el sentir corriente—cierto encogimiento del alma, cierto afeminamiento transitorio del espíritu. Un enamorado puede estar melancólico, un pensador jamás. Para discriminar bien este concepto insistimos aún en el sentido de lo melancólico. Nada, a nuestro parecer, pinta mejor aquel matiz, aquella *nuance* del pensamiento que los conocidos versos del emperador Adriano:

Anima vagula blandula
Hospes comosque corporis...

La melancolía se engendra, pues, en el hastío, en la abulia, y es totalmente extraña al pensamiento creador. Pena de lo que se deja, puede ser, nunca fuerza ni potencia.

Hemos visto ya que la figura de Durero no representa con exactitud lo que su título indica. Por su posición, en cambio, corresponde a las representaciones clásicas del pensador: el codo en la rodilla, la mano empuñada en la cabeza, la mirada vuelta hacia

adentro. Hay una proposición rebelde reflejada de seguro en el revés de aquellos ojos, y un afincamiento de todas sus facultades en pos del esclarecimiento absoluto. Pero esto es cosa ya de interpretación personal y con tal sistema es fácil hacer del Pensador y del Penseroso lo que sus autores quisieron. Una ventaja llevan esas obras sobre lo que nosotros proponemos. Y es que aquellos autores consiguieron acercarse a su objeto con sólo el poder de una figura sin lo que la crítica moderna llama, un poco despectivamente, *la anécdota*. Y anécdota, es, en la Melancolía de Dürero, todo lo que rodea a la figura central. La idea de pensamiento se ha conseguido aquí —y en gran parte— con la actitud ayudada muy eficazmente del ambiente. Esfera, reglas, compases, escuadras, son, en efecto, atributos de gran valor sugestivo por lo que tienen de instrumentos propios a una de las disciplinas de mayor ejercicio mental, la disciplina de las matemáticas.

¿Pero es que este ángel es entonces un matemático o un constructor? ¿Por qué nó? Para mantener esta hipótesis hay también en el cuadro una plomada, una garlopa, sierras y hasta una escalera. Lo que no hay es movimiento. Todo está estático, en espera de que el constructor—llamémosle así—resuelva el problema que lo tiene concentrado. La diestra sostiene desmayadamente un compás mientras el cerebro proyecta todo el pensamiento—tal foco de un prisma—sobre el punto de sus cavilaciones. Está, pues, sin lugar a dudas en los prolegómenos del hallazgo. Y este hallazgo no es intuitivo, sino claramente razonado, fruto de su pensamiento puesto a contribución. Es el Pensador. Posiblemente sea también el constructor; pero en todo caso lo será después. Cuando el perro que duerme a sus plantas se enarque bostezando, cuando el reloj adosado al muro eche a rodar sus arenas, cuando todo recobre la actividad interrumpida

y haya gentes atareadas que suban y bajen por la escala, sólo entonces podremos decir que ha entrado en juego el constructor. Porque todas esas actividades están condicionadas, sujetas al resultado que el Pensador va a obtener dentro de un instante.

Entre la Melancolía de Durero—como tal Melancolía y su autor hay, por lo demás, un imposible psicológico. No era este artista un dubitativo, un pensador silencioso y mesurado. Muy al contrario, todo en él era acción. Sus mismas investigaciones eruditas estaban dedicadas a fines prácticos, a fines atingentes con los problemas de su arte. «Todo le inquietaba y le apasionaba—dice Elie Faure—las formas de las yerbas y de los insectos, el musgo de las rocas que estallan bajo la lenta presión de las raíces, las monstruosidades animales o humanas, las cosas vivas y las cosas inertes, las corazas de hierro labrado, las armas, los cascos con antenas y los pendones con escudos». Era, ya lo vemos, un genio múltiple; pero no un pintor de matices espirituales. La Naturaleza sí, toda la Naturaleza en sus más desatadas potencias o en sus más detallados aspectos. El pensamiento también, en lo que éste tiene de eclosión triunfante tras el esfuerzo poderoso. Jamás la melancolía, delicuescencia del espíritu. ¿Cómo queréis que fuera melancólico este hombre robusto de risa esténtórea, amigo de la buena mesa, de las mujeres rollizas? Este «buen jayán Alberto—como dice Ortega y Gasset—que iba por las tardes al *Esquilón de la Salchicha* para trasegar—entre picantes chascarros—un vaso inmenso de rubia, de fresca cerveza?»

ARQUITECTURA DE LA VIDA DISPERSA

PARECE que a veces la vida se suspende, se detiene, y el hombre, espantado, se asoma al hueco de la forma vaciada, como un caballo a un abismo.

Entonces nos miramos, y decimos que la vida no es tiempo ni sueño ni espacio que fluye, sino una gran figura de instantes detenidos, y reiteramos que no es una ni muchas, sino todas las cosas sumadas con relación a esa inmensa ley de humo que es el alma.

Por eso viviendo se comprende más que pensando, porque vivir es pensar, con todos los músculos.

Y así, el niño, que ignora su destino, el sentido de su destino y su límite, es el único que conoce lo que persigue porque persigue *la vida dispersa*, el acto ilustre, alegre de vivir, ingrávido, sosteniendo los sucesos en la punta de la voluntad, en la llama de la voluntad, que existe, únicamente, como voluntad del mundo.

El universo con el individuo.

Cuando todos los actos se dirigen hacia un fin se produce aquello de que el proyecto devora al acto, aplasta al acto, se hace tan grande o más grande que el acto, de lo que se desprende aquella intención superior a la vida, y es igual a echar el mar adentro de

una guitarra. ¿Habría que recoger acciones como quien recoge naranjas o castañas y organizar designios con frutos botados? No. Radica la sabiduría en dirigir la caída de la avellana; en obtener, en adquirir, en atraer e imponer, total, la verdad de la fruta madura, así, así como no desviando la naturaleza, como metiéndose entre las rendijas, entre los caminos de la naturaleza, como el pulgón en la manzana, así no se extravían las brújulas en las brújulas.

Aquella mujer desnuda que juega con su virginidad, como un niño con una rosa, adentro del alma del mundo, y no es nunca la misma, ¿no significará la necesidad de lo imprevisto, de lo incalculado y aun de lo absurdo?

Es menester dar sentido a la vida, perfectamente. Pero dejar fluir, dejar correr lo sucesivo, dejar que penetre la vida en nosotros y nos traspase y nos rebalse como el agua el cántaro de alegre barro, es también dar un sentido a la vida, es, posiblemente, dar a la vida el sentido de la vida. Por eso, el hombre muerto, caído de carnes, posee forma de árbol, por eso recuerda el grande ramaje, en donde soplan y cantan, libres, los vientos eternos del universo. Y es menester también comprender que el hueso es el genio de la anatomía, y que el hueso es hueco como caña de río o como flauta de niño o lo mismo que si quisiese dejar pasar por adentro los chorros oscuros del mundo, los llantos oscuros del mundo, la gran tonada que nadie entiende nunca, jamás nunca, porque tiene los oídos tapados con actos. Acostado a la orilla de uno mismo, sobre la tierra gozosa, y blanda como cama de casados, rico en pereza y en sol, el hombre adquiere su derecho.

Cuando yo ando más distraído, hablando o cantando solo, es cuando mi porvenir es definitivo, es cuando aquella gran incógnita se define, lo mismo que cuando duermo.

Y es conversando con pájaros y con mujeres, con estos pequeños animales infantiles, que son *todo ojos*, y manejan el pecho muy tibio, cómo se comprende la transparencia del mundo, la transparencia azul del mundo, su luz inveterada, abierta y el camino del hombre,

Ecuación de estrella florida.

Sobre el hombre desocupado, lejano, solitario, inmerso en los ojos dormidos, maduran el tiempo y los fenómenos de conciencia, de repente, y sucede lo que sucede cuando la granada o la muchacha se abren y entran el sol y el hombre y parece que sucediese la verdad, y parece que resplandece lo absoluto, y es mentira, porque son las chispas de la razón que se quiebra contra ella, lo mismo que montaña rajada o hierro ardiendo, enormemente, pero la razón no es la verdad, nó, la razón no es la verdad, porque la verdad es la razón de la razón y otras cosas.

No es, precisamente, cuestión de obrar o no obrar, ni de andar o no andar dejando que el infinito disponga de nosotros, a la manera de las banderas del viento; es cuestión de hacerse el tonto con el mundo, de hacerse el leso con el mundo, y sonreír con la sonrisa blanca del almendro.

Como un sauce a la orilla del agua, el hombre se retrata, se sumerge, se contempla en Dios, permaneciendo y, a la vez, borrado, desparramado. Es porque el hombre es como una gran ola del universo, es porque el hombre es quien contiene, íntegras, la dimensión vital, el pulso del mundo, el sentido de todas las cosas invisibles, como todos los barcos cruzan la gota redonda y clara. Entonces, es menester que el hombre no sea tan hermético, que se oponga a Dios, ni tan ecléctico, que se deshaga en Dios, que se disuelva en Dios, negándose. Cerrado con barro permeables, que si se sumergen, en vino, llenan de vino el corazón de las vasijas, cerrado con la anchu-

ra ilimitada, cerrado con el vacío de todos los muros, y el horizonte humano.

Cuando el hombre dirige su objeto, todas las cosas, absolutamente todas las cosas, caminan con él, jugando a la distracción principal de las abejas.

Caminante sin sentido, caminante sin dominio, *sin camino*, parece aquel que define distrayéndose, cogiendo acciones perdidas, acciones vagabundas, acciones deshechas, despreocupado como los pájaros de otoño y las colegialas...

Pero es novela.

La voluntad obstinada del destino, adelgaza el destino, disminuye su actitud de horizonte, emigra.

Quizá le sucede lo que a la cuerda demasiado tensa: busca la curva.

O lo mismo que quien se propone cavar un abismo y cava y cava y cava, abriendo, aumentando, inmensamente, y concluye en planicie.

Y como aquellos que quedaron ciegos por exceso de ojos.

DEL ARTE EN LA CRITICA

ES muy cómodo, para los lectores, tener un guía que les abra paso en la enmarañada selva de los libros, descartando para ellos, como importuna maleza, los que son malos, y ofreciéndoles la cosecha perfumada de los buenos. ¿Pero qué crítico es infalible? ¿Cuál tiene una comprensión tan segura, una erudición tan vasta, que abarque todos los géneros? ¿Cuál sabrá a un mismo tiempo valorizar el pasado y acoger lo nuevo sin incurrir en prejuicios o esnobismos fatales? ¿Cuál llegará en sus fallos a una imparcialidad deshumanizada? Suponiendo que un solo hombre logre reunir estas diversas y raras condiciones hará «crítica informativa» y sería de desear que por lengua y por siglo existiera un cerebro de esta categoría. Pero si este crítico (especie de Dios omnisciente y justo, guía indispensable para el lector y verdadera salvación para los autores) no es algo más, todavía, no nos interesa en sí. En el crítico también buscamos al artista, al hombre que vamos a leer, no por lo que nos va a contar—como no leemos tampoco una novela por lo que tiene de novelesco solamente—sino porque es él, porque su crítica revela un temperamento original, porque tiene acento.

La crítica puede y debe ser un pretexto para crear obra propia. El papel de Cenicienta que se acostumbra a darle entre nosotros resulta injusto, y es hora de desear que salga ésta con los atavíos de gala al baile del arte que le ha sido vedado. ¿Qué importa que el crítico alabe o destruya inmerecidamente una obra, si las palabras con que lo hace revelan un temperamento? Si nos hace pensar encarando puntos de vista nuevos; si su prosa está salpicada de metáforas; o que sea preciso leerlo «entre líneas» y no literalmente, porque sabe

hacer la transposición que se le exige a todo artista; en una palabra, si tiene estilo, ese crítico es un creador al mismo título que un poeta o un novelista. Por estas razones nos parece un error de psicología (aunque sea el mismo Unamuno quien lo diga) pretender que el crítico es tan sólo el fracasado de la novela o de la poesía. La vocación suele tener sus titubeos no sólo dentro de las distintas ramas de la literatura, sino de un arte a otra, y así como vemos un pseudo-poeta convertirse en un autor teatral de mérito, hallamos pintores cuya actividad inicial fué la literatura o la música, y a nadie se le ocurre sentar dogmáticamente: «El pintor es un fracasado de la literatura». Lo que sucede, es que hay vocaciones de escritor más fuertes que el talento que requieren, y van éstos de la poesía, el teatro, o la novela, a la crítica, ensayando sus fuerzas y acabando por instalarse en el único terreno acogedor: el de lo que llamaríamos «La crítica blanca». Es decir, han llegado a su último fracaso. Si literariamente condenamos la novela «rosa» ¿por qué toleramos esta crítica «blanca» eunicoide, sin nervio, refugio de los que a toda costa quieren escribir o se improvisan críticos para ganar un sueldo? Pero llamémosla, siquiera, un fracaso. Tenemos derecho a exigir otra cosa del crítico: novedad en los puntos de vista, o manera artística, original, de escribir. Si no es un artista, debe ser el crítico un psicólogo, un pensador. Queremos que, a base de la obra ajena (su tema), nos haga pensar o sentir. Las dificultades que debe salvar el crítico son las mismas, sino mayores, que las que vence el novelista o el poeta: se tiene, o no se tiene el don, para alguna de estas ramas literarias, eso es todo.

En apoyo de nuestras aseveraciones vamos a darnos el gusto de analizar a uno de nuestros críticos, «Alone» quien nos parece honrar las letras chilenas con acento tan vigoroso y característico como el de un Neruda o un Edwards Bello.

Gusto es en efecto, y no tarea ingrata, el andar en tan amena compañía. Veremos que el decir «crítico» no siempre significa mente hosca, ceñuda. Sí, la amenidad es la primera cortesía con que nos sale al paso Alone a través de todos sus escritos. Allí tenemos, por ejemplo, su Panorama de la Literatura Chilena.

Luego de terminar la lectura de un libro de esta índole, nos llama la atención el no haber sentido el menor esfuerzo al efectuarla y el habernos deleitado, por el contrario, como con una buena novela. Y, sin querer, hemos vuelto a hojearlo, saboreando trozos que se nos quedaban prendidos en el espíritu. Debemos confesar para vergüenza nuestra, que sólo

conocemos a unos pocos entre los escritores allí estudiados; pero según nuestra norma de que el crítico «debe hacer obra propia con el pretexto o el tema de la obra criticada, y es en este sentido cómo se revela escritor» no hace falta para juzgarlo el que nosotros no conozcamos el «tema» de Alone, como no importa tener a la vista los árboles en los que se ha inspirado un pintor para convenir si es original y artística su manera de tratarlos.

¿Cuáles son las cualidades de este «Panorama»?

Respondiendo perfectamente a su título (1), se destaca como un cuadro impresionista del paisaje de las letras chilenas, y no (tomando una expresión del mismo autor, pero empleada por él en distinto sentido), como una «carta literaria del país». Como todo escritor de nota, Alone colorea su pluma en la tinta sortílega de la metáfora, y he aquí la razón de por qué su pintura crítica sensibiliza nuestra retina.

Veamos su manera de introducirnos en este «Panorama» al toque de una frase llena de vibraciones como el llamado a un espectáculo:

«Suena la campanada del nuevo siglo y cual si esta simple palabra del tiempo desencadenara alguna potencia oculta, las letras chilenas reviven y empiezan a cambiar visiblemente.»

Nos parece de hermosa resonancia esta campanada «simple palabra del tiempo»... Continúa así, el libro, en una pro-

(1) He aquí la explicación que da el diccionario del significado de la palabra panorama:

«*Panorama*. m. (gr. *pan*, todo, y *orama*, a la vista). Gran cuadro circular pegado en las paredes de una sala cilíndrica, iluminada por arriba, y dispuesta de tal suerte que el espectador, colocado en el centro, se figura dominar un verdadero horizonte. Gran extensión de país que se descubre desde un punto: *el panorama de los Pirineos*.»

Por consiguiente, panorama quiere decir todo a la vista, pero *con perspectiva*. Esto es: unos objetos se destacan en primera línea mientras los demás quedan empequeñecidos en la línea de distanciamiento que requieren los diferentes planos; de manera que recoge, el que mira, impresiones aquí y allá; más o menos fuertes, según el relieve de los objetos. Estas impresiones varían, además, según la sensibilidad de cada espectador.

El Panorama de Alone presenta la perspectiva del paisaje literario chileno dividida en tres décadas, subdivididas a su vez en géneros literarios: poesía, prosa, crítica. Cada década viene encabezada por el nombre de los autores que le parecen las cumbres representativas. Para la primera (1901-1910), Augusto Thompson y Omer Emeth. Para la segunda (1911-1920), Pedro Prado y Gabriela Mistral. Para la tercera (1921-1930) Pablo Neruda.

sa que por su ritmo y sus imágenes es, si pudiéramos decir, *psicológicamente imitativa*. Apuntamos al azar algunos ejemplos:

Dice, página 100, refiriéndose a dos libros de Armando Donoso: «apresurados de estilo, *con grande hervidero* de nombres, fechas y detalles, que logran *sobrenadar* por cierto *entusiasmo eléctrico*.» Después de unas cuantas líneas agrega: «Es un escritor infatigable, *un pequeño grande hombre agitado por el demonio de la sabiduría* que se multiplica en todos los campos, viaja, lee, anota, lanza volumen tras volumen; habla de literatura alemana, francesa, argentina, chilena; *revuelve ideas*, se entra por la fisiología, la sociología y hasta por la historia natural, rompiendo obstáculos, atropellando barreras, incluso las del buen gusto, sin cejar ni fatigarse, aunque, no pocas veces, fatigándonos y haciéndonos cejar. *Se diría que acumula la sed intelectual de toda una raza abstinentes*.»

Y termina de esta manera, página 122, su comentario a César Cascabel: «cada día un chispazo. Y en tal luz imperceptible el comentario de una actuación, un rasgo punzante de la naturaleza humana o una idea metafísica reducida al fragmento de una paradoja, *tintineo rápido, guiño ligero, reflejo fugaz*, que le bastan para ser entendido y distinguirse.»

Con una imagen, que vale por un largo análisis, resume de un modo elegante, haciéndolas contrastar, la manera de tres de nuestros poetas:

«El agua escasa, filtrada, oprimida y luego suelta en surtidores finos por los versos de Contreras, se hace fuente remansa de jardín, fuente cristalina, honda de reflejos, en las estrofas de Magallanes; en las de Víctor Domingo Silva es agua de regadío, campestre y dispareja, popular y profusa que, una vez cumplido su objeto, se consume y desaparece.»

Su ironía le ayuda a estilizar por medio de leves toques caricaturescos a los autores que analiza, acertando a destacar, combinándolos, rasgos físicos y espirituales. Válganos como ejemplo el retrato de Francisco Contreras con que termina su breve, pero sintética crítica de este autor: «Desdichadamente se le nota ese afán (de la palabra rara, del verso precioso); el estudio y la técnica priman sobre el temperamento espontáneo y *su figurita morena, crespa, aguda, se retuerce un poco al esfuerzo y se aguza más todavía para sobresalir, empujándose*.» Se podrían citar con igual característica el de Daniel de la Vega, diáfana pintura al pastel, y el de Pablo de Rokha, tratado como «agua fuerte».

El sardonismo de Alone, siempre alerta, encuentra buen tema en «La Colonia Tolstoiana» y nos ofrece en tres páginas cortas un cuadrito que vale por el más sabroso de los cuentos. Ahí van algunos rasgos aislados: «y con gesto teatral (describe a Thompson presentándose en el Ateneo) se quitaba su capa española, después de besar en la frente a una abuela blanca y decorativa, llevada exprofeso, etc.» «Habíase dado la misión especial de ser en este lejano país el representante de los grandes espíritus contemporáneos, y cuando a Ibsen o Loti les sucedía algo, Thompson reunía inmediatamente a la gente literaria y le hablaba «resuelven (los Tolstoianos) llevar una vida pura, según las doctrinas del maestro moscovita, y piden un terreno al poeta Magallanes, propietario en San Bernardo. Magallanes ofrece por correo una hectárea. Ellos telegrafían: «Diga qué es una hectárea». Había que empezar por el principio». Pero es preciso leer todo el trozo para convencerse de que es tal vez, Alone, aunque no se haya puesto letrero, el más fino de nuestros humoristas.

El artista que hay en el crítico elige siempre calificativos metafóricos. Nos hablará, Alone, de «lenguaje pedregoso»; dirá del estilo de Edwards Bello: «posee esa potencia eléctrica que no permite leer en frío», y, refiriéndose a Thompson: «pocos le han dado al idioma esa flexibilidad de seda oriental.»

En cuanto a sus juicios en sí, aisladamente, nos parecen siempre exactos, penetrantes. Rara vez los discutiríamos, y cuando esto nos ha acontecido, como en el caso de Pablo Neruda (crónica literaria del 18 de septiembre de 1932) no hemos podido menos de admirar, siempre, al escritor de primer orden que revelan. Crónicas como las que versan sobre Ernesto Montenegro y esta sobre Neruda: la primera, en que se nos presenta el crítico con una comprensión exquisita (que «enchufa» diríamos): la segunda, en que tapa miedosamente los oídos de su sensibilidad ante la voz de vanguardia del poeta, nos parecen ambas verdaderas joyas literarias de la crítica. En esta última, se agrega a la armonía de la composición y la belleza de las imágenes un espíritu de dialéctica muy interesante. Que algún crítico «burgués» le reprochara sus juicios sobre Neruda, pase; pero que se los reprochen los poetas, en esta época de «creacionismos» o subjetivismos, nos parece una inconsecuencia artística...

Pasaremos a hablar del «Portales Intimo» que nos servirá para señalar otra cualidad de Alone (visible ya en sus crónicas): el don de arquitectura, de equilibrio, de síntesis, de lo que llaman «la composición».

Puede la materia prima ser ajena al artista, como es el caso para el director cinematográfico, pero el don de ordenarla, ensamblarla e iluminarla, haciendo resaltar sus diversos planos, es siempre obra de la imaginación y del gusto y requiere por consiguiente la mano de un artista. El Epistolario de Portales, cual cantera de mármol en espera del escultor, yacía en la inercia de su masa voluminosa y compacta. Alone fué cincelando con tacto seguro el grueso volumen, hasta desbastarlo, y en unas cuantas cartas juiciosamente seleccionadas y combinadas con un penetrante estudio, logró hacer destacarse viva la varonil efigie del grande hombre.

Veamos cómo ordena, aún materialmente, su libro:

El retrato de Portales no figura en la portada o en la primera página, como se acostumbra; el retrato es anunciado en una hoja en blanco, y en la siguiente, a la derecha, sin que se nos pueda escapar, dándole toda la importancia como a una presentación material de la persona, se nos pone frente a frente de él, subrayado éste por la descripción que hacen de la persona de Portales, en tres párrafos cortos, Lastarria, Vicuña Mackenna y Walker Martínez. Luego, después de un breve prólogo explicativo, vienen las crónicas publicadas en «La Nación», reunidas con los títulos de: «El hombre», «Las mujeres», «El dinero». En seguida, «Las Cartas» a las que precede un esbozo sobre don Antonio Garfias, el confidente de Portales, al que éste dirigió la mayor parte de su correspondencia. Y, terminando, como rúbrica de las cartas y del libro, *la firma*: retrato grafológico que corrobora el de su efigie y el que nos revelan estas cartas.

Es preciso haberse leído el epistolario de cuatrocientas páginas de formato mayor para apreciar lo que significa esta selección. Se necesitaba el ojo avizor del psicólogo y el gusto del artista para comprender cómo había de desentrañarse de tal bloque lo substancial, lo que caracteriza. Así lo ha cumplido, Alone, no sólo al elegir un determinado grupo de cartas, sino recortando de las mismas lo esencial y colocándoles títulos adecuados que, a modo de aperitivo, preparasen nuestro apetito a saborearlas mejor. Y así va la invitación a leer con anuncios como estos: «Consulta matrimonial», «la peste y los consuelos religiosos»... «La cantante desafinada», etc., etc.

Sí, mejor que en un epistolario denso, vemos aquí «los personajes de mármol o de bronce (el personaje, diríamos en este caso, sirviéndonos de las mismas palabras de Alone al referirse a la compilación de las cartas de O'Higgins y Portales) de-

jar su pedestal, y vemos su vida íntima, sus preocupaciones diarias, sus explosiones de buen o mal humor, en una palabra, lo conocemos.»

He aquí el modo como nos presenta Alone a don Diego:

«En nuestra perspectiva política, no hay figura más severa que la de don Diego. *Parece del mismo metal que su monumento*: tiene el mismo sitio y la misma actitud, capa con pliegues de toga, la ley en la mano, frente a la Moneda: nunca se vió tal compenetración de un hombre con su efigie; *alma y hierro se fundieron juntos y están ahí, mandando siempre*. Más que un gobernante autoritario, Portales *representa la autoridad, en abstracto*; es el Orden, la Energía, la Autoridad. Se le olvida cuando estos conceptos decaen y cuando, por cualquier camino, vuelven a acercarse, invenciblemente, a pesar de todo, se le recuerda.»

¿Cabe decir en menos palabras y con más energía y agudeza psicológica lo que representa el gran Portales? ¿No es ésta, además, artísticamente hablando, una magnífica estilización del personaje?

La certera elección de dos o tres cartas, le bastan para hacernos palpar la entereza del hombre, la lealtad del amigo, la clara visión del político. Y dice, refiriéndose a la carta en que contesta Portales a su ofendido amigo Cea:

«Esta carta nos parece suficiente para pintar el fondo de un temperamento. No encontramos nada blando, indeciso ni débil, en un hombre que habla así: su línea de conducta irá derecha al objetivo, con la trayectoria de un flechazo.»

Demuestra, Alone, citando párrafos en apoyo de sus afirmaciones, el sincero desdén de Portales por la política, en la que intervenía sólo para restablecer el orden perturbado. «Es un hombre de negocios—explica—a quien las revoluciones estorban. Un comerciante que a cada paso tropieza con la desorganización política de las repúblicas nacientes. Se dice: Hay que arreglar esto. *E interviene en la cosa pública como un dueño de casa en su servidumbre.*»

Nos pinta entonces a don Diego en sus relaciones con las mujeres:

«Nada de suspiros, rodeos ni preliminares: el «terrible hombre de los hechos» se muestra aquí tan realista como en el manejo de los asuntos públicos.

Para quienes no hayan leído el epistolario completo, queda a la vista en esta selección que «La lealtad, el acento masculino, la mirada de frente, ponen su sello limpio en todos los ac-

tos de Portales». Se le siente, con su comentador «incapaz de una vileza.»

Y séanos permitida una última cita, única manera de justificar por medio de ejemplos las razones de nuestras alabanzas o nuestros reparos:

«Su austeridad moral, comparable a la de un romano de la buena época, resalta de los hechos; escéptico hasta el volterianismo en materia de religión, jamás predica ni hace alarde alguno de principios; en Portales tocamos siempre la naturaleza, sin cubiertas ni disfraces, hasta sin vestiduras, y tanto su despego de la política, como su afición a las mujeres y su severidad en materia de dinero, no parecen adquiridas ni fundadas en ideas, no son efecto de ninguna actitud espectacular, sino que provienen del fondo íntimo, como el agua de la roca. Es así. No se le concibe de otro modo.»

¿No revela este libro tan bien «compuesto» una profunda comprensión de Portales? Para los que hemos aprendido a venerar a don Diego con ardiente simpatía, hallamos un desahogo en este sobrio, pero eficaz alegato: viene con pruebas a erguir una vez más en su pedestal la alta figura del gran ministro que otros, llevados por sus pasiones políticas, han tratado de empequeñecer en su misma vida íntima.

Decíamos que se le debe exigir al crítico novedad en los puntos de vista, o manera artística, original, de escribir; y agregábamos: «si no es un artista, debe ser un psicólogo, un pensador.» Esperamos haber puesto en evidencia, al analizar el «Panorama de la literatura chilena durante el siglo XX», que Alone posee en alto grado esa manera artística y original de escribir que exigimos, y hemos tratado de confirmarlo, al señalar otro don literario a la vista en el «Portales íntimo»: «el don de la composición». Diremos ahora dos palabras a propósito del ensayo sobre Proust, recién publicado, porque viene a afirmarnos en nuestro aprecio de la personalidad de Alone.

Indicaríamos aquí como nota descollante. «la novedad en los puntos de vista». Nos referimos principalmente al capítulo que lleva por título «El hombre aterrado» en el que nos advierte «la significación de este simple detalle (inadvertido de todos los críticos y admiradores de Proust) que nació el 10 de julio en la ciudad de París». Partiendo de este «simple detalle», ahonda en la psicología del caso monstruoso de hipersensibilidad que representa Marcel Proust. ¿Por qué esa «manía de gentileza» obsesionante, casi incómoda que llegaba hasta los hechos en aquellas propinas famosas por lo fantásticas? Recuerda entonces, Alone, la importancia decisiva que atri-

buye Freud «a la influencia que sobre la criatura en germen ejercen las condiciones materiales y morales de la madre en el período de la gestación, y nos describe en breve, pero animada pintura, aquellos días de hecatombe por los que atravesó la Francia y que remataron en «la locura sangrienta de la Comuna».

«Parece difícil—comenta—juntar mayor número de circunstancias capaces de imprimir el terror en un organismo naciente.» Y he aquí la consecuencia para la vida del hombre, y a pesar de la tranquilidad recuperada: «en medio de la seguridad de una civilización reconquistada, protegido por el orden social aparentemente incommovible, haciendo vida de salón, entre fiestas y amigos, sin que nada permita sospechar de los lacayos ni arroje sombras contra la policía, Marcel Proust observa una actitud que se diría calculada para conjurar peligros invisibles y detener espantosas amenazas. Saluda, se inclina, pide excusas, usa infinitas y variadas fórmulas de agradecimiento, pregunta con vacilante timidez si no podrá permitirse la libertad de solicitar el más pequeño servicio—o de hacerlo—y cualquier insignificante muestra de atención le desencadena un desbordamiento de palabras afectuosas, protestas repetidas de amistad profunda, reverencias, obsequios. Si habitara entre salvajes no usaría mayor cantidad de ceremonias deprecatorias para aplacar al enemigo o atraerse la voluntad de los dioses terribles.»

Nos transmite en seguida tres anécdotas que nos muestran a Marcel Proust en la actitud de estos sus excesos de «gentileza» e insiste nuevamente en probarnos que la necesidad de «considerarse tan miserable» (cita de León Pierre Quint) que debía recompensar con mayor largueza que nadie la menor cosa que hicieran por él» es consecuencia de «los terrores prenatales, las amenazas terribles suspendidas sobre su existencia durante aquellos meses trágicos que, diríase, continuaban amargándolo.» Sufre Proust, como nos lo descubre agudamente Alone, de un «complejo de inferioridad» que le obliga a congraciarse con las fuerzas hostiles por medio de oblaciones y signos de humildad.»

Después de tanto comentario desde todas partes del mundo sobre la personalidad y la obra de Marcel Proust, es éste un buen hallazgo. Pero va más allá en sus deducciones Alone, y nos lleva a considerar como última consecuencia de este «complejo de inferioridad» la naturaleza femenina del novelista; y relacionando con la obra este carácter de su mentalidad apunta:

«Si bien se mira, casi todos los temas proustianos podían figurar, sin grave inconveniente, en la charla de una señora culta e inteligentísima, capaz de elevarse, aunque no mucho, a las zonas de la contemplación metafísica, *no en busca de solución concreta, ni de fórmula abstracta, sino para inquietarse y sugerir, para dar alimento a la ensoñación apasionada y embellecer sus dolores y placeres.*»

Sin duda, tiene algo de femenino este espíritu, por otra parte (artísticamente hablando), tan varonil que nos lleva con mano firme, sin desmayo alguno, a través de una construcción arquitectónica que nunca mujer ninguna sería capaz de construir. Pero no le faltan argumentos ni elegancias de estilo, a Alone, en qué apoyar su idea, y con dialéctica honda y sutil, presa en la red de una imagen, señala:

«La misma abnegación de Proust para dar su vida por su obra, ese sacrificio absoluto de su existencia a la creatura que lo prolongaría, *esa larga dolorosa gestación, en la obscuridad, en el aislamiento,* sufriendo enfermedades, dando su carne y su sangre en holocausto—no sin quejas—apartan la idea de la generación masculina y presentan *una especie de augusto carácter materno.*»

Si bien nos hemos servido de este ensayo para destacar principalmente la cualidad psicológica que revela del que sabe pensar por sí mismo indicando puntos de vista nuevos, queremos aprovechar el último párrafo en que termina con el concentrado paralelo entre Rabelais y Proust para estamparlo como ejemplo resumido de las cualidades que hemos tratado de analizar:

«Cuando la lengua francesa se hallaba todavía en formación, apareció *una especie de gigante, hombre enorme, alegre y derramado,* que compuso la Suma Profana de su tiempo, y *con sus dos grandes manos, cerró las puertas de la Edad Media y abrió de par en par las de la Edad Moderna.*

Al extremo opuesto, en el límite de la decadencia, en un idioma refinadísimo que empieza a debilitarse, la obra de Proust señala otro término, aparta nuevos períodos y ha sido llamada también algo así como una Suma.

Entre ésta y aquélla media toda una civilización.

Rabelais la inaugura y es como un dios antiguo, más que el Dionysos griego, comparable a su ebrio predecesor asiático, símbolo de la fecundidad, acometedor de hazañas innombrables, e innumerables, que destruye, crea y ríe, seguro de su juventud, derrochador de gérmenes, grosero y prolífico.

Al clausurarla, se diría que Marcel Proust deja un viejo palacio abandonado, entre cuyas húmedas paredes, a la luz verdosa *de estancias claustrales*, en un aire de cripta, brotan extraños líquenes, cuelgan tallos blanquecinos, crecen hongos oscuros y se mueve toda una vaga flora que echa a la superficie *la fuerza interior de la tierra*.

Ambos, desdeñosos de la composición (de la composición convencional, corregiríamos nosotros) indiferentes a las proporciones, atropellan la retórica y proceden como fuerzas de la Naturaleza; pero mientras uno representa plenamente el *principio activo, luchador del macho*, y no hay tal vez en las letras ejemplo de varón más varonil que el señor Cura de Meudon, padre del Gigante Gargantúa y su hijo Pantagruel, el otro simboliza *la oceánica receptividad* del alma femenina y su mundo flúido, translúcido, envolvente, agua capaz de contenerlo todo y que así *deja pasar por su seno los monstruos marinos como refleja en la superficie los astros preciosos centelleantes*.

Obra de juventud, la de Rabelais quiere enseñar y, en medio de risas homéricas, encierra la creación de valores morales rotundos.

Producto de una época envejecida, la novela proustiana disuelve el bien y el mal en la misma contemplación y los analiza con criterio de sabio, apasionado y distante.

Su carácter femenino, propio de una época en que las mujeres comienzan a dominar—o recuperan un señorío remoto—constituye el signo de una cultura que marcha al ocaso.»

Hay en esta hermosísima síntesis, que destaca en sus oposiciones dos cumbres, límites de dos épocas en la literatura francesa, una pintura vigorosa con relieves de claroscuros a la manera de Rembrandt.

Las imágenes adquieren cualidades psicológicas en su visibilidad. Decir de Rabelais: «esa especie de gigante, alegre y *derramado* cerró con sus dos grandes manos las puertas de la Edad Media y abrió de par en par las de la Edad Moderna,» representa y sitúa al hombre en la literatura más que una larga biografía; luego, presentarnos en contraste (cual la sombra hace resaltar la claridad) a Marcel Proust clausurando la Edad Moderna como quien deja un viejo palacio abandonado, refuerza, y de qué poética manera, la visión de aquel varón que representa el «principio activo, luchador del macho», contra la de éste que simboliza «la oceánica receptividad del alma femenina.»

Escrita en esta forma, la historia literaria, ningún estudiante la olvidaría.

Quisiéramos, ahora, agregar algo sobre el cronista.

Este escribir semanal, durante años, a base de libros impuestos y generalmente mediocres, es sin duda la verdadera piedra de toque de la espontaneidad y la robustez de un talento. Tan ingrata tarea no ha debilitado en Alone el don del diagnóstico ni le ha restado frescura a su estilo. Ha ganado más bien en serenidad, en altura de miras para juzgar. Hay en él, a veces, como un deseo de acoger, de comprender más allá de la literatura misma llegando hasta el escritor, y nos descubre así el por qué del valor de libros como «El», de Mercedes Pinto. Porque Alone va sin prejuicios literarios. No se ha fabricado un metro crítico para aplicarlo indiferentemente a cada uno de los autores que juzga. Cual algunos médicos sabios recuerdan que no hay enfermedades sino enfermos, él ve escritores y no literatura. Libre de dogmatismo, libre del prurigo purista, concibe el papel de la literatura un poco a la manera que tenía Pascal de concebir el de la filosofía, que «reír de la retórica, es tal vez escribir de verdad». Y llega de esta manera, Alone, a la verdadera estética, la del buen gusto natural, libre de los falseamientos de escuela que imponen las modas. No son sus crónicas de las que se escriben para un día: quedarán porque son obra de honradez literaria, cabe decir, de sinceridad y sencillez. Pero más que por estas razones que significan ya una buena garantía, quedarán porque están escritas artísticamente: con las mismas cualidades que señalamos en los libros antes mencionados (1). Bien visible están aquí la claridad elegante, la penetración, el humorismo socarrón que distinguen a nuestro crítico. Su dón de síntesis tiene campo abierto en estas crónicas en donde se exige a menudo, dentro de un espacio reducido, la crítica de varios libros. Esta necesidad lo ha llevado insensiblemente a un tipo de crítica aforística—muy de acuerdo con sus condiciones—el que nos gustaría verle practicar más decididamente, tal como lo hace por ejemplo Gus Bofa, el crítico de «Le Crapouillot» con quien le hallamos marcadas afinidades. Los que se quejen de la mordacidad de Alone deberían echar una mirada a las palabras de ese «Enfant terrible» de la crítica, quien titula la sección que dirige: «Les livres a lire...et les autres» y se ocupa mucho

(1) No comprendemos como, con tanto material acumulado, no ha seleccionado, Alone, en un volumen-libro, un conjunto de sus crónicas. Se lo está debiendo a la literatura chilena.

más de «les autres» porque le sirven de blanco a los afilados puñales de su «esprit». Esta manera en apariencia egoísta es tal vez la única altruísta en cuanto al público y al porvenir: es la que nos lega la obra de arte. Y nos la lega de dos maneras: en la crítica misma, que se hace personal, viable por lo tanto; e indirectamente, sacrificando, por razón espartana, la ajena producción inepta. Dejemos al crítico de mera información el papel de Marta—«mucho te afanas, Marta»...—pensando que, en verdad, una sola cosa es necesaria, o por lo menos más interesante para el crítico mismo y para su lector: el arte en la crítica.

PREMIOS LITERARIOS

EL PREMIO LITERARIO «ATENEA» correspondiente a 1932 fué otorgado al escritor chileno *Luis Durand*. Como se sabe la Universidad de Concepción instituyó este premio y lo destinó a la mejor obra chilena, publicada durante el año. El jurado permanente que la Universidad nombró para este objeto, compuesto de los señores: Enrique Molina, Luis David Cruz, Félix Armando Núñez y Domingo Melfi, dictamina acerca del mérito de las obras en el año siguiente de su publicación. El premio que lleva el nombre de esta Revista, se otorga únicamente a obras literarias.

El autor premiado lo había sido ya, si así pudiera decirse, por el público. Pocos escritores chilenos han logrado como Durand en tan corto tiempo (su primer libro *Tierra de Pellines*, se



Luis Durand

publicó en 1929) un contacto más rápido con los lectores. Y es que Durand posee en alto grado la cualidad de interesar y, además, otra importantísima, la de narrar con livianura. Los temas de Durand son todos campesinos, pero sabe comunicar a ellos una nota muy personal y tierna. Durand es un buen pintor de costumbres del campo. Conoce los secretos de esa vida; vivió largos años en las regiones del sur y aprendió a penetrar en el secreto de la psicología simple de los personajes que más tarde, con sus pasiones y sentimientos, ha trasladado a sus cuentos.

El género criollo o género nativista que se le denomina en otros países de América, se ha enriquecido en Chile con un escritor de mérito, consciente de su labor, sincero y enamorado de los temas que aborda. El Premio ATENEA que acaba de concedérsele no hace sino confirmar el juicio de los lectores. Durand ha sido y es uno de nuestros más constantes colaboradores y es, por esto, doblemente simpático para la dirección de esta Revista dar cuenta a nuestros lectores de esta grata noticia.

También le ha correspondido a dos escritores chilenos este año inaugurar el premio de la *Academia Roma*, instituido en Chile por el Embajador de Italia señor Orazio Pedrazzi. De este modo Italia concurre a la tarea de estimular las letras chilenas otorgando premios a aquellos libros que a juicio de un Jurado nombrado especialmente y en el que alternan escritores chilenos e italianos, sean acreedores a él. El premio recayó sobre dos escritores de indiscutibles méritos: Edgardo Garrido Merino y Eduardo Solar Correa. El primero lo obtu-



Eduardo Solar Correa

vo con su magnífica novela *El hombre en la montaña*, de tema y calidad españoles y el segundo con su libro de ensayos críticos *Semblanzas literarias de la Colonia*, en el que se estudian con singular maestría, escritores representativos de la época colonial de Chile. Solar Correa es, además, autor de varios libros didácticos y de ensayos de crítica literaria que han sido siempre acogidos con elogio por la crítica nacional.



Edgardo Garrido Merino

Con ocasión de la aparición de la novela *El hombre en la montaña*, que es una recia y noble novela, cuyo escenario está colocado en Aragón y cuyos tipos son de pura estirpe montañesa, lograda espléndidamente por el estilo y la composición de los cuadros,—Garrido Merino vivió largos años en España—el escritor chileno Augusto Thompson que reside desde hace tiempo en Madrid, le envió una carta bellísima, como todo lo de D'Halmar, que al reproducirla nos ahorrará otros comentarios sobre la novela. Dice la carta:

Mora de Toledo, último día de septiembre de 1933.

«Durante estos dos días he tenido suspendido mi trabajo y he vivido suspenso de su libro, consciente de asistir, además de mi emoción íntima de

lector, al acontecimiento que supone para un escritor desinteresado una gran novela y un nuevo gran novelista.

Así *La Montaña* me ha procurado tres alegrías: su lectura; saber que la había escrito usted; saber que es usted mi paisano, es decir, constatar que no nos está vedado a los americanos producir grandes obras.

La suya es la mayor que yo sepa entre cuantas hemos intentado algunos con asunto europeo. Y ya sabemos que, sea o no influencia del ambiente, con asunto criollo, apenas si se ha logrado hacer algo en América.

Acabo de cerrar su libro y siento a la par la tristeza y la alegría de haber tocado una cumbre, así sea de cualquier montaña, que los Himalayas no están en nuestro camino ni tenemos vocación de exploradores. *Su montaña* no tiene que envidiar a ninguna ascensión, tan profundamente humana tan cordial y tan noble. Deja, eso sí, la alegría triste de las realizaciones.

No sé expresarme, ya que usted sabe, nunca he sabido hacer crítica. Su mujer debe sentirse feliz. Sus amigos, a través de esa obra tan impersonal, hemos podido medir cuanta riqueza atesora su corazón.

No he sentido surgir un solo reparo en el curso de esta primera lectura. Y digo primera, porque estoy seguro de repetirla con igual deleite.

¡Qué suerte, mi querido Edgardo, de poder concretarse, poder expresarse así! He recordado a menudo a su padre con el dulce afán de dirimir con el diccionario cualquier duda. ¡Qué satisfecho no estaría de ver que nada se pierde a través del tiempo, y que si él supo leer—lo cual ya es difícil—usted sabe escribir, lo que supone algo casi milagroso!

Me estaría escribiéndole largo y tendido, sin parar y sin temor ninguno, puesto que ahora sé quién es usted. Otros lo sabrán también, pero con amargo despecho. En España, en cualquier parte, tendría su libro la acogida que merece.

Adiós, amigo, y gracias. No le he sabido expresar nada de lo que siento, pero ¡qué hacerle! Usted, en cambio, se me ha revelado inolvidablemente. Sin embargo, a un «Andrés Lucena» le bastarían estas palabras para presentir el tono con que se dicen, y las que se callan y no se dicen de ningún modo.

Yo me precio de ser su paisano, su amigo y su muy modesto, pero sincero compañero: *Augusto D'Halmar*.

Quedan todavía otros premios literarios que deberán otorgarse en el curso de este año: el premio Municipal y el premio Club Hípico. Además el premio ATENEA correspondiente a 1933.

Los escritores chilenos pueden ya trabajar en paz, sin las urgencias y las acritudes inherentes a la carrera de las letras. Han conseguido la victoria después de largos años de lucha.

No hay, en verdad, en este triunfo, ni vencedores ni vencidos. Los premios literarios que ahora salen en busca del autor, son el producto de períodos enteros de propaganda paciente, silenciosa y, a menudo, heroica, por la conquista de derechos que ninguna sociedad medianamente organizada había negado a los creadores literarios.

LOS LIBROS

CRITICA

SEMBLANZAS LITERARIAS DE LA COLONIA, por *E. Solar Correa*.

Junto al mar y un poco aburrido del bullicio ciudadano, hemos dado término a la lectura de «Semblanzas Literarias de la Colonia» (1) por Eduardo Solar Correa; doscientas noventa y siete páginas de nutrida y sabrosa lectura.

Solar Correa es profesor universitario en la asignatura de Castellano, y ejerce con entusiasmo y cariño su noble profesión. Ahora, siguiendo sus impulsos pedagógicos, está dedicado a la tarea taumatúrgica de resucitar muertos...; unos que «hieden»—como Lázaro en esa tarde del Evangelio—bajo la lápida del Tiempo, y otros que solo «duermen» esperando la armoniosa palabra que los llame.

Ha tenido éxito el profesor. Algunas de esas momias ilustres que yacen en el panteón de las Letras desde los días de la Colonia chilena, diríase que cobran súbita acción ante nosotros y que, aun a despecho de sus muñones roídos por varios siglos de inmovilidad, no carecen de elegancia sus macabras gesticulaciones de cadáveres. Como en la estrofa del poeta, se nos ocurre el señor Solar Correa un poco ayuda de cámara de Carlos V, ordenando a los gloriosos esqueletos de la Historia, con el poderío prestado a su voz por el amo imperial:

(1) Editorial Nascimento, 1933.

Varones que honráis la fama,
antiguas y excelsas glorias,
de vuestras urnas mortuorias,
salid! . . . que el César os llama.

No nos defendremos a calificar cada uno de los trabajos que integran el volumen que nos preocupa; para nuestro intento bastará señalar que no falta a veces, finura en la expresión, ironía en las citas y una cierta vaguedad muy amable en los contornos de las figuras que se trazan en él, vaguedad de tal naturaleza, que en ciertos casos—como en el estudio dedicado a Ercilla, por ejemplo—nos obliga a creer excesivo el título genérico de «semblanza» con que se le ha incluido en la obra.

Hemos dicho que Solar Correa es profesor de Castellano; desde este doble punto de vista—de *profesor* y de profesor de *castellano*—nos interesa más que en su oficio de crítico, que sólo realiza, a nuestro entender, por las determinantes de inquietud intelectual y de búsqueda de materiales «novedosos» que el magisterio ha llevado a su espíritu.

¿Paradoja? No. En los años que corren es muy explicable que el autor haya ido en busca de novedad a los primeros tramos de la vida literaria nacional. Y es lógico: le dimos tanto las espaldas al pasado, menospreciamos tanto ese período de nuestro vínculo político y racial con España, que a la vuelta de cuatro centurias aquello nos parece nuevo. Hasta cuentan cosas que para los olvidadizos criollos equivaldrán a una sorpresa! . . . *Verbi gratia*: ¿cuántos chilenos cultos serían capaces de decirnos en qué consiste el relieve especial de don Pedro de Oña dentro de la literatura patria? Sin embargo, lo que «sobra» en ese escritor colonial—según Menéndez y Pelayo—«son destellos de talento poético».

Basándose en esta afirmación, Solar Correa agrega en una interrogante llena de interés:

¿No significa esto que Chile—el más tardío de los países *novomundanos* en el despertar poético del siglo XIX,—puede, gracias a Oña enorgullecerse de haber servido de cuna a las musas en este lado del Atlántico? (pág. 97).

De acuerdo, pero el neologismo *novomundanos* nos parece hartamente censurable.

Aunque la palabra «mundano» en la primera acepción que da la Academia hasta 1914, tiene el sentido de algo que pertenece o es relativo al mundo, no es menos cierto que prevalece en el criterio de la gente bien educada la segunda acepción que refiere este vocablo a toda persona «que atiende demasadamente a las cosas del mundo, a sus pompas y placeres». En consecuencia, el neologismo «novomundano», aplicado a los habitantes de América, no reúne las características de precisión, de interés o comodidad científica que debe informar la creación de un término, a fin de que se le dé *pase* dentro de las reglas del idioma o simplemente se justifique su existencia en provecho de los antecedentes que ofrece.

Y ya que de «voquibles» se trata, no desdeñemos este otro, que se puede leer en un párrafo de la pág. 115:

Había casado en este país (don Fernando Rodríguez del Manzano y Ovalle, padre de don Alonso de Ovalle) con doña María Pastene de Astudillo y Lantadilla, nieta de don Juan Bautista Pastene—el hábil piloto de Pedro de Valdivia—y se hallaba por su mujer emparentado a lo más rancio de la aristocracia *santiagoña*.

El adjetivo *santiagoño* no se puede aplicar, como cree nuestro amigo el profesor Solar Correa, a los naturales de Santiago de Chile; sino, únicamente, a los hijos de la ciudad o provincia de Santiago del Estero, como *santiagués* sólo se puede decir de los naturales de Santiago de Compostela. Los habitantes de Santiago de Chile se llaman *santiaguinos* aunque parezca mentira...

No son, sin embargo, los detalles que acabamos de señalar, materia de censura acre. Hemos señalado esos yerros más por curiosidad que por espíritu de zoilo. La doctrina del autor que es al mismo tiempo un maestro, lo que relaciona a este sujeto en su frecuencia con el público que lo escucha, urge más, a nuestro juicio, la vigilancia de una actitud crítica imparcialmente razonada.

¿Cuáles son las características fundamentales del libro cuyo análisis pretendemos?

Desde luego—a primera vista—una grande molestia, un odio no disimulado por la raza autóctona de Chile; por los araucanos. En seguida, veladamente, oculta en frase de untuosa literatura, un desprecio olímpico por el pueblo chileno, invirtiendo en forma apasionada y grave, por cierto que en beneficio del invasor, todo el aporte legendario que debemos a los escritores de la Conquista y la Colonia. Procedimiento censurable, porque el no significa en el caso que comentamos, la aplicación rigurosa de métodos históricos a los basamentos de la leyenda, sino, simplemente, inversión personalísimo de valores, por el muy viejo y chileno sistema de «dar vuelta la tortilla».

Para Solar Correa, los araucanos de la protohistoria chilena no pasan de ser una raza de bárbaros, consumidos por su categoría inferior y prestos a todos los vicios. Las virtudes, la nobleza, las categorías altas del heroísmo y la inteligencia que les atribuyen los escritores hispanos que convivieron con ellos desde Ercilla para adelante, son quimeras increíbles, engaños de poeta que a través de sus propias cualidades juzgan las ajenas, tornando en bueno lo malo y en blanco lo borroso. Cuando el bardo o el cronista colonial pondera al indígena de Arauco, con el lenguaje exaltado que la epopeya del siglo XVI, marcó en el pulso de los grandes exploradores blancos que a la vez manejaban una pluma, el profesor santiaguino del siglo XX, protesta gruñón.

¿Malevolencia? Se nos ocurre que simple mala interpretación. Solar Correa nos desconoce, previo un estudio comparativo de literatura y de acontecimientos, la psicología de los aventureros europeos de los siglos XVI y XVII y XVIII. Hombres descuajados del influjo renacentista—inductivo y formal—no tenían a su albedrío otra facultad creadora que el sentido panteísta que dan los ojos del misticismo. El Renacimiento italiano hace dioses de mármoles; el Renacimiento español, huyendo del paganismo mediterráneo, menos fuerte que la atmósfera espiritual del siglo, queriendo renegar de su

época, no logra otra cosa, sin embargo, que inventar dioses de carne y hueso.

Mas, esta fantasía del historiador o del poeta hispano, no se opone a la fantástica realidad que tiene ante sus ojos. Arauco, aquel pueblo de nativos que interrumpe con tenacidad secular el avance de los soldados de España, posee, asimismo, virtudes congénitas dignas de admirarse. Raza de agricultores que no desdeñan las armas para defender su libre tierra; individualistas severos, unidos a mujeres de la más ejemplar honestidad, varones esposados, dignos, no descansaba, sin duda, en ellos, la cultura de los grandes ciclos de la civilización occidental, pero, eso, sí, sabían guardar tanto como el más orgulloso pueblo del mundo, los fueros de su existencia sin complicaciones, soberana y pura.

¿No era este espectáculo más que suficiente para impresionar a los «civilizados» conquistadores?

Ahora bien, poniéndose al margen de cualquiera seria investigación, Solar Correa escribe:

Ercilla descubrió—inventó—el araucano; Ovalle descubrió el paisaje chileno; entrambos acontecimientos pueden mirarse como el punto de partida de toda nuestra literatura que, en su esencia, no es otra cosa que una eterna exaltación del indígena o de sus descendientes—el r o t o, el h u a s o—y una eterna descripción de las bellezas del suelo. (pág. 155).

Hemos dicho que este odio reconcentrado por el autóctono y el mestizo de Chile, se desparrama a través de toda la obra que comentamos y por cualquier motivo. Hasta a propósito del cuño de nuestras monedas...! Comenta en la pág. 188:

El picacho del Aconcagua—orgullo de los Andes—admirable símbolo de elevación que la Naturaleza proporcionó a Chile, estuvo a punto de ser reemplazado por la chatez del araucano.

Lástima grande que por insultar a los nativos, nuestro amigo se olvide de la geografía. El Aconcagua, la más alta cumbre de la Cordillera de los Andes, no pertenece a Chile; situada entre los 32°39' (treinta y dos grados treinta y nueve minutos)

de latitud Sur y los 70° (setenta grados) de longitud Oeste, se sale de los límites chilenos y queda ocupando un lugar fronterizo de la provincia de Mendoza. Es, por lo tanto, pese los conocimientos numismáticos del señor Solar Correa, una montaña argentina.

No creemos pecar de chauvinistas, pero más de un siglo de vida dentro de las naciones libres del Globo nos autorizan para contemplar con menos pesimismo nuestra Historia. La gran mayoría de la población chilena está vinculada racialmente a los mestizos de araucanos, y no hay motivo para menospreciar su actuación dentro del desarrollo político-económico social del continente colombino. Las inquietudes, las conmociones, las incertidumbres, porque ha pasado la nacionalidad chilena, han sido propias a su crecimiento o a las horas trascendentales de la Humanidad que a ella también le ha tocado vivir. Y si fué digna y varonil la gestación de su libertad, ¿por qué no prestigiar sus méritos y exaltar sus virtudes? No hacen otra cosa los grandes maestros europeos cuando hablan de su patria.

Este desborde de amor por el terruño, hace bien; desde luego sirve para contrarrestar opiniones adversas o calumniosas que andan por ahí, desprestigiándonos.

Hoy (advierte Solar Correa,) tenemos fama en el extranjero —¿será posible decirlo sin eufemismos?— fama de ladrones. Y esta fama, conocida aquí de todos, no levanta una protesta, no indigna a nadie (pág. 234).

Tal vez es posible esto último por tratarse de una estupidez calumniosa. ¡Dios nos libre de acallar los defectos que nos aquejan! Mas, el porcentaje de robos que existe en el país, no es, ni con mucho, algo que nos señale excepcionalmente a los ojos de los países cultos. ¿Conoce el señor Solar Correa, estadísticas de la delincuencia mundial? ¿No sabe, por ejemplo, que en la sola ciudad de California se cometen más crímenes que en el Reino Unido de Inglaterra e Irlanda?

Terminemos.

El libro de Solar Correa es un libro bien escrito—bien redactado, diríamos mejor—con excelente presentación tipográfica.

fica, pero un *españolismo* (no hispanofilia, que en general la tenemos todos los chilenos) que a pesar de los méritos de la obra, hacen antipática su lectura y desagradable sus consecuencias.

A veces, rompiendo la pareja untuosidad de las oraciones, una vena de inspiración poética corre trémula y cristalina entre la aridez socarrona de las páginas. Entonces damos un grito de júbilo y se lo agradecemos al autor, leyendo un trozo en voz alta. Tended el oído a uno de estos frescos murmullos de oasis:

El agua (está refiriéndose a Alonso de Ovalle) provoca en su epidermis una especie de voluptuosidad. Tan ostensible es dicha circunstancia que, cuando leíamos su libro, en nota marginal escribimos:

¡Como ama este hombre las aguas! No contento con deleitar su vista en ellas, parece gozarse en palparlas, en acariciarlas...

Y no fué pequeña nuestra sorpresa al posar poco después los ojos en las líneas que siguen:

Aun sin beberse—el autor habla de las aguas de Bucalemu propiedad entonces de la Compañía de Jesús—aun sin beberse se conoce en el tacto su nobleza, porque su blandura y suavidad es como de mantequilla, y así ablandan y modifican las manos... La tímida, pero tiranizante conjetura dei escoliasta era una realidad perfectamente comprobable. Ovalle palpaba, acariciaba las aguas.

Y continúa más adelante:

La obra, en general, (la «*Histórica Relación*»)... respira la gozosa bienandanza del hombre que, despreocupado de graves o ásperos problemas y sin que lo atice la ambición, se deleita viviendo, mirando, paladeando cuanto le rodea. Diríase que la vida es una noble y sabrosa fiesta para este goloso de sensaciones. Hasta llegar a realizar, a veces, como para multiplicarlas, — y de manera espontánea—ese trueque o transposición sensorial, caro a Baudelaire, que nos parecía una de las más audaces novedades de la sensibilidad moderna. El agua la palpa a más de mirarla y gustarla, extendiendo así al tacto la sensación de ella. El olfato le habla de belleza del mismo modo que al poeta de la *Flores del Mal*, le habla de colores y de sonidos: «es tan lindo olor y tan preciosa esta madera». ¡Tan lindo olor! Curiosa suerte la de este expresión... (págs. 137 y sigs.)

Sí; ¡y qué delicadeza qué elegancia de síntesis cordial!

Desgraciadamente, Solar Correa no nos prodiga este lenguaje. Al contrario, parece más bien, que buscara la nota áspera o terca a objeto de causar impresión adversa. En cierta oportunidad llega a la hiperestesia aguda, sin poderse contener en su ira:

Como si todo el ruido de la ciudad fuera nada—escribe—en cada esquina, rodeado de auditorio numeroso, hay un ciego majadero que toca la flauta o un mal violín... (pág. 134).

Si Solar Correa fuera un artista, un verdadero artista, ante el espectáculo del músico ciego, habría tenido una doble sensación: la de la música mala y la de la tremenda desgracia de la ceguez—y —corazón de poeta—habría callado la censura. Rubén, Rodó el armonioso Cristóbal de Castro, en vez de «ciego majadero» habrían escrito, «hermano ciego».

Sea dicho en homenaje a Francisco de Asís.—*Augusto Iglesias.*

NOVELA

«LLAMPO BRUJO», por *Sady Zañartu.*

La literatura chilena es pobre en novelas nortinas. Puede sin hipérbole decirse que casi toda esa vasta y rica región se halla virgen en nuestra literatura imaginativa.

Hay dos o tres libros que constituyen una excepción. Entre éstos se destaca la novela «Carnavalaca» de Andrés Garafulic, cuya potente visión de las masas lo hace apto para emprender obras más extensas; y Honorio Henríquez Pérez, que pintó a Vallenar y sus costumbres en «Por la gloria de San Ambrosio».

Toca ahora completar este ciclo a Sady Zañartu, laborioso y tenaz artista que ha viajado mucho y ha obtenido una curiosa documentación sobre hombres y cosas de América.

Este escritor nació en Taltal y le tocó desenvolver su infan-

cia en un mundo de ensueño y poesía en que los mineros relatan sus experiencias y las caravanas vuelven con noticias inciertas de lejanos derroteros y de alcances extraños. Este mundo original y poderoso de fantasía se gravó en las pupilas del novelista y hoy nos los devuelve en un relato rico y coloreado; pero que tiene algunas vacilaciones que contrastan con firmes trazos y siluetas fulgurantes en que arde todo el viejo encanto del Chile minero que preocupó a Pérez Rosales, a Jotabeche, a Marcial González, a Sayago, a Concha y a otros escritores del pasado.

El minero chileno es un hombre imaginativo y poético, cuya sensibilidad es más rica y laboreada que la del agricultor que vive muy apegado a la tierra sin conocer nunca los ensueños, las bizarrías y las peregrinaciones de los buscadores del desierto. En éste hay una compensación respecto a la sequedad creadora de las zonas agrícolas. Parece que como contraste con la aridez de la tierra nortina se ha desenvuelto en su seno una rica legión de palladores, cuentistas y rapsodas de las empresas mineras, de los dramas de la pampa y de las peregrinaciones en busca del oro, de la plata y del cobre.

Zañartu presenta ahora un relato que es novedoso en nuestras letras. Late en él un sentido oculto y esotérico. Es como la voz en sordina de las viejas consejas criollas que se animan con el rescoldo de los campamentos. Pasan por sus páginas sombras familiares y empapadas de chilenidad. Taita Berna, el ermitaño, es una verdadera creación del novelista y vivirá junto a otros grandes tipos criollazos de las letras nacionales, con el Neira de Díaz Garcés, con el piloto Oyarzo y el Moño de Latorre, con el Aliste de González Vera, con los recios aventureros de Manuel Rojas.

En «Llampo Brujo» (1) hay recuerdos de la infancia y entre su bruma se perfilan incontables y delicadas figuras. El novelista ha ganado en estilo, en liviana armonía de lenguaje, en el trazo amable y grácil de las estampas, no queda nada

(1) Editorial Nascimento. 1934.—Santiago.

de la reciedumbre, en ocasiones pesada de su relato «La Sombra del Corregidor».

También ha progesado el escritor en las descripciones. Sus paisajes son suaves y no apesadumbran el giro de los relatos aislados que como un mosaico de suaves tomos forma el libro. En este el ritmo general es poético y tranquilo, pero el sentido crítico de Zañartu tal vez le ha indicado que eso es insuficiente. Entonces advertimos un jadeo de forzado realismo en algunas escenas que desentonan en el conjunto.

Zañartu no ha adquirido aún esa maestría técnica que lleva a la perfección novelesca. Muchos de sus cuadros dan la idea de meros bocetos, de dibujos destinados más tarde a la confección de un trabajo perfecto. Pero esto no disminuye su fervor de evocación, su fina melancolía de cepa legítima, con aromas de ensueño y de leyenda, ni sus expresiones felices y cautivadoras. Por ejemplo habla del «sarcófago de los cerros». Habla también por ahí de unas copas «largas como calambres». Son frecuentes en Zañartu tales aciertos expresivos. Es quizás uno de los novelistas criollos más cuidadosos de su trabajo. Otros le ganan en hondura y técnica, pero pocos consiguen, llevar delicadamente al lector a esas sendas poco trilladas en que él camina con pericia de baqueano.

Abundan en «Llampo Brujo» los éxitos de evocación y de estilo, pero sus defectos revelan cierta frialdad característica en el autor y que se hace más notable cuando se le conoce. No significa esto decir que no haya cordialidad en Zañartu. Por el contrario, es un hombre muy gentil y amistoso. Lo que deseamos significar es que por su carácter de investigador, por la raigambre erudita de sus trabajos y de su estilo, Zañartu se ha alejado de las grandes pasiones que conmueven y agitan al hombre. Desde luego en «Llampo Brujo» se echan de menos los grandes tipos femeninos y el amor. Están admirables esos personajes romanceros que se llaman Ño Chureja y Taita Berna. Las hembras son secundarias y quedan arrinconadas en el recuerdo cuando notamos la cálida seducción de estos memorables tipos.

«Llampo Brujo» no obstante los reparos indicados, es el mejor de los libros novelescos publicados en el último tiempo. Zañartu, con un poco más de avance en la técnica y abandonando algo el lazarillo del recuerdo escrito y del documento, puede darnos obras definitivas. Para ello está dotado de una fina sensibilidad artística y de condiciones estilísticas nada de comunes en Chile.—*Ricardo A. Latcham.*

CUENTOS

LA MUJER QUE SOÑÓ UN HIJO, de *Filomena Cervantes de Mujica.*

Este libro (1) trae un prólogo de Antonio Acevedo Hernández, una dedicatoria, una lista de cinco obras por publicar y nueve cuentos, muy desiguales en mérito.

Los personajes centrales de estos cuentos son mujeres, algunas bonitas, otras feas o maduras; pero todas sentimentales, de una sentimentalidad que siempre da lugar a aventuras eróticas.

Los cuentos van dedicados: «A la mujer que siente y sufre: que lleva su dolor como un Dios encadenado dentro de su corazón».

De los nueve cuentos hay tres bien realizados y de algún mérito: «La cita», «Sol de Otoño», y «El amuleto».

«La mujer que soñó un hijo»—el cuento que da título al libro—es cursi, de pretensiones ibsenianas, y lleno de tesis y de lágrimas.

Dice la heroína:

En el Liceo pasé años felices, pero me tildaban de rara porque soñaba en voz alta y era apasionada, violenta y sin motivo lloraba por las tardes al presentir la belleza del mundo exterior. Me trepaba a los árboles para mirar las lejanías azules. . .

Así es que el procrear sin amor, seres que no juegan porque no fueron

(1) Editorial Cultura.—Santiago de Chile, 1933.

amasados con alegrías, que su inteligencia es pobre, porque no se puso entusiasmo, pasión ni belleza, ¿eso es lo correcto?, ¿lo permitido por la sociedad? Pero tener el hijo soñado de un hombre exquisito, hermoso fuerte y noble, ese hijo debe destruirse. . . No, mil veces no.

Todo esto huele a congreso de profesores primarios, y literariamente, no sirve, por lo menos en esta forma.

«La revancha» y «Anita» son dos anécdotas sin mayor interés.

«El retrato» es un tema demasiado manido y de «madera flaca».

La autora olvida a veces la sintaxis, sobre todo cuando recuerda de paso algún acontecimiento político:

. . . Por avivar sus ideas iba continuamente a las asambleas de su partido, pero un grupo de individuos de un partidarismo fanático se desplegaron formando un nuevo partido en que el propio presidente de la República, en unas termas formó un congreso a su favor.

«Sherazade» este es el título de otro de los cuentos. Esta Sherazade no es otra cosa que una garçonière, sin duda muy elegante, en la que hay un buda.

Al entrar quedó deslumbrada. Oro y azul; tapices egipcios, un Buda dorado con lámparas raras de luces variadas (hasta aquí vamos en verso) que en el azul dominante mezclaban los colores como una inmensa paleta de un pintor loco y fantástico. . . El, sibarita fino tuvo delicadezas máximas con ella. La victrola tocaba el «Sueño de amor de Litz», mientras en el pebetero se quemaban tabletas perfumadas. Renato con su voz de inflexiones ácidas, repetía versos orientales elegantes puestos en tono con el ambiente.

La señora Cervantes trata una gran diversidad de temas y en «El amuleto» afronta el cuento criollista con bastante éxito.

En «La cita», la autora nos pinta con maestría la lucha que se opera en una mujer, entre el amor adulterino y el amor maternal.

«Sol de otoño» es la pasión de una señora virgen y madura, amor desgraciado, pero rico en matices femeninos.

En todos los cuentos la narración es liviana, pero superficial. El diálogo es indiferenciado. En un mismo cuento—por ejemplo en «Sherazade»—casi todos los personajes hablan igual, en frases hechas.

Según tenemos entendido, este libro es el primero que publica la señora Cervantes, nada impide que las cinco obras que anuncia—una en prensa y cuatro en preparación—superen en calidad a «La mujer que soñó un hijo».—*Juan Uribe-Echevarría.*

YUNGA, por *Enrique Gil Gilbert.*

En el Ecuador está desarrollándose actualmente un interesante movimiento literario, parejo al que puede encontrarse en casi todos los países de América. Este movimiento se funda en la peripecia del hombre aborígen. América ha sacudido su sueño de imitación incondicional de lo europeo en lo que se refiere a la elección de los tipos o de los temas, y toda su vasta literatura se endereza a la pintura de las luchas trágicas del nativo, bien contra la naturaleza, bien contra los elementos extranjeros de conquista económica, o bien contra la supervivencia de los métodos coloniales que tan profundamente deprimieron estas razas dignas de mejor suerte. La más modesta de las obras literarias lleva encerrada la intención de promover, con el espectáculo de la explotación y de la humillación del hombre de abajo, un nuevo sentido de lucha y un llamado a los elementos destinados a influir en el desarrollo de la vida política y social del continente. De ahí que lo que en algunas partes se denomina criollismo, en otras nativismo y en algunas populismo, no es sino el mismo envión natural de la conciencia miserablemente espoliada que ha tocado con su dolor los dominios hasta ayer, fríos e impasibles del arte. América reclama, de un tiempo a esta parte, no narcisos en las letras, sino hombres hechos y derechos; no grafómanos que repiten a los cuatro vientos los mismos temas ya descompuestos del romanticismo europeo o del romanticis-

mo americano, copiado de aquél, sino las expresiones reales y crudas de la vida de América en su lucha desesperada por tener un sentido y una fisonomía propios.

Ecuador ha entrado en este movimiento con un grupo de escritores jóvenes para los cuales no hay otra realidad literaria que la del propio suelo.

Yunga, colección de cuentos de Enrique Gil Gilbert, puede colocarse entre los libros auténticos de ese país, cuyo florecimiento literario es todavía desconocido en Chile. Por lo menos desconocido de gran parte de los que en Chile demuestran interés por las letras de otros países. Un escritor ecuatoriano, Jorge Carrera Andrade, ha dividido el clima literario del Ecuador en dos porciones típicas de su atmósfera tropical: una «es el litoral de las vegetaciones abrumadoras, de la jungla cauchera y cacaofera, de los manglares, de los arrozales, de los cañaverales, del tigre, de las víboras y mosquitos asesinos, de la canícula y del paludismo devoradores; y el otro el litoral urbano, el de las ciudades, que a fuerza de acción, de trabajo van adquiriendo su jerarquía relativa—social, económica, política, civilista—en el proceso de la civilización». En la región más hosca de la sierra ha colocado Gil Gilbert la acción de sus cuentos agrios y dolorosos. Hay en ellos, pintada en trozos y cuadros rápidos, toda la historia de la explotación ruda y cruel del aborigen por el extranjero dominador o por el mayoral nativo, mestizo que se pone al servicio del amo rubio, a fin de hacer más favorable y fácil la depresión del hombre desamparado. En el fondo se renueva la contienda del encomendero colonial sin entrañas y del indio reducido a bestia de carga y carne de flagelación. Por cualquier camino que se enfile en América hacia el corazón literario, que es como decir hacia el corazón de la selva o de la montaña o del desierto o de la pampa, se encuentra el mismo conflicto, la misma lucha de ataque y de defensa que ha sido la historia entera de estas tierras.

Gil Gilbert ha descornado el velo, como su compañero Jorge Icaza, en *Barro de la Sierra*, y con anterioridad, Fernando Chávez, en *Plata y Bronce*, de la existencia sombría de los na-

tivos, la fauna inexplorada del hombre abandonado en medio de las sinuosas escoriaduras de las sierras, pasto de fieras y de hombres, y olvidado por las leyes que sólo en las ciudades tienen un sentido. En medio de cuadros de un rico sabor primitivo, pasan sus héroes agobiados por la gangrena de la servidumbre, bajo el látigo de los mayordomos. Revuelta toda la carne humana, indios, costeños, serranos y gringos, brota de ella un áspero y salvaje acento dramático. He aquí una escena. Se ordenó a los trabajadores que subieran hasta una enorme mole granítica que debía picarse para trazar en ella un camino. Sabían lo que les esperaba: mala alimentación, látigo y la muerte por un bufido de la dinamita o por una caída en el abismo. Se negaron. Entonces los mayores se lanzaron contra ellos con los foetes, flagelándolos en la cara, arrancándoles los ojos con el extremo de la fusta. «Los negros—escribe Gil Gilbert—eran los que más padecían. Los vieron enlazados por la cintura, muertos. Antes, habían pedido muchas veces que los subieran, que tenían sed—estaban trabajando a media falda del corte en la montaña sobre un abismo, atados por la cintura—. Y si no, allí estaba lo que hizo el negro Borell: guindado desde las seis de la mañana, trabajaba con la pica tallando la roca; se paró, cogido del cabo, y gritó:

—Pasen agua, que tengo sed. Nadie le contestó. Siguió trabajando hasta las once. Entonces el calor lo alocaba. El sol estaba en un cielo azul, azul.

—Demen agua que tengo sed...

Los sobrestantes pasaban diciendo:

—Es negro, que aguante...

El sol se hacía más caluroso. La roca restallaba su foete canicular en la cara del negro. De arriba los hombres veían sin decir nada. Sudaba y picaba la roca. La piedra saltaba, astillada a su cara. Le ardían los ojos. Tenía la boca seca:

—Denme agua, maldita sea...

Ya no trabajó más. Intentó subirse por el cabo. A la mitad le faltaron las fuerzas, y cayó gritando, con las manos alza-

das y abiertas las piernas como una piedra más, de cabeza contra una saliente. Dejó manchada la piedra de sangre y sesos. Lo vieron muchos y gritaron:

—Ustedes tienen la culpa, porque no le dieron agua...

Y le respondieron:

—Eso no es nada, pasa siempre.

Naturalmente, eso ha pasado siempre en América. Por eso la literatura americana, de estos últimos años, está toda ella impregnada de dolor y a veces también de odio y de desprecio.—*D. M.*

VIAJES

EN LA BARCA DE ULISES (1), de *Miguel Luis Rocuant*.

Miguel Luis Rocuant ha publicado un libro para ser dedicado a los amigos, discreta y finamente. No es obra para vitrinas. El autor no ha ido a Grecia a conocerla, sino a recordarla, ubicándose en sus paisajes. La fábula y el mito, la leyenda y el diálogo filosófico todo lo aprecia buscando una luz suave de amanecer o de crepúsculo.

Ulises, que se pierde y busca el regreso, después de estar tantas veces a punto de perecer, es un símbolo extraño a nuestra época que sólo quiere avanzar, progresar, huir.

El señor Rocuant escribe bellas páginas sobre el espíritu de las ruinas. Cada detalle del paisaje le sirve para comprender mejor una sonrisa de Diógenes, un drama de Esquilo, un diálogo de Platón. No es su obra la de un erudito o arqueólogo. No le interesa discernir si una escultura es totalmente griega o presenta huellas micenianas u orientales. Le importa sólo el momento de belleza y revelación que le pueda brindar: «Si un paisaje no ha sido encendido por alegrías ni sombreado de dolores; si no recuerda nada de humano, su belleza no nos lleva más allá de su luz y su color. La excelsitud de

(1) Editorial C. I. A. P.—Madrid, 1933.

los paisajes griegos está en su saturación de reminiscencias». (Página 53).

No es el presente, el primer libro de viaje que el señor Rocuant ha escrito. Ya en su «San Sebastián de Río de Janeiro» se había destacado como un excelente captador de paisajes. También en aquel libro prefería verlo todo al alba o al atardecer: «Al abrir hoy la ventana al día que llega y mirar al mar, nos hemos quedado absortos en su palidez matutina».

«La de hoy será la última noche brasileña. Vamos por la orilla del mar, tocados de melancolía. La luz del atardecer se desdobra largamente sobre la ciudad.»

(San Sebastián de Río de Janeiro).

«El templo... Pálido en el aire azulado de la mañana se eleva con una idealidad infinita. Su blancura es casi abstracta. De nuestra alma a sus piedras y de sus piedras a nuestra alma, la comunicación es armoniosa y clara.»

«Son las seis de la tarde. La luz es de una suavidad que no decae en ningún punto del cielo. Vamos ascendiendo por tercera vez la colina sacra.»

«El camino es alegre y ágil. Sube por recuestos, ciñe peñascos, viborea. Los matices de las cosas tienen, bajo la luz matutina, finezas inverosímiles, y las sombras, aun las más leves, las de las piedras y los arbustos, vaguedades celestes.»

(En la Barca de Ulises).

La Grecia vista por Miguel Luis Rocuant, es una Grecia de atardeceres y amaneceres. Posiblemente sea esa la luz más apropiada para apreciar ruinas.

Su obra, además de ser un índice de éxtasis personales, trae capítulos interesantes en los cuales el autor ha sabido hermanar con éxito la historia y la leyenda, la filosofía y el paisaje.

Las páginas dedicadas al Jardín de Epicuro son una magnífica síntesis de aquella filosofía y del ambiente de decadencia que la vió nacer.

En el capítulo dedicado a Micenas, la descripción del paisaje se hace más moderna y adquiere un poder de evocación,

que en grado mayor logró D'Annunzio en su «Ciudad Muerta»: «Como inútil lección de rectitud, un ciprés erige, de vez en cuando, su huso de verdura. La tierra blanquecina arde en el amarillo de las pajas. Nadie, nadie. Polvo y calor. El paisaje está encendido por el sol. Pero, por sobre la aridez ilimitada, los olivos secos y los montes agrios, el cielo, el divino cielo de los paisajes helénicos, deslíe su placidez...»

También el capítulo dedicado a Edipo y la Esfinge es bastante completo e interesante y en él logra el señor Rocuant, páginas ricas y novedosas, que no es poco decir, en un tema ya tan repetido.

«En la Barca de Ulises», es una obra de valoración artística en que culmina la labor de un poeta parnasiano, enamorado de las bellas formas, crítico estudioso de literatura y artes plásticas.—*Juan Uribe-Echevarría U.*

P O E S I A

EL MODERNISMO Y LA VANGUARDIA EN INGLÉS.

Las prensas de la Universidad de California acaban de dar a luz una Antología de la poesía hispanoamericana preparada por el Dr. Dundas Craig. Este libro de 347 páginas cubre todo el período del Modernismo y presenta, en español e inglés, poemas de los siguientes poetas: José Asunción Silva, Rubén Darío, Amado Nervo, Ricardo Jaimes Freyre, Leopoldo Lugones, Guillermo Valencia, Julio Herrera y Reissig, José Santos Chocano, Enrique González Martínez, Pedro Prado, Carlos Pezoa Véliz, Víctor Domingo Silva, Enrique Banchs, Juan Guzmán Cruchaga, Gabriela Mistral, Arturo Torres Ríos, Alfonsina Storni, Pablo Neruda, Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges.

La materia del texto está distribuída de la siguiente manera: páginas 1 a 29, comentario del Dr. Graig sobre el modernismo y corrientes de vanguardia; páginas 32 a 247, traducciones con

sus respectivos originales en la hoja opuesta; páginas 251 a 339, notas acerca de los poetas traducidos y páginas 341 a 347, bibliografía.

El comentario crítico en general está bien orientado; Craig conoce a fondo la escuela modernista y el parnaso y simbolismo franceses, de manera que puede establecer semejanzas y diferencias sin equivocarse. De todos los estudios que se han publicado en inglés sobre nuestros poetas modernos, éste es, sin duda alguna, el más justo y comprensivo. Las páginas que se refieren a las escuelas de vanguardia tienen, además de su valor artístico, el alto mérito de la novedad, ya que nada se había hecho en los Estados Unidos referente al ultra, al creacionismo y otras tendencias novísimas.

Craig tiene algunas observaciones interesantes por lo que se refiere al origen del creacionismo en su afán de trazar caprichosas figuras de versos en el texto. Nos dice que a fines del siglo XVII y principios del XVIII hubo en Inglaterra una verdadera epidemia de esta clase y que «los preciosos» de entonces se divertían escribiendo poemas en forma de huevo, de alas abiertas, etc. Adison, nos dice, discute esta clase de poesía en su *Spectator*, y la llama «false wit».

Las traducciones del Dr. Craig están, en general, bien ejecutadas. Mantiene siempre el significado exacto del verso y evita en lo posible, aunque no siempre lo consigue, el usar adjetivos que no están en el original, para llenar la línea o satisfacer necesidades de la rima. El mismo nos dice en su prefacio que al hacer la traducción ha tratado de situarse a medio camino entre la traducción exacta en prosa y la paráfrasis o traducción libre en verso. Dadas las grandes dificultades que existen en la traducción de poetas como Darío y Herrera y Reissig, creemos que el Dr. Craig se ha desempeñado dignamente en esta empresa.

La selección está muy bien hecha. Una Antología de este tamaño, claro está, que debe limitarse a unos cuantos nombres representativos. Sin embargo, creemos que el panorama lírico de nuestra poesía moderna no está completo si en él faltan

los nombres de Juana de Ibarbourou, Rafael Arévalo Martínez, Ricardo Arenales, José María Eguren, Emilio Oribe, Sabat Ercasty, Alfonso Reyes.

Los comentarios que sobre estos poetas aparecen en la parte tercera de la *Antología* son de sumo interés para nosotros. Las páginas que dedica a los modernistas, en especial a Darío, son justas, abundantes de documentación, altamente inspiradas. Sus opiniones sobre los poetas nuevos son dignas de ser citadas: Describe a Juan Guzmán Cruchaga como «impresionista», de Pedro Prado dice: «deliberadamente renuncia a toda forma de ornamento y toda la fuerza emocional de sus poemas deriva del asunto»; después de analizar la poesía de Banchs dice: «con todo, Banchs es un notable poeta, y es una lástima que este poeta no haya producido nada en los últimos veinte años»; después de poner ciertos reparos a las imperfecciones técnicas de Gabriela Mistral, continúa: «... queda la profunda sinceridad, la rica imaginación, y la fuerza emocional que la señalan como la poetisa contemporánea más grande de lengua castellana»; de Torres Ríoseco afirma: «tenían razón los críticos al creer que una nueva estrella se levantaba en el horizonte poético chileno; ha desarrollado un estilo muy personal, trata de expresarse en las palabras más sencillas, como en los casos de Banchs y de Prado; en sus últimos poemas hay profundidad y complejidad de pensamiento»; define a Alfonsina Storni con sus propias palabras: «pagana de un siglo empobrecido»; de Pablo Neruda escribe: «su intención es ser recia e intensamente realista». Niega que haya comprendido el propósito de ciertos poemas de Walt, a quien imita, porque «mientras que en Whitman los cantos en alabanza del cuerpo son un peán al Dios de la Naturaleza en Neruda son la glorificación del instinto animal. *Morena, la besadora*, es una orgía de erotismo desenfrenado».

Es curioso observar esta diferencia de opiniones. Mientras que en Chile Neruda es considerado como uno de los mejores poetas jóvenes por esa sensualidad primitiva de su lirismo, el Dr. Craig le niega valor por estas mismas cualidades. Sobre el poema ya mencionado dice: «¿ha contribuído a mejorar, a

perfeccionar algún alma? la respuesta es: No, con la posible excepción del poeta mismo, cuya alma debe haberse sentido alegre al limpiarse de su cieno». «Neruda sufre la obsesión del sexo y del instinto sensual; parece ser un caso prometedor para el psicopatólogo. El gusto inglés no puede aceptar la crudeza brutal de los sentimientos expresados en estos poemas, como si la afección humana no fuera otra cosa sino el instinto de las bestias salvajes. A juzgar por lo que ha escrito Neruda no sólo estamos lejos de toda época caballerescas, sino que hemos retrocedido a la moral de seres cavernarios o aun más primitivos». Mientras que Armando Donoso dice de Neruda: «su verso no ignora el secreto armonioso de cada cuerda» Craig comenta: «No se puede negar el vigor de estos versos, pero es un vigor tan irregular que son a menudo incoherentes, y la opinión de Donoso me parece grandemente exagerada».

Vicente Huidobro «es el representante de las ideas más avanzadas en la lírica del continente». «A pesar de la irregularidad y excentricidad aparente en sus poemas hay algo en ellos que nos fascina, que estimula nuestra imaginación; su misma obscuridad es un incentivo a la lectura». Craig habla con entusiasmo de la poesía de Jorge Luis Borges, versolibrista, metafórico y americanista. Según nuestro crítico, Borges interpreta mejor que los otros poetas de su patria la realidad ambiente.

The Modernist Trend in Spanish-American Poetry es un libro útil y bien hecho. Por fuera tiene la elegancia y la solidez del libro norteamericano; por dentro la seriedad, el conocimiento, el buen gusto y el gran interés de su autor. Si Dundas Craig no ha hecho con los versos de nuestros poetas lo que su compatriota Fitz Gerald con los de Omar Khayyám por lo menos nos ha dado versiones correctas y a veces ha logrado mantener la exquisitez lírica del original. Y en este país, en que la literatura hispanoamericana es una especie de olla podrida en que cada comentador mete su literato predilecto, bueno o malo, el espíritu de selección de Craig es digno de aplauso.

Con las limitaciones propias a esta clase de trabajos, yo creo que la «Antología» de Dundas Craig, es la mejor compila-

ción y traducción que existe hasta el momento en los Estados Unidos de la poesía hispanoamericana contemporánea.—*Arturo Torres Ríoseco*.

Berkeley, California, 1934.

E N S A Y O S

DOS LIBROS SOBRE ALEMANIA

ALEMANIA VISTA POR DENTRO, por *André Germain* y LA VERDAD SOBRE ALEMANIA, por *Felipe Barres*, Biblioteca Ercilla. Santiago de Chile.

Es oportuna la aparición de estos dos libros sobre Alemania, porque vienen ellos a proporcionarnos una serie de informaciones de primera mano acerca de la gestación del movimiento nacional-socialista, las vicisitudes que han tenido que sobrellevar sus líderes y la situación en que se hallaba Alemania hasta que los nazistas se apoderaron del poder.

Escrito en una forma amena y desapasionada, el libro de Germain es la visión de un periodista que ha adentrado en el espíritu del pueblo alemán, revelándonos la intimidad de su vida ciudadana convulsionada por las más extremas pasiones políticas, desde el comunismo de Thaelman hasta el nacionalismo de Hugenberg. Entre estos dos extremos, se yergue Hitler heroicamente y con gesto mesiánico capta a las masas y las empuja hacia la consecución de sus propósitos. Hay que conocer, como lo hizo Germain, el estado de descomposición en que estaba Alemania para darse cuenta del entusiasmo contagioso que despertaron las actitudes histriónicas de Hitler, y cómo fué, poco a poco, ganándose adeptos salidos de los más diferentes ángulos sociales y políticos, puesto que el propio Kromprinz se hizo nazista y numerosos comunistas han ingresado al partido nacional-socialista. En medio de la miseria, el espíritu angustiado del pueblo alemán se lanzó despa-

vorido en busca de cualquier refugio. Y ahí estaba Hitler, que caló hondo en la psicología del pueblo alemán, y le dió la fuerza mística necesaria para levantarlo y derribar con él los obstáculos que le impedían la ascensión al poder.

En el extranjero—dice Germain—, allí donde hay todavía para la mayoría de los ciudadanos capaces un trabajo y un hogar, no se entenderá nunca esto: que el hitlerismo es la gran aventura por la cual Alemania huye de la desesperación.

Aniquilada por la guerra, con un tratado de paz humillante, con una masa de comunistas disciplinada y agresiva, con millones de cesantes, la situación de Alemania no podía ser más pavorosa, tanto desde el punto de vista material como espiritual. Aparece en esos momentos Hitler, e imitando a Mussolini, ofrece al pueblo alemán librarlo de las calamidades en que yace sumido. Más que un ideólogo y un conductor de pueblo, es Hitler un iluminado, cuyo gesto logró impresionar de tal manera a la juventud, que ésta le siguió incondicionalmente como movida por un flúido magnético. La situación desesperada de la juventud alemana suscitaba la evasión aventurera. Las palabras de Hitler cayeron en surco propicio, y germinó frondosa la idea nacional-socialista.

Doctrinariamente es difícil precisar lo que es el nacismo, pues su ideología está nutrida de todos los principios sociales y económicos que se han puesto en vigencia en los países que han reajustado su organización social sobre bases nuevas, sin despreciar el elemento sentimental que se manifiesta en el respeto por lo tradicional. Hay entre los nacistas socialistas tan avanzados como Strasser y reaccionarios tan empedernidos como el Kromprinz; dentro de estos dos extremos no podemos dejar de mencionar a Goering, que encarna el espíritu de la Alemania imperialista y militarizada, de esa Alemania que hizo exclamar a Darío: «¡Los bárbaros, cara Lutecia!»

Germain tampoco nos precisa el sentido doctrinario del nacismo. Dice que su

socialismo llegará algún día a [sobrepasar las aspiraciones sociales de los otros países europeos orientados a la izquierda y ampliamente anhelosos de justicia social.

Mientras tanto, los nasis se nos presentan como unos patriotas agresivos, enemigos de todo lo extranjero, implacables en su lucha contra los judíos, deseosos de que Alemania se rearme, a fin de vengar la derrota y realizar el viejo sueño imperialista de Bismarck. A pesar de ello, Germain no les escatima simpatía.

Correctamente traducido, este libro se lee con el agrado que nos produce la obra de un artista que sabe decir bien las cosas, y con el interés que despiertan las informaciones novedosas que Germain ha logrado darnos en su deseo de ahondar más allá de lo meramente objetivo. Hay en este libro capítulos que merecen subrayarse; tales como la entrevista a Hauptmann, en el subterráneo comunista, eliminaciones y evasiones, etc., etc.

Respecto al libro de Barres, creemos que su verdadero título es «Bajo la ola hitlerista» que aparece aquí como subtítulo, pues el título «La verdad sobre Alemania» a más de ser presuntuoso, es falso, pues Barres no pretende darnos ninguna verdad sobre Alemania. La verdad sobre la actual situación de Alemania es muy difícil que aun pueda ser revelada, pues el movimiento nacional-socialista está en pleno florecimiento y todavía no ha dado los frutos que permitan juzgar de su contenido. Son visiones fotográficas de un periodista, éstas que Barres nos da en su libro. El no pretende darnos una interpretación del movimiento nacistá; observa, entrevista, y dice escuetamente todo lo que ha visto y oído; interesantes son los retratos que nos hace de los principales líderes nacistas enfocados en su vida pública y privada. Advierte, como Germain, el espíritu místico que ha animado a la juventud al lanzarse heroicamente a la lucha, con un absoluto desprecio de su vida. Presentados los acontecimientos objetivamente, Barres es exacto en las fechas, en la geografía y en los detalles. Inferior al libro de Germain, es un documento vivo y lleno de informaciones que podrían llamarse gráficas por la forma animada y vívida con que son dadas a conocer.—*Milton Rossel.*

LIBROS RECIBIDOS

RICARDO DONOSO.—*Antonio de Irisarri, escritor y diplomático*.—Edit. Prensas de la Universidad de Chile.—Santiago de Chile, 1934.

OSCAR WAIS BAND.—*Esquema económico-social de Chile*.—Santiago de Chile, 1934.

FRANCISCO A. ENCINA.—*Portales* (I y II tomos).—Edit. Nascimento.—Santiago de Chile, 1934.

CARLOS SEPÚLVEDA LEYTÓN.—*Hijuna...* (novela). Edit. «Ciencias y Artes».—Linares, 1934.

RAÚL DE ARTECHES.—*Buscando el sendero*.—(Novela).—Edit. Selecta.—Santiago de Chile, 1934.

ALFONSO REYES.—*Si el hombre puede artificialmente volar*, por Antonio de Fuente La Peña.—Edit. de Alfonso Reyes.—Río de Janeiro, 1934.

CARLOS ASTRADA.—*Goethe y el panteísmo spinoziano*.—Universidad Nacional del Litoral.—Santa Fe, República Argentina, 1933.

JOSÉ LO VALVO.—*El problema Universitario del profesionalismo y la investigación*.—Universidad Nacional del Litoral.—Santa Fe, República Argentina, 1933.

Homenaje a Dn. Ricardo Baeza, primer embajador de la República Española en Chile.—Santiago de Chile, 1934.